

necesidad, de comodidad, y aun de lujo de todos los países del globo. De nada se carece en Holanda: aquí hay todo lo que puede alhagar la sensualidad del rico: vos habeis visto y estais viendo la opulencia que respiran nuestras ciudades: pues bien, las aldeas no son menos ricas respectivamente: un labrador, un artesano holandés disfruta de mas comodidades en su casa, posee un menage mas decente, goza de un pasar mas seguro que las clases mas regularmente acomodadas de Francia; aquí no hay masas de indigentes como en Inglaterra; un aldeano holandés pasaría en otra parte por un rico particular. Y es que aquí se trabaja sin descanso, se saca todo el partido posible del terreno, y se surca arrojadamente los mares para buscar en el último confin del mundo lo que la naturaleza haya negado á nuestro suelo.»

Ni Tirabeque se atrevió á replicar, ni yo tenia que responder á esto, porque efectivamente veíamos y palpábamos la verdad del razonamiento de *Mr. Soetens*, y lo veíamos y palpábamos no con poca envidia

ADFABULATIO.

Ahora bien; apliquemos la moral de esta historia. ¿Qué parte le toca á la España de la opulenta AMSTERDAM? ¿Dónde están, preguntaba yo, los españoles que deberian acrecer este gran mercado á que concurren los comerciantes de toda Europa, los de la América, del Asia y de la India?

En vano los busqué. En aquella ciudad mercante, que un tiempo fué nuestra como todo el país, *ni siquiera tenemos ahora un cónsul!* O se habia hecho retirar por *innecesario*, ó le habia sido *necesario* retirarse por *desatendido*. No pensemos en la moral de la historia.

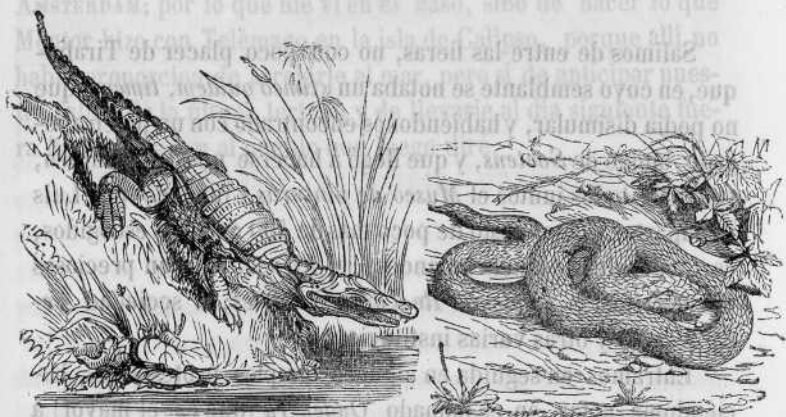
LAS FIERAS.

Pasamos por el *Muelle Imperial*, por el del *Príncipe* y el de los *Caballeros*, que son los mas anchos y suntuosos. Cruzamos el *Puente de los Enamorados* sobre el *Amstel*, de 35 arcos, y como unos 700 pies de longitud. Recostados sobre su barandilla de hierro me decía Tirabeque: «Señor, paréceme que los enamorados holandeses no han de ser de genio de tirarse al rio; tengo para mí que no se ha de contar de muchos que se arrojen de este puente por amores.—¿Y porqué no?—Señor, porque es tierra ésta muy húmeda y muy fria, y calienta poco el sol. ¡Con qué sabe Dios lo poco que sucede ya de esto allá donde el sol achicharra, cuanto mas.....—Vaya, vaya, déjanos ahora de esas materias.

Seguimos un rato por las frondosas afueras de AMSTERDAM, y luego nos internó otra vez *Soetens*, llevándonos á la historia natural, jardin botánico y casa de fieras. No he visto en parte alguna, creo que incluso el Jardin de plantas de Paris, una coleccion de fieras mas rica y numerosa, ni mejor atendida y cuidada. Divirtiósese Tirabeque muy á su sabor en los departamentos de los monos, que los habia por centenares de todas castas, familias, figuras y tamaños. Imposible parece que los holandeses sean tan aficionados á monos. El conserge nos avisó que iba á dar de comer á las fieras, por si gustábamos presenciar el espectáculo. Asi lo hicimos, teniendo el gusto y el disgusto al mismo tiempo de ver á los tigres y hienas, de que habia tambien no poca abundancia, devorar docenas de cuartos de carnero; que en todas partes, no que en España solo, mantienen los hombres por recreo las fieras dañinas, y las alimentan con carne de animales inocentes, por efecto de la civilizacion que hemos ido alcanzando.

Vimos los animales queridos de Robinson, los *llamas*; el pe-

lcano, símbolo del amor maternal, que se abre el pecho para alimentar á sus hijos; y por último el departamento de los testáceos y reptiles, donde se hallaban varias especies de galápagos, cocodrilos, salamandras, serpientes-piton etc. todos vivos,



y envueltos entre cobertores que juraría ser de nuestras fábricas de Palencia. Estremeciase Tirabeque de ver á las serpientes vibrar sus guijos de tres puntas, recuerdo del *linguis vibrantibus ora* de Virgilio, y asustóse mas cuando vió al conserge rodearse las serpientes á los brazos haciendo de cada uno de ellos un caducéo sin temor de que le picáran, que tanto llegan á familiarizarse los hombres y los animales venenosos á fuerza de trato y comunicacion.



MUSEO, ACADEMIAS, TEMPLOS, SOCIEDADES

Salimos de entre las fieras, no con poco placer de Tirabeque, en cuyo semblante se notaba un «*timeo quidem, timeo,*» que no podia disimular, y habiéndonos encontrado con un joven abogado amigo de *Soetens*, y que llegó á hacerse nuestro tambien, visitamos todos juntos el *Museo de pinturas*, fundado por Luis Bonaparte, y compuesto de poco mas de 400 cuadros escogidos, casi todos de la escuela holandesa; el *Ateneo*, rico en preciosos manuscritos; la *Academia Real de bellas artes*; la sociedad *Felix Méritis* y otras varias instituciones.

Entramos en seguida en algunos templos protestantes, haciéndome notar en el llamado *Oudekerk* (que es el mayor) á nuestro Felipe II en el trascoro, firmando el tratado de Munster, por el que reconocia la independenciam de las Provincias-Unidas, y renunciaba su derecho á ellas. En la cristalería de sus ventanas estaban pintadas las armas de todos los burgomaestres de la ciudad. La *Sinagoga de los judios portugueses*, la mayor y mas bella de todas las sinagogas de Europa; bien que tambien es AMSTERDAM el pueblo en que hay mas judios, pues se acercan á 30.000. El templo católico de la calle de *Doelen*, donde se hallaba un sacerdote predicando en alba y estola á un bastante crecido auditorio. Ni una palabra entendimos sino las pocas que nos tradujeron *Soetens* y el joven abogado su compañero.

Por la noche nos llevaron nada menos que á dos tertulias; y á fé que en ellas se acreditaron nuestros dos hermanos holandeses de conocedores del país, y de hombres de buen gusto en el trato social, pues en una y otra habia una coleccion de jóvenes señoritas de lo mas escogido que en el extranjero habiamos visto. No era en verdad demasiado brillante el papel que en aquellas sociedades haciamos los españoles, puesto que ape-

nas se encontraba alguna que otra persona con quien pudiéramos entendernos en el mal francés que nosotros hablábamos.

A pesar de todo, Tirabeque tuvo el atrevimiento de hacerme allí mismo proposiciones de alargar nuestra permanencia en AMSTERDAM; por lo que me vi en el caso, sino de hacer lo que Mentor hizo con Telémaco en la isla de Calipso, porque allí no había proporcion de arrojarle al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia y de llevarle al día siguiente fuera de AMSTERDAM al pueblo que luego diré.



nas se encuentran algunas que otra persona con quien pudieramos entendernos en el mal francés que nosotros hablamos.

A pesar de todo, Tirpedue tuvo el atrevimiento de hacerme allí mismo proposiciones de alterar nuestra permanencia en Amsterdam; por lo que me negué, sino de hacer lo que mejor hizo con Tólmaco en la isla de Capiso, porque allí no había proposición de arrojarlo al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia y de llevarle al día siguiente fuera de AMSTERDAM el pueblo que luego dire.

PUEBLO RARO, SINGULAR, NOTABILÍSIMO.

Dos escursiones aconsejaria hacer á todo extranjero que llegase á AMSTERDAM, una á *Saardam* y otra á *Broek*; y aun las dos poblaciones pueden verse en un mismo dia, aprovechando los vapores que para una y otra salen dos o tres veces al dia de AMSTERDAM.

Nosotros nos limitamos solo á *Broek*, en razon á lo crudo que el dia se puso, por lo que hubimos de renunciar al placer de ver la casa que habitó en *Saardam* el Czar Pedro I de Rusia, y la lápida que hizo colocar en ella el emperador Alejandro, asi como sus 400 ó mas gigantescos molinos de viento, destinados unos á moler trigo, otros á aserrar maderas y mármoles, y otros en fin á la fabricacion de aceite, de tabaco, de alba-



yalde ó de papel: este último es el que desde allí sale á estenderse por toda Europa, por América y por Levante.

Broek está dos leguas N. E. de AMSTERDAM. Difícil, si no imposible, nos hubiera sido ver á *Broek* en toda su originalidad y belleza, si no nos hubiera hecho el obsequio inapreciable de acompañarnos el amable *Soetens*; por eso dije en capítulo anterior que jamás podría olvidar los buenos servicios que nos habia dispensado: él llevaba relaciones con uno de los ricos capitalistas que viven retirados en *Broek*, y á eso debimos la especialísima gracia de ver por dentro algunas casas del pueblo; y digo *especialísima gracia*, porque esto es tan difícil, que se cuenta que habiéndolo pretendido el emperador José II, no lo pudo conseguir.

Llegamos á *Broek* «¡qué es esto!» exclamé yo asombrado, sorprendido, arrobado de admiracion. Tirabeque se quedó inmóvil, sin acertar á preguntar nada; y á la verdad no lo extrañé: la sorpresa que causa el aspecto exterior de *Broek* es inexplicable. Las casas son generalmente de madera, y pintadas con tanto gusto, esmero y regularidad, que toda la villa presentaba el aspecto de una decoracion teatral. Las calles están enladrilladas con baldosas de diferentes colores, que se barren y friegan todos los dias como un salon. ¿Qué extraño es que *Broek* tenga fama y celebridad en toda Europa por el aséo y limpieza de sus casas y de sus calles? Sin embargo no sé si á España habrá llegado su celebridad: por mi parte confieso que *nec si Broek erat audivimus*, ni siquiera tenia noticia de que hubiera *Broek* en el mundo. «Y bien, ¿qué os parece? me preguntaba *Soetens*.—Creo que en el semblante, le respondí, podreis leer sin dificultad mi admiracion.»

Cada casa está situada entre dos jardines, en que se cultivan las flores mas raras que se puede pensar; pero mas raros y mas singulares son todavia los adornos que los embellecen. Con las plantas y con las flores hacen en ellos las combinaciones y figuras mas extrañas, representando aqui un cuervo blanco, alli un conejo amarillo, acá un par de tigres azules, allá unos zorros

verdes, y aquí y allá vasos de la China y del Egipto con todas sus caprichosas formas, que le dejan á uno tan absorto como embelesado.

Ya avisa *Soetens* á su amigo *Roeland*. Llegaéste y nos saluda afectuoso. Dirígennos los dos á una de las casitas del pueblo y para entrar en ella, se acercan á la puerta trasera. «Vos extrañaréis, nos dijo *Roeland*, que vayamos á entrar por esta puerta y no por la principal.—Verdaderamente, le respondí, que no deja de parecerme algo desusado.—Pues bien, os daré la razon de ello, y no dudo que os habreis de maravillar.

Habéis de saber que las puertas principales ó delanteras de las casas de este pueblo no se abren mas que tres veces ó en tres ocasiones para una misma persona, que son el dia del bautizo, el dia de la boda, y el dia del entierro.

—¿Es posible?—Oh! sí; y es costumbre que se observa muy escrupulosamente.—Asi es la verdad, repuso *Soetens*; podeis creerlo por mas que os admire: preguntadlo en todo el país.—Perdonad, les repliqué; me satisface el que me lo asegureis vos.—Señor, añadió Tirabeque, cuando lo contemos en España nos van á tratar de cuenteros embrollones.—¿Y qué? Por eso no habremos de dejar de decir la verdad.»

Salió á recibirnos una paisana que se hallaba ocupada en hacer quesos, de esos quesos redondos de Holanda conocidos y honrados por todo el mundo, que es la ocupacion de la mayoria de los 800 habitantes de *Broek*, ó por mejor decir, de todos, escepto los ricos propietarios y negociantes que viven allí retirados.

Y aquí viene otra de las rarezas y singularidades de *Broek*. Para entrar en cualquiera casa del pueblo hay que calzarse una especie de zuecos ó pantuflos semejantes á los quenos pusimos para andar por el palacio del Príncipe de Orange en Bruselas. ¿Es tambien algun palacio el que vamos á visitar? No; es la pequeña casita de un fabricante de queso de *Broek*; sin embargo no hay remedio sino someterse á esta formalidad: el mismo Napoleon, el mismo emperador Alejandro, cuando visitaron á *Broek*

se sujetaron á ella. Y es que el pavimento de estas pequeñas casas es de mármoles de color, cuidadosamente pulimentados y bruñidos. Tirabeque y yo no acabábamos de admirarnos, no podíamos disimular el asombro, y nuestros dos acompañantes se sonreían de nuestro estado de continua sorpresa sin estrañarla.

Llega á tanto la *aseo-maniá* de los habitantes de *Broek*, que las salitas de este modo compuestas no las habitan por no ensuciarlas, y duermen y viven en unos estrechos aposentos, no sin alguna incomodidad, sacrificando la holgura que podían tener al estremado aseo de que quieren hacer muy justo alarde y ostentacion. Dos casas visitamos, y ambas estaban así. Sin embargo el aspecto de la poblacion, aunque bellissimo, no es alegre, por la costumbre de tener siempre cerradas las ventanas exteriores.

La hora y el temporal, y mas que todo la salida del vapor, nos intimaron el regreso á AMSTERDAM. Las exclamaciones de admiracion proseguian en el camino; Tirabeque empezó á comparar á *Broek* con las villas y lugares de igual poblacion en España, pero yo le dije: «dejemos eso, Pelegrin, que las comparaciones siempre son odiosas.» Con lo que calló como un muerto. A las cinco de la tarde estábamos de vuelta en AMSTERDAM.

Broek ó *Bruk* como pronuncian los habitantes, fue el término, el *non plus ultra versus-nortem* de nuestro viage. Desde allí tocamos retirada hácia el mediodía, en busca otra vez de nuestra España, porque la estacion iba avanzando demasiado, y no convidaba á alargarse mas hácia el septentrion.

Imposible es que se nos olvide jamás el singularísimo pueblo de *Broek*: mil veces hacemos memoria y conmemoracion de él; y desde entonces ha tomado Tirabeque tal aficion á los quesos redondos de Holanda que no hay medio de verle ahito de queso: él dice que no es por el queso sino por las reminiscencias que le suscita de *Broek*.

LA JORNADA MAS DELICIOSA.

Aquella noche nos despedimos con sentimiento del amable *Soetens* y del jóven abogado su compañero, de cuyo nombre siento no acordarme. Al dia siguiente nos levantamos con el sol, que amaneciò mas claro de lo que nosotros esperábamos y él tenia de costumbre, y á las nueve de la mañana estábamos camino de **UTRECHT**.

¡Jornada deliciosa y pintoresca! La mas amena, entretenida y agradable de toda Holanda. Desde que se sale de **AMSTERDAM** se empieza á ver una vasta estension de *polders* ó lagos accidentales, siendo el principal de ellos el *mar de Diemer*, que está 46 pies mas bajo que el nivel del mar, y hasta 30 en las mareas vivas. El lector podrá discurrir si se necesitarán diques para preservar el país de ser tragado por el mar, y qué sería de él si los diques no fueran.

Al mismo tiempo de un lado y otro del camino se empiezan á encontrar pequeñas y lindas casitas de ladrillo fundadas sobre el agua, y tan bien conservadas, que todas parecen acabadas de construir. Entre ellas me llamó particularmente la atencion una sobre cuya puerta se distinguian estas tres iniciales. **D. O. M.**: las mismas que encabezan las conclusiones públicas de los actos académicos en las universidades y establecimientos literarios de España, para significar **DEO OPTIMO MAXIMO**. Sin embargo la casita no debia ser ninguna aula ni academia literaria, si hemos de juzgar por los demas emblemas que á la puerta tenia, que eran unas mesitas con botellas de vino y cerbeza, quesos y platos de pescado.

Conforme se va avanzando, el camino se va haciendo gradualmente mas delicioso. Las casas de campo de derecha é izquierda, pertenecientes á los mas ricos negociantes de **AMSTERDAM**, van siendo cada vez mas magníficas; rodéanlas

vastos jardines, frondosos bosquecillos, y bellísimos prados artificiales,

«Verdes et bien sencidos,
de flores semnados,»

como dice el hermano Juan de Mena. Y como estas posesiones no están guardadas por altas cercas ni por espesos setos, sino por fosos circulares llenos de agua con sus puentes levadizos, la vista no encuentra estorbo alguno que la impida gozar de lleno de todo cuanto poseen de agradable estas hermosas quintas, generalmente circundadas de azotéas, miradores y galerías pintadas de verde. En la planicie que antecede á las fachadas, se ven mil caprichosas figuras formadas con la arena; y los pabellones rústicos, los chinescos, los asiáticos, ya en formade rotondas, ya de sexágonos, ya de octógonos, llegan hasta las mismas orillas del camino, como avanzándose á saludar al viajero, que por la frecuencia con que estos objetos se le presentan puede decir que va marchando por un continuado vergél.

¿Y qué diremos de las aldeas que se encuentran en esta jornada? Lo que decía Tirabeque: «estas no son aldeas, sino por ser mas pequeñas que las ciudades.» Y era exacta la observacion. Las aldeas de aquella parte de Holanda solo se distinguen de las ciudades en su menor estension, y en ser las casas generalmente de un solo piso. Por lo demas la misma limpieza, el mismo gusto en los rotulages de las tiendas y de las posadas ú hoteles, las calles igualmente empedradas ó enladrilladas, y las aceras de un mosaico menudo de piedrecitas de colores figurando aves, flores, animales ó personas humanas; todo tan limpiecito y tan lavado, que Tirabeque decía que comería cualquiera cosa sin escrúpulo sobre aquel empedrado.

«Señor, añadia, me vuelve á mí loco esto de no encontrar por estos lugarcillos una sola casita que no tenga sus buenos cristales en las ventanas, y sus pabelloncitos blancos detras de las vidrieras.» Al decir esto solía dejarse ver entre cristales y cortinas alguna fresca y robusta labradora, con su correspondiente papalina y sus adornos de encaje que se asomaba á ver

pasar la diligencia.—Repárese vd., mi amo, repárese vd. esa aldea: si la viéramos en otra parte, ¿no diríamos que era una señora? Parécese á nuestras inquilinas de la Mancha ó de tierra de Burgos, ó á las paramesas y montañesas de tierra de Leon y de Santander.—Lo que esto prueba, Pelegrin, es el bien estar de que gozan estos habitantes, y el estado de prosperidad y riqueza de los pueblos hasta en sus clases mas ínfimas: á lo cual debe contribuir no poco el respeto que se conoce se guarda aquí á la propiedad. ¿No ves sino estas ventanas tan bajas que casi tocan al suelo, sin una mala reja, sin un solo defensivo, sin otro amparo que los cristales y unas delgadas portezuelas de madera?—Así es la verdad, señor: ya he observado que en Holanda tampoco hay mas *ladrones* que aquellos juegos de espejos que empezamos á ver en Bélgica.»

Hacia la mitad del camino, en una linda villa llamada *Nieuwersluis*, nos salió al encuentro un posadero ofreciendo, como tiene de costumbre, á los viajeros un gran plato de anguilas fritas. Ibansele á Tirabeque los ojos tras de ellas, pero el conductor no estaba de humor de pararse, y aquí no dejamos de echar de menos la condescendencia de nuestros mayores españoles.

Proseguimos nuestro viage. Desde la salida de *Nieuwersluis* veíamos muchas gentes cruzar los caminos á pié: los hombres con sus anchos pantalones de pana ó de paño azul, sus levitones no nada elegantes, aunque decentes, ó bien sus chaquetas tambien azules, sus chalecos de tripe ó de calamaco, y sus zapatos de madera, segun la clase ó categoría, pero todos con su andar grave y desairado: las mugeres con sus bonetes blancos ajustados á la cabeza, sus sombreros de paja no nada modernos, y sus capotillos de percal de colores que les cubrian medio cuerpo, semejantes á los *camais* que ahora usan nuestras elegantes. Preguntamos al conductor la razon de encontrar tantas gentes, y nos dijo que eran los habitantes de todos aquellos caseríos, que iban ó venían de los templos de las aldeas vecinas, como domingo que era.

Conforme nos acercábamos á Utrecht, el terreno se iba elevando un poco, aunque tan imperceptiblemente, que solo se notaba por las inmensas praderas que se iban descubriendo, y que en el hecho de no estar inundadas de agua, nos indicaba bastante que se aproximaba á la ciudad. Los llamados propios de Paises-Bajos. A la una y media quedamos en el hotel de la calle de Utrecht, saliendo á recibirnos su linda, amable, y joven dueña.

LA COMIDA.

«Señor, estamos grandemente: he preguntado á la patrona á qué hora se come y me ha dicho que á la una y media.—Pero hombre, ¡qué en todas partes no has de pensar en otra cosa que en comer! En vez de preguntar ¿qué poblacion tendrá Utrecht? ¿En qué consistirá su industria y su comercio? ¿qué hombres célebres habrá producido? ¿qué establecimientos públicos tendrá? ¿á qué se redujo la famosa *paz de Utrecht*, tan nombrada? y otras preguntas por este estilo muy propias de un viajero.....—Crea vd., mi amo, que todo eso pensaba yo preguntarlo despues de comer, porque cuando tengo el estómago vacío no se me quedan las cosas en la memoria: y por ahora hágame vd. el favor de ayudarme á sacar las botas, que yo no me encuentro con fuerzas bastantes para ello.—Pues mira, llama á un *garzon* que te ayude, que yo no estoy para hacer esos oficios.

Llamóse á este, dióse principio á la operacion, no sin escitar grandemente la risa del sério holandés, y cuando se concluyó, la campana de aviso convocaba ya á la mesa redonda: es decir que se empleó cerca de media hora en descalzar á mi lego. Cuando entramos en el comedor, nos hallamos ya con una de esas orquestas ambulantes que andan de hotel en hotel filarmonizando las comidas. Componiase aquella de tres violines y una guitarra, y se conocia constituir las cuatro personas una familia: el padre, la madre y una hija tocaban el





El canto de la Revolucion y el lenguaje de ella se le podria dar un fin presado aunque no lo despusiera.

El canto de la Revolucion y el lenguaje de ella se le podria dar un fin presado aunque no lo despusiera.

M. de la Cruz.

violin, la otra tañía la guitarra, y cantaba también algunas arietas y cancioncitas en francés. Las dos jóvenes pasaban ya de la edad en que empieza á obligar el ayuno á los católicos cristianos, y como decía Tirabeque, á cualquiera de ellas se la podía dar un florin prestado aunque no le volviera.—¿Y por qué no dices, le pregunté yo, un pan prestado, como en España se acostumbra?—Señor, me respondió, ¡ojalá pudiera decirlo! pero así diera yo aquí un pan como un ojo de la cara, que me estoy temiendo no tener bastante para mis necesidades con todo lo que veo sobre la mesa.»

Antes de llegar á los postres la música calló, destacóse uno de los miembros de la cuádruple alianza de familia, y el platillo de las ánimas comenzó á recorrer las filas de los comensales: ¿quién le presentaba? ¿Acaso el padre ó la madre, ó la menos agraciada de las hijas? Miró Tirabeque á la demandante y dijo. «¿cáspita, y qué bien entiende esta gente la diplomacia de la cuestacion! Señor, estos saben mas que los frailes franciscos: ¡cómo escogen la lega de mejor palmito para pedir! Toma, hija, toma; y bien haya los padres que tan buen oficio te enseñan; toca, toca el violincico y pide, que buen camino llevais todos para la gloria.»

Ni Tirabeque ni yo quedamos descontentos de la mesa de UTRECHT.

EL DOMKERK, Y EL TEMPLO JANSENISTA.

Siendo domingo aquel día, debíamos aprovechar las horas para visitar los templos, si habíamos de alcanzar en ellos los oficios. Así lo hicimos tan luego como acabamos de comer.

Hay en UTRECHT (ciudad de 45.000 habitantes) 22 templos: 8 católicos, 7 protestantes, 4 walon, 4 luterano, 4 jansenistas y 1 anabaptista. Nuestro *commissionaire* nos dirigió al *Domkerk* ó grande iglesia, antigua catedral, y hoy la principal de las

protestantes. Asi es que aun se ven en ella muchos sepulcros de mármol de obispos católicos; y aun encontré unas inscripciones latinas, en que constaba el nombre del fundador (el rey Dagoberto I.) el año de la fundacion, el número y clase de los ministros y sirvientes, el asignado de cada uno, y el modo de distribuir el sobrante de las rentas de la catedral, que asi quisiera yo verlo en todas las catedrales de España, para que al gobierno, al pueblo, y al clero mismo les constase la verdadera inversion de la dotacion de cada iglesia, y con esto no habria tantas quejas y reclamaciones, ni tantos espedientes en los Ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia.

El órden de asientos, tribunas y galerias presentaba mas aire de teatro que de templo. Nosotros nos colocamos en la galeria destinada á los extranjeros, y con el sombrero calado, como estaban los demas, asistimos un rato á los oficios, en los cuales no hallamos ceremonia que esencialmente se diferenciara de tantos otros oficios protestantes como habiamos visto.

Salimos de allí, y subimos á la gran torre, separada del cuerpo de la iglesia por obra y gracia del huracan de 1674. La subida no era cosa muy grata para quienes acababan de comer, pero despues á fé que nos alegramos. Con dificultad habrá en la tierra edificio alguno, por elevado que se halle, desde donde se abarque con la vista tanta estension de terreno como desde la gran torre de la grande iglesia de UTRECHT. *Veinte grandes ciudades* se alcanzan á ver desde allí. La pequeña elevacion del terreno de la provincia de UTRECHT le proporciona ya dominar todos los *Paises-Bajos*, sin la mas leve prominencia que lo estorbe. La jóven hija del campanero (cuya familia tiene su habitacion en la misma torre) nos habia deparado un hermoso anteojo, y ella misma nos indicaba los puntos á que habiamos de dirigir la visual. «Desde aquí, Pelegrin (le decia yo), desde aquí si que se vé bien la multitud innumerable de rios, de mares, de lagos y canales que inundan la Holanda: ¿los ves bien?—No señor, no veo gran cosa.—Pero hombre, ¿cómo has de ver sino cierras uno de los ojos?—Es que ambos

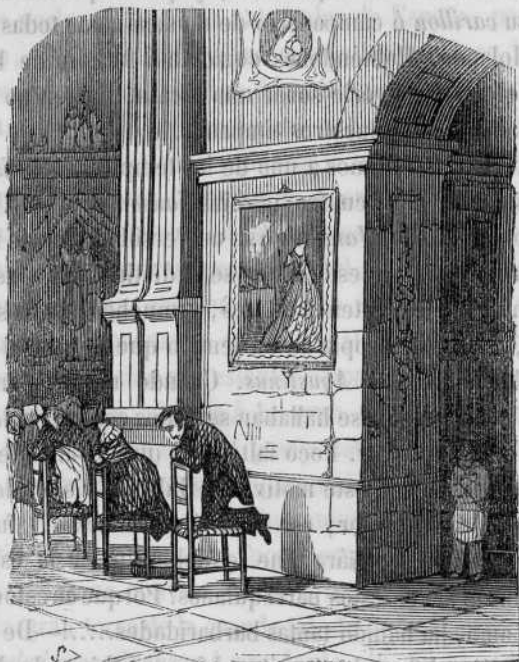
me hacen falta, mi amo: el uno le dirijo al antejo, y el otro á esta linda muchacha, que juro por mi ánima que por mucho que pueda ver desde la torre, no veré cosa que me guste tanto como la torrera.—Ya se vé; en ese caso escusado es que te molestes en echar el antejo.»

La torre estaba en reparacion, y por supuesto no podia faltarle su *carillon* ó campanario de música como todas las torres de Holanda. Habiéndonos cogido allí la hora de las tres, tuvimos el gusto de verle sonar una tocata, si bien no con poco atronamiento de nuestros tímpanos.

Desde allí nos fuimos á uno de los templos *jansenistas*. No es estraño que haya cuatro iglesias *jansenistas* en *UTRECHT*, habiendo pertenecido *Jansenio* á su universidad. La que nosotros vimos era pequeñita: desde luego se la distinguía de las protestantes en el hecho de tener altares, y muchos cuadros de San Agustín, cosa muy propia de un templo que llevaba el nombre del célebre autor del *Agustinus*. Cuando nosotros entramos, todos los concurrentes se hallaban sentados con la espalda vuelta hácia el altar mayor. Poco faltó para que Tirabeque armara allí un escándalo con este motivo. «¡Habrás visto (decía) irreverencia igual! Señor, ese *Jirsenio* ó *Jarsenio*, ¿fué acaso algun herege que enseñara que se debía volver la espalda al altar, como lo hacen estos parroquianos? Porque en esto de heregías, mi amo, ha habido tantas barbaridades.....!—De herege (le respondí) califican los jesuitas al famoso obispo de Ypres, y por tales tienen las cinco célebres proposiciones sacadas del *Agustinus* de Jansenio, apoyándose en las bulas de Inocencio X y de Alejandro VII: pero otros, Pelegrin, sostienen que Jansenio y los jansenistas son la quinta esencia del mas puro catolicismo. De todos modos esto de volver la espalda al altar y al sacramento, estoy seguro que no hace parte de la doctrina del compilador de San Agustín.»

Pero yo estrañaba como Tirabeque aquella manera inusitada de sentarse en el templo. Pedí á nuestro *commissionaire* la razon de ello, y no supo dármela. Pregunte á otras varias personas de

las que allí había, y todas me hablaban en holandés. En esto entró el sacerdote: á su entrada se levantaron todos los que estaban sentados, y volviendo caras al altar, se arrodillaron sobre las mismas sillas apoyándose en su respaldo. Entonces ya



comprendimos Tirabeque y yo, el misterio de la anterior postura, y ya le comprenderá el lector también. Durante las vísperas todo el mundo estuvo *flexis génibus* y con la mayor devoción; pero concluidas que fueron, los que quedaban esperando en el templo la salida de los otros, volvieron á sentarse en la misma forma que anteriormente.

Sobre el asiento de la silla cada uno tenía su almohadoncito correspondiente, y no había nadie, especialmente las señoras, que no tuviese también su calentador ó regilla de hoja de lata

confuegoparalos pies. Parecióronme , á mi Fr. Gerundio, estas comodidades no muy arregladas á la austeridad evangélica de que lleva tanta fama el Jansenismo.

La ceremonia de las vísperas , salva sea la mayor concurrencia , no se diferenciaba mucho de las vísperas católicas rancias de por acá.

GABINETE DE AGRICULTURA.

El palacio que habitó Luis Bonaparte en Utrecht cuando fué rey de Holanda, se halla actualmente destinado á *Gabinete de Agricultura*, ó sea á Conservatorio de toda clase de modelos de los ramos de agricultura , ganadería, horticultura y demas que con estos tienen alguna analogía , parentesco ó relacion.

Allá fuimos aquella tarde. Un jóven conserge, tan amable como instruido , se tomó el trabajo de esplicarnos minuciosa y detalladamente la procedencia , uso y aplicacion de cada uno de los utensilios é instrumentos pertenecientes á cada ramo de industria, «He aquí la sala de los arados: este es el arado de Suiza; este el de Dinamarca; este el de Polonia; este el de Suecia; este otro el de Italia; aquel otro el de Inglaterra; el de mas allá el de Francia; aquel el de los Estados Unidos... he aquí el modelo de otro que acaba de inventarse en Alemania: ved el que tenemos adoptado en el pais.—Segun eso , aquí teneis modelos de los arados que se usan en cada reino ó estado.—De todos los del mundo.—¿Y dónde está , preguntó Tirabeque , el arado de España?—Oh! perdon le respondió: de España no tenemos aquí: ¿se ha inventado alguno que ofrezca ventajas?—No señor , respondió Pelegrin: allí siguen usándose los primeros que hubo en el mundo , pero cogemos mucho pan!»

Del salon de los arados nos llevó al de los modelos de sembraderas; y tomando en la mano puñados de granos , simientes ó legumbres , nos esplicaba prácticamente el método adoptado

en cada pais.—Tampoco tenemos , añadió , el modelo de sembraderas de España; vos pudiérais acaso darme una idea de él.—Si señor , respondió Tirabeque.» Y tomando una almuerza de grano, la derramó por todo el salon. El conserge se quedó mi-



rándole , como sorprendido de verle tomarse aquella libertad. «No me mireis , le dijo Tirabeque , que así se siembra en España.—¡Diablo!—No hay diablo que valga; allí se tira el grano á puñados , ¿entiende vd? en seguida se echa el labrador á dormir , y *laus deo*: llega el tiempo de la cogecha , y viene tanto pan que no sabemos donde meterlo.—¡Diablo! Pues si allí se cultiváran las tierras con arreglo á los adelantos que se han hecho en el ramo agrícola , sería pais que pudiera abastecer de cereales á toda Europa.—Y mas tambien , si señor; pero á los españoles no hay que sacarlos de arar y sembrar como sembraron y araron sus bisabuelos, y quieren mas cuatro holgando que ocho trabajando, y aquella es gente que se contenta con poco; y cojan ellos pan para el año , y *consumatum est*; que si en otras partes no lo cogen , que coman patatas , que ellos no se lo han de ir á llevar , porque esto de hacer viages es cosa que inco-

moda, y para cuatro dias que se pueden vivir es una simpleza darse malos ratos.»

Oía el conserge sorprendido las verdades de Tirabeque sin acertar á comprenderlas. Y sin replicar palabra nos fué llevando de salon en salon, y enseñándonos aquí la coleccion de modelos de toda clase de trillos; allí cuantas formas de carros se han inventado; acá un depósito de todo género de hoces ó segaderas; allá un almacen de bieldos y aventadores; y en seguida todas las especies conocidas de colmenas, de establos, y pesebreras, de todo en fin lo que se ha descubierto de mas útil y ventajoso, de mas económico y sencillo, para las labores de la agricultura, para la cria y conservacion de los ganados, y de cuanto con estos ramos tiene alguna afinidad y analogía. No sé que pueda haber un Gabinete de agricultura mas rico. No se ha inventado sistema, no se ha descubierto utensilio, no se ha adoptado instrumento de labranza en país alguno, de que no haya modelo en el gabinete de UTRECHT.

¿Para que están allí estos modelos? ¿Acaso los tienen solo por lujo y ostentacion? Nada menos que eso. El gobierno de Holanda los hace ensayar, y aquel que se encuentra mas ventajoso, aquel que dá mejores resultados, aquel manda adoptar en el país, y aquel adoptan dócilmente los naturales. Asi la agricultura y la ganadería se encuentran en Holanda en el estado mas floreciente que imaginarse puede. Por eso dije en capítulo de *Gante*, que aun habíamos de topar con tierras mejor labradas que las de Bélgica.

Lo que á Tirabeque y á mí nos desconsolaba, lo que nos abrasaba y consumia no haber hallado en aquel inmenso gabinete universal, un solo modelo de instrumentos agrícolas de España, uno solo siquiera, nadie lo puede calcular bastante. «Señor, me decía, ¡qué no tuviera yo aquí una azuela ó un diablo, y un madero cualquiera, para hacer un arado ó siquiera una ahijada, y dársela á este conserge para que la pusiera ahí en un rincon y pudiera decir: «este es el modelo de la ahijada con que los labradores españoles arrear los bueyes!»

Con esta idea y con la noche, que eran dos oscuridades á un tiempo, salimos del conservatorio de agricultura, y nos retiramos al hotel.

EL PAPA ADRIANO VI.

Acostámonos temprano, no pesándoles de ello á nuestras corporales humanidades, que sin esperarlo se encontraron sobre blandísimos colchones de pluma. Y siguiendo nuestra costumbre de platicar un rato de cama á cama, «estamos, Pelegrin, le dije, en la patria del papa *Adriano VI*, único pontífice que ha salido de los Países-Bajos.—Señor, ¿y qué tenemos nosotros con el papa *Adriano VI*? Una friolera, hombre. Se trata precisamente de un sugeto, que de *hijo de un carpintero* de *UTRECHT* llegó á ser *regente de España*.—¡Hola, hola, mi amo! Eso ya es otra cosa. Con qué ya hemos tenido en España otro regente hijo de carpintero? ¿Y cuándo fué eso, señor? Cuénteme vd.—Te diré.

En tiempo de Fernando V fué *Adriano* embajador de España: aquel monarca le hizo obispo de Tortosa; despues fué regente del reino con el cardenal Jimenez de Cisneros, y por último *Cárlos V* le hizo virey ó vice-gerente suyo, poco antes de ser nombrado pontífice. En Vitoria fué donde se vistió por primera vez de pontifical. Con que mira tú si tiene por qué interesar á los españoles la historia de este hijo de *UTRECHT*.

«Y diga vd., mi amo; ¿qué tal regente hizo *Adriano*? Por de contado, Pelegrin, su máxima favorita era, *que debían buscarse hombres para los empleos, no empleos para los hombres.*» —Señor, con eso solo me va oliendo á mí ya á buen regente; y ojalá se le pareciera en eso el otro regente que tenemos ahora en España.— Fué hombre, Pelegrin, que murió diciendo: *«la mayor desgracia que he experimentado en el mundo es haber tenido que mandar.»* Pero lo que puede decirse es que á pesar de tan buenas máximas, y de las costumbres puras que atri-

buyen á Adriano VI, todavía hubo quien á su muerte escribió sobre la puerta de la casa de su médico: «*Al libertador de la patria.*» Para que veas si los que mandan pueden contar siempre con enemigos, por buenos regentes que sean. Bien decia él que era una desgracia el mandar.»

Un ronquido de Tirabeque me avisó de haberse dormido, y se acabó la conversacion.

LA PAZ DE UTRECHT.

Dos grandes acontecimientos han hecho célebre á la ciudad de UTRECHT; acontecimientos trascendentales para toda Europa, mas trascendentales todavía para España. En UTRECHT fué donde los estados de los confederados declararon las Provincias Unidas independientes de España y echaron los cimientos de su poderosa república. En UTRECHT fué donde dos siglos despues (año 1713) se firmó el famoso tratado conocido con el nombre de *Paz de Utrecht*, que puso término á las sangrientas guerras de sucesion, y que forma una de las épocas mas memorables de la historia moderna.

Pues bien, al siguiente dia de mi llegada á UTRECHT me levanto temprano, llamo á Tirabeque, hacemos acudir á nuestro guía, y juntos nos dirigimos á la casa de ayuntamiento ú *hotel de ville*, en uno de cuyos salones se firmó la famosa *Paz* (no habiéndolo verificado el dia antes, como en mi impaciencia hubiera querido, en razon á que en el palacio municipal se estaba de obra, y como domingo que era no se trabajaba, y se hallaba cerrado). Una nueva y bellísima fachada de piedra acababa de hacerse en la casa consistorial de UTRECHT; los salones interiores se hallaban todavía en reparacion; se habia dado al edificio una nueva forma. El guia nos llevó á una sala baja, y nos dijo: hé aqui la sala en que se hizo el célebre tratado de que vos tendreis noticia.»

Hállome, pues, yo Fr. Gerundio, dentro del salon en que se firmó la renombrada *Paz de Utrecht*. ¿Creeréis acaso, hermanos míos, que me encuentro rodeado de viejos archivos, de retratos de embajadores y plenipotenciarios, de reyes y príncipes? Pues no, me hallo entre pedazos de maderos viejos, entre ladrillos partidos, y entre fragmentos de escombros, lleno de polvo, y espuesto á que me aplane un trozo de techumbre. El



salon del Tratado va á ser reformado tambien: el lujoso ornato del gusto moderno va á reemplazar sus antiguas severas formas. Perdonen los holandeses si en este punto un humilde español se atreve á hacerles un cargo de profanacion á la venerable antigüedad. Los lugares históricos son como los poemas épicos; el tinte y sabor al *vetus et antiquum* es el que les da la ilusion: en entrando el *nova sint omnia*, la ilusion desaparece.

«Diga vd. mi amo, (me preguntaba Tirabeque): ¿no podrá vd. explicarme á qué diablos se redujo esa *Paz de Utrecht*, que

yo tambien he oido nombrar muchas veces sin entenderla nunca?—Te diré, Pelegrin.

Hácia fines del siglo XVI el rey de Francia Luis XIV, al frente de un ejército de 400 mil hombres, se hizo dueño de la ciudad de UTRECHT y de muchas otras de Holanda, con tal rapidez, que á sus conquistas se compuso el siguiente dístico:

Una dies Lotharos, Burgundos hebdomas una,

Una domat Batavos luna; ¿quid annus erit?

Que traducido al español, quiere decir:

Conquistó la Lorena en solo un día,

la Borgoña domó en una semana,

en un mes de la Holanda se hizo dueño,

¿qué fueran en un año sus hazañas?

Pero tan rápidas como fueron las conquistas fueron despues las pérdidas, que asi pasan las glorias de este mundo, Pelegrin. Lo cierto es que á principios del siglo XVII, la Francia y Luis XIV se vieron á dos dedos de su perdicion, que en tal estado llegó á ponerlos el duque de *Marlborough*, que mandaba el ejército de los aliados. Las guerras de sucesion traian entonces enredada y revuelta toda la Europa, y andaba un lío y un zipizape entre el Austria y la España, entre la España y la Holanda, entre la Holanda y la Inglaterra, entre la Inglaterra y la Francia, y la Francia y Cataluña, y entre Felipe V y el archiduque Carlos, y el archiduque Carlos y Luis XIV, y Luis XIV y la reina Ana, y la reina Ana y la duquesa de *Marlborough*, y el duque de *Marlborough* y los torys y los wigs y los alemanes y los austriacos y los holandeses y los españoles, y los franceses y los ingleses y los catalanes, que era una gloria el ver como se degollaban unos y otros á quien mas podia, y sobre quien se habia de calzar esta ó la otra corona, ó dos á un tiempo, si la fortuna se les mostraba tan larga como la ambicion.

El archiduque de Austria Carlos aspiraba á la corona de España, y ayudado de los catalanes sacudia el polvo á Felipe V, y Felipe V á su vez, ayudado de los franceses, solia cascar las liendres al archiduque Carlos; pero todos temian á un tiempo: Luis XIV temia que Felipe V reuniera la corona de Francia á la de España, para lo cual ya no habia mas estorbo que el hijo segundo del Delfin, que era enfermizo y enteco por demas y estaba hecho un enclenque: temíase tambien que si el archiduque salia vencedor reuniera las dos coronas de Austria y España, y todos eran temores por todos lados, y todo era guerras y batallas, y desolacion y mortandad y ruina.

Muere en esto el emperador José de Austria, y recae la corona en su hermano el archiduque; y esta y otras combinaciones que sería largo de referir, inspiraron el pensamiento de arreglar todas las diferencias por medio de un tratado. Celebráronse las conferencias en UTRECHT, y se firmó la famosa *Paz* bajo estas principales bases: que se reconocia á Felipe V por rey de España y de las Indias, con la condicion de que cediese Gibraltar y Menorca á los ingleses: la Sicilia al duque de Saboya; Namur y el Luxemburgo al elector de Baviera, y los reinos de Nápoles, Cerdeña y ducado de Milan á la casa de Austria: y entonces fué cuando Felipe V para alejar toda sospecha de que aspirase á reunir la corona de Francia con las de España, se empeñó en hacer la famosa *Ley Sálica*, por la que quedaban las hembras sin derecho á suceder á la corona, y que tan mal officio nos ha hecho hasta en nuestros dias; que al archiduque Carlos se le reconoceria por emperador de Austria: que los alemanes se obligarian á evacuar la Cataluña: que á Luis XIV se le restituirian varias plazas de la Flandes francesa, y que los ingleses serian los únicos que pudiesen vender negros en la América española.

A esto vino á reducirse, Pelegrin, la famosa *Paz de Utrecht*, con la cual todos se conformaron mas ó menos, excepto el *duque de Marlborough*, valiente guerrero y entusiasta de la libertad. En prueba de ello te contaré una anecdota muy curiosa.

«Cuando murió el duque, la duquesa su viuda ofreció una suma considerable al que hiciese el mejor epitafio para su esposo. Hiciéronse muchísimos, se cotejaron, y se escogió por mejor... ¿cuál dirás? el que habia hecho su esposa, que era como sigue :

«Aquí yace Juan, duque de Marlborough, que no dió batalla que no ganára, que no sitió ciudad que no tomára, que no emprendió negociacion que no tuviera un éxito feliz.

«Oh tu, cualquiera que seas, si la Europa es libre, si tú lo eres, agrádecete a Juan, duque de Marlborough.»

Le doy á vd. las gracias, mi amo, por todas esas noticias; y supuesto que ya *la paz* queda firmada, sería yo de parecer que nos fuéramos á almorzar *en paz* y en gracia de Dios.— Hombre, ya que estamos aquí, debemos antes ver la Universidad, si no está lejos.—En efecto, respondió el *commissionaire*, no está distante.—Ea, pues vamos allá.

LA UNIVERSIDAD.

Aun no estaba abierta, pero llamamos en casa del conserge, el cual á la primera insinuacion nuestra echó mano á las llaves y salió acompañándonos.

Nos llevó primero á una sala baja, adornada con los retratos al óleo de todos los doctores antiguos y modernos. «Aquí (nos dijo) tan pronto como uno se gradúa se saca su retrato y se coloca en esta sala.» Léianse entre ellos nombres muy respetables y muy conocidos en la república literaria, especialmente en la carrera de la legislacion, en cuya enseñanza ha sobresalido la universidad de UTRECHT tanto como ha sido afamada la de LEIDA en el ramo de medicina.

Entramos en la *sala de promociones*, ó sea aula de grados, decorada con las banderas de las Provincias Unidas, y bordado en ellas el blason de las armas de Holanda, á saber, los dos leones con el lema: «JE DEFIENDRAI.» En el lienzo ó pared fronteriza del aula se veía pintado un *Sol* alegórico con esta inscripcion. «*Sol Justitiæ ilustra nos.*»—Señor, exclamó Tirabeque, aunque, como he dicho á vd. antes, entiendo poco el latin de los Países Bajos, paréceme que el Sol de Justicia no ha alumbrado gran cosa á los doctores de esta Universidad, á lo menos con los rayos de la ortografía; porque si la ortografía de aquí es como la de allá, tengo para mí que en el *Justitiæ* debería haber una *coma*.—Asi es la verdad, Pelegrin; y veo que estás hoy mas docto de lo que de costumbre tienes.—Señor, es que como no he almorzado, tengo los sentidos muy espertos.—Comprendo la insinuacion, Pelegrin, y espera un poquito, que ahora iremos.

«Ved aquí, nos dijo el conserge, el traje de ceremonia de los doctores.» Era una especie de balandran con mangas perdidas y cuello blanco, semejante al de los clérigos, y un bonete con borlas.—«Estos son los sombreros del graduando y del doctor padrino.» Eran unos sombreros de tres picos de una forma rara y particular.

Visitamos otras aulas, gabinete de fisica, biblioteca &c, y al despedirnos del conserge le pusimos un par de florines en la mano. Los recibió sin repugnancia, y nos dijo: «tomáos la molestia de llegaros aquí conmigo.» Andubimos unos 20 pasos y acercándose á un cepillo que en el claústro habia, depositó en él los florines y añadió: «esto es para los pobres, que este destino damos aquí á las propinas que dejan los estrangeros que visitan la Universidad.—Pláceme, le respondí, en gran manera el uso que de ellas haceis.»

Y hecha la despedida, nos dirigimos al hotel á almorzar, y lo que es mas, á disponer la continuacion de nuestro viage, aprovechando la diligencia que á las 12 salia para NIMEGA.

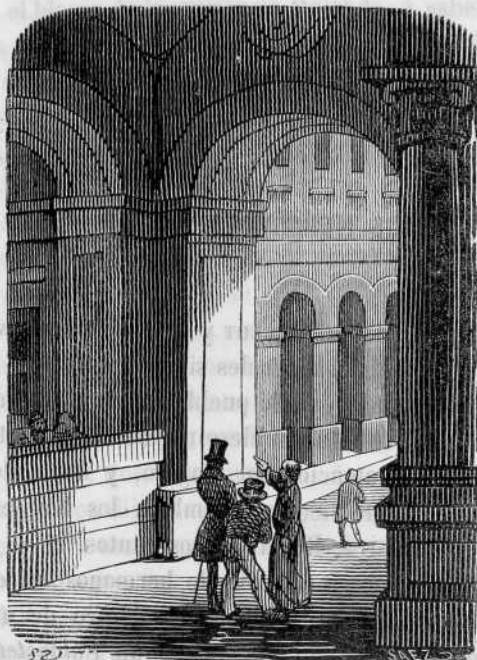
ZEYST.

LOS HERMANOS MORAVOS.

A las dos leguas de **UTRECHT** y en medio de un vasto oquedal ó bosque de altísimos árboles sin yerva ni mata alguna, se encuentra el pequeño y lindo pueblecito de *Zeyst*, del cual no haría mencion si en él no hubiese un establecimiento digno en sumo grado de la atencion del viagero, y único de su clase que he visto, aunque dicen que tambien los hay en Irlanda, Alemania, Dinamarca, Rusia y otros puntos.

Es una asociacion ó cofradia de hermanos *moravos* ó *moravitas* que en número de 300 viven dentro de un edificio, llamémosle pueblo-palacio ó digámosle un *Falansterio*, semejante al de los *fourrieristas* de que hablé en el tomo 4.º de estos *Viages*.

Los hermanos *moravos*, derivacion de los antiguos *Hussitas* ó hereges sectarios de *Juan Huss*, que como los judíos han andado emigrados y errantes de nacion en nacion y de reino en reino, perseguidos por tal gobierno, espulsados por tal príncipe, y tolerados ó protegidos por otros gobiernos y otros reyes, son en el dia, al menos los de *Zeyst*, una colonia de artesanos que viven en comunidad, dedicados á la fabricacion de varios y muy diferentes artefactos, como alhajas de oro y plata, objetos de vidriado, guantes, medias, jabon, velas, y cien otras mercancías. Los edificios de la comunidad son vastos, de bella y elegante construccion, sumamente aseados, y de tal manera distribuidos que hay departamentos separados



para todas clases: los muchachos, los jóvenes solteros, los casados, los viudos y viudas, cada uno habita el cuartel correspondiente á la clase en que le coloca su estado ó su edad.

El celibato es mal mirado entre los hermanos *moravitas*: en llegando á la edad nubil se hace entre ellos punto de honor el no permanecer solteros; pero ninguno puede casarse sino con una hermana de la *Union*, á no renunciar á la sociedad, lo cual equivaldria á cargar con una especie de infamia. Las clases de mugeres se distinguen por el color de la cinta con que atan debajo de la barba la cófia ó bonete que llevan todas en la cabeza. La de las niñas hasta los 12 años es color de rosa: reemplázale el encarnado oscuro hasta los 18: desde esta edad hasta que se casan vuelven á tomar el color de ro-

sa: las ya casadas usan la cinta azul celeste, y las viudas se distinguen por la cinta blanca.

Con ávida curiosidad examinábamos los dos esclastrados españoles una comunidad de un género enteramente nuevo para nosotros. Un anciano, un sacerdote, y un robusto holandés que nos habia acompañado en la diligencia, nos guiaban en aquel convento-pueblo.—«Supongo (preguntó Tirabeque) que aqui serán vds. todos católicos cristianos.—Perdon, (le respondió el sacerdote): nosotros profesamos la Confesion de Augsburgo: en los oficios cantamos los himnos luteranos, se predica y se lee la Biblia. Para dar la comunión nos vestimos un ropaje talar blanco, sujeto con una cinta encarnada, y nos ponemos un bonete color de violeta.—¿Y cómo se rige y gobierna esta comunidad? pregunté yo al anciano.

Tenemos (me respondió) un reglamento, y ademas se nombra de entre los mayores de edad una junta, que llamamos Colegio, encargada del régimen y administracion de la Sociedad, con arreglo á nuestras constituciones. Yo tengo el honor de ser uno de ellos. La mayor pena que podemos imponer es la escmunion ó exclusion de la Sociedad; pero apenas ha llegado nunca el caso de tener que recurrir á este castigo; aquí los delitos no se conocen; jamás hay que reprender sino ligeras faltas: la mala fé, el engaño, el hurto, la ofensa de hecho, la infidelidad, son cosas desconocidas y estrañas enteramente á la asociacion. Nuestras rentas se componen de cuatro contribuciones voluntarias, en que cada miembro pone la parte que su posibilidad ó sus medios le permiten; jamás nadie se ha negado á contribuir á los gastos de la comunidad; verdad es que todos palpan su justa y escrupulosa inversion. La holganza está desterrada de estos lugares: las horas de trabajo están distribuidas de modo que alternando entre diferentes ocupaciones ninguna de ellas se haga enojosa: los mas aplicados ó mas diestros utilizan mas de sus artefactos. Creedme, vivimos felices, y no hallareis un solo descontento entre toda la comunidad.

«Si eso fuera cierto (repuso Tirabeque), yo me quedaria

aquí, aunque fuera en la clase de lego que he tenido en otras comunidades de España, y mas despues que he visto las hermanitas de la cinta color de rosa que quedaban en aquel cláustro de la izquierda haciendo guantes: pero eso de rezar en luterano es lo que no vá conmigo. Si vds. quisieran seguir aquí la regla de mi padre San Francisco, añadiéndola el capítulo de las hermanas, ya seria otra cosa.—¡Oh! eso no es posible, respondieron el anciano y el sacerdote. Mas ya que os han llamado la atencion (añadió el primero) las hermanas color de rosa, venid conmigo, y vereis si os gustan los guantes que ellas fabrican.»



Volvimos á aquel departamento; tomamos unos pares de guantes, pagándolos al doble precio de su valor por via de fineza á la sociedad, y me costó no poco trabajo arrancar á Tirabeque del taller de las hermanas *moravas* color de rosa.—Señor, me decia, conozco que nos ha dicho la verdad el viejo este; ¿no vé vd. qué gordas, y qué coloradas, y qué contentas se conoce que están todas? Por fuerza debe vivir muy feliz esta

gente, señor. Ah! eso no lo dudeis, repuso nuestro gordo acompañante: todo el pais habla de la felicidad de los hermanos *moravitas*.»

Despedímonos de los dos respetables hermanos; y yo Fray Gerundio dije para mí: «he aquí una asociacion que parece acreditar que no es imposible en la práctica la *Teoría Societaria* del hermano *Fourrier*: ¿qué es el pueblo-palacio de *Zeyst* sino un *Falansterio*? ¿que viene á ser la comunidad de *moravos* sino una *falange de falansterianos*? Los *moravos* viven felices; ¿por qué no podrian vivir felices tambien los *fourrieristas*?

CERROS, BOSQUES Y TABAQUERÍAS.

Tomamos otra diligencia, y proseguimos nuestra ruta en compañía del hombre gordo. Continuan los lindos y aseados pueblos con sus empedrados de menudo y fino mosaico en lugar de aceras. El terreno se va elevando á la izquierda del camino, y empezamos á encontrar bosques y matorrales, cerros y colinas que luego degeneran en montañas, primeras y únicas que en toda la Holanda hemos hallado, y que anuncian los lindes estremos de los Países Bajos. A la derecha prosiguen los canales y los rios, rios y canales en abundancia, que todavía nos obligaron á embarcarnos dos veces en aquella tarde *caballos y carruage y viageros*.

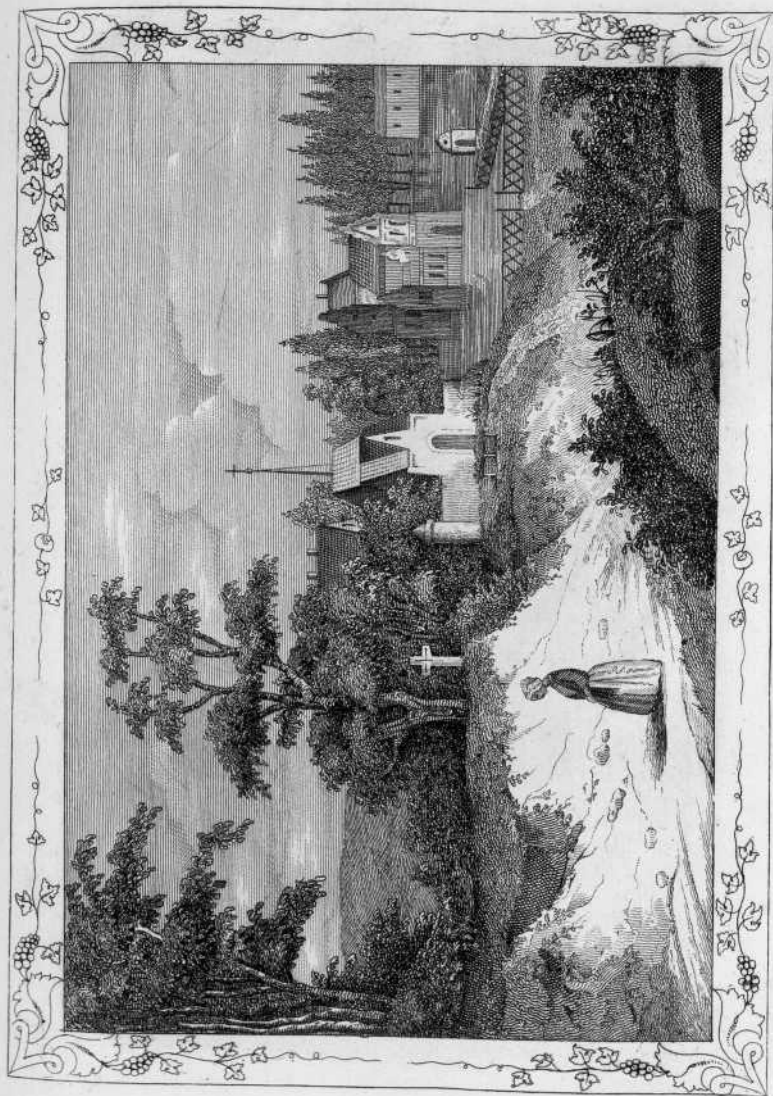
Hemos pasado de la provincia de *Utrecht* á la de la *Gueldres*, célebre por las numerosas piaras de ganado vacuno y lanar que pastan en sus praderas, por sus muchas cervecerías, y por el increíble producto que reporta de un ramo de industria insignificante al parecer, el de las abejas. Pero lo mas notable del resto de la jornada nos lo hizo advertir nuestro gordo holandés. «¿No habeis reparado, nos dijo, esa multitud de edificios rústicos, que de uno y otro lado del camino y á las entradas y salidas de los pueblos se encuentran, todos con sus bajas y toscas

puertecitas cerradas. Lo he notado en efecto, le respondi, pero temia molestaros con preguntas.—¡Oh! perdon: yo tendré un



placer en informaros de todo lo que gusteis. Pues todos esos son almacenes de tabaco en rama; las tierras que hemos ido dejando atrás, y las que tenemos á la vista, por espacio de algunas leguas, todas se plantan de tabacos. Reparad, aun vereis en ellas muchos troncos y no pocos retoños.—En efecto es así. Segun eso se hace en el pais gran cosecha de tabaco.—Por la muchedumbre de almacenes que habeis visto, y por los que vereis todavía lo podreis conocer. No solo dan para el consumo del pais, sino para hacer una regular esportacion.

«Lo que yo advierto, añdió Tirabeque, es que las puertas no son muy seguras, y que algunas de ellas tienen agujeros por donde puede muy bien entrar un hombre, con tal que no sea tan gordo como vd. Por fuerza habrá un guarda en cada almacen, porque sinó pronto se quedarian sin tabaco.—¡Cómo!—¡Cómo, cómo! robándolo.—¡Oh! perdon: aquí no se roba.—Pues mire vd.: solo por parecerme vd. un hombre muy formal le creo. Y no estrañe vd. que me esplique así, por que si esos almacenes



Cerros, bosques y tabaquerías.



con esas puertas estuvieran en otra parte, esté vd. seguro que de la noche á la mañana, y si me apura vd. un poco, de la mañana á la noche, se quedaban mas limpios que casa deshabitada.

A las dos leguas antes de llegar á *Nimega*, se concluye la calzada de ladrillo, y sirve de arrecife el *gran dique*, obra maestra de la arquitectura hidráulica, construida segun se cree, en tiempo de los romanos para contener el Rhin; é impedir que sus aguas inunden la provincia toda.

Eran las 7 y media de la noche cuando llegamos á la segunda ciudad de la *Gueldres*.



(1) Esto es lo que nos dijeron significativamente: *Lageren* uder in *den* *holländischen* *Wegen* in *Nimega*.

con esas puertas estuvieran en otra parte, está vd. seguro que de la noche á la mañana y si me aguz vd. un poco, de la mañana á la noche, se quedarán los que casa desahijada. A las dos leguas en el camino de Nimega, se concluye la calzada de ladrillo, y sirve de arrecife el gran mar de arena que se crea en el tiempo de los romanos para contener el Rhin; é impedir que sus aguas invadan la provincia toda.

NIMEGA.

EL JOROBADO Y LAS DAMAS.

Alojámonos en el hotel de la *Diligencia de Rotterdam*, (1) cuya patrona en su espresiva obsequiosidad parecia mas bien francesa que holandesa; tanto que no sé si por efecto de su amabilidad excesiva, ó acaso (lo que creo mejor) por dar un poco de rienda á su carácter, á lo que se traslucia, chungon y burlesco, se prestó ella misma á ayudar á sacar las enormes botas de Tirabeque. La risa mas bien que la falta de fuerza hacía inútil nuestro trabajo, y en su vista la jóven patrona llamó á uno de sus dependientes en nuestro auxilio.

Presentóse, pues, un enano, jorobado y contrahecho por de-



(1) Esto es lo que nos dijeron significaba: *Logementho uder in den Rotterdamsecenh Wagen in NIMEGEN.*

más, un completo Esopo, que en el palacio de un rey de la edad media hubiera hecho un bufon sobresaliente, y que visto por D. Quijote hubiera llevado una buena reprimenda por no haber tocado la trompeta para anunciar nuestra llegada al castillo. Tiraba el enano de las botas, tiraba Tirabeque de una pernada al enano, y reíamos la patrona y yo á costa del contrahecho holandés y del no muy bien hecho español, con el mas sano y franco reír del mundo. Por último se invocó la cooperacion de otro dependiente, y con este refuerzo pudo lograrse descalzar á Tirabeque sus voluminosas botas.

Cenamos con apetito, y nos fuimos con sueño á la cama. Pero no bien se hubo acostado Tirabeque cuando ya me dijo: «Señor, lléveme Barrabás sino se han propuesto jugar conmigo en este hotel: ¿pues no me han dado la cama del enano!—¿Por qué dices eso, hombre?—Señor, porque esta cama es tan corta que si me estiro, la mitad de las piernas se me quedan fuera.—Lo mismo me sucede á mí, Pelegrin: acá tenemos otras camas como las de *Breda*: no parece sino que la primera y última ciudad de Holanda quieren dejarnos recuerdos por el mismo estilo.

«Señor, haga vd. el favor de dar un repaso á las fojas de su memoria, á ver si encuentra vd. alguna historieja de NIMEGA con que quedarme dormido.—Hombre, de NIMEGA no sé sino que aquí se firmaron tambien dos tratados solemnes de *Paz*, el uno en 1678 entre España, Francia y Holanda, y el otro en el año siguiente entre España, Francia, Suecia y el Imperio.—¿Y qué mas, mi amo?—No me acuerdo de mas, porque tengo mas sueño que tú.—Pues en ese caso, mi amo, escoja vd. la *Paz* que guste de las dos, que yo me quedaré con la otra y vamos á dormir los dos *en paz*; y hasta mañana señor, *requiescant in pace.*»

**EL RELOX DEL AYUNTAMIENTO,
Y EL PABELLON DEL DUQUE DE ALBA.**

No era maravilla que cada noche nos acostáramos rendidos de cansancio, puesto que cada dia hacíamos una jornada, ó en diligencia por los caminos, ó á pié por los pueblos, á trueque de ver todo lo mas posible en el menos tiempo posible. Asi nos sucedió en NIMEGA al siguiente dia de nuestra llegada. Ver mucho aunque nos cueste andar mucho; este era nuestro sistema.

Aunque NIMEGA es una ciudad que no pasa de 18 mil habitantes, su movimiento y animacion comercial la hace parecer mas poblada. Fundada como Madrid sobre siete colinas, colocada entre una porcion de grandes rios, el Rhin, el Wahal, el Mosa y el Issel, y á la frontera del reino de Prusia, su comercio es activo, el tránsito por ella incesante, y en la estacion del verano es tanta la afluencia de estrangeros que acuden á visitar las orillas del Rhin, que suele no haber albergue para tanta gente, teniendo muchos que dormir á bordo de los vapores. Como plaza fronteriza, hay la mayor escrupulosidad en esto del refrendo de los pasaportes.

Nosotros visitamos aquel dia todas sus fortificaciones exteriores, tan sólidas como bien conservadas; un pequeño y lindo templo luterano; la grande iglesia calvinista, donde se halla el sepulcro de Catalina de Borbon, todo de bronce, y grabado sobre él el retrato de la princesa: en seguida de lo cual nos llevó nuestro *commissionaire* al palacio ó casa del Ayuntamiento, el edificio mas notable que tiene NIMEGA.

Decóranle las estátuas de muchos emperadores: la sala primera está destinada al tribunal de Justicia: debajo de la estátua de esta virtud se lee; «*utramque partem audite: oid á las dos partes.*» Hallábase reunido el tribunal: oimos hablar á uno que

se nos dijo ser un abogado: no entendimos una palabra, y subimos á una galería, en cuyas paredes se hallaban incrustadas porcion de antigüedades romanas, sacadas de los alrededores de la ciudad. En la pared ó lienzo de enfrente habia una coleccion de armas antiguas: «¿Veis (nos dijo nuestro guía) aquella cuchilla que está en medio? Pues es la cuchilla con que fueron decapitados en la plaza de Bruselas los condes de Horn y de Egmond por orden del duque de Alba.—¿Es posible, mi amo, exclamó Tirabeque, que en todas partes hemos de encontrar rastros y reliquias de las atrocidades del duque de Alba?—¿No te acuerdas, le respondí, que así te lo previne en Bruselas?» Distingüíanse aun en la cuchilla las manchas de la sangre, y rogamos al guía nos llevara cuanto antes á otro sitio.

«Venid, añadió este. Y conduciéndonos á un salon cubierto con preciosos tapices de la célebre fábrica de los Gobelinos de París, «aquí teneis, nos dijo, la sala en que se firmó la *Paz de Nimega*: ved los retratos de los embajadores y plenipotenciarios que la firmaron.—Señor, este es el de España, dijo súbitamente Pelegrin; le conozco yo en la vestimenta.» Asi era la verdad, que se le distinguia fácilmente entre todos.

Pero de cuanto vimos en el palacio municipal de NIMEGA nada le ha quedado tan presente á mi lego como el *relox* del piso bajo. La máquina está en el portal, ó sea una especie de entre-suelo sobre la izquierda. De ella parte un ramal á cada departamento del palacio ú hotel, donde hay su correspondiente campana. Cuando dá la hora, comunicase simultáneamente el movimiento de la máquina á todas sus dependencias, y suena al mismo tiempo en todas y en cada una de las habitaciones del palacio. Es un gefe cuyas órdenes son ejecutadas por todos sus subalternos á una voz de mando, si bien en vice-versa, porque aquí el reloj-gefe está abajo, y los dependientes y subalternos arriba.

Bajamos al muelle, cuyos malecones azotan las aguas del caudaloso Rhin, cruzado siempre de barcos y faluchos mercantes y de vapores de transporte. Y en seguida subimos á la parte mas alta de la ciudad: al bello y frecuentado paseo de *Hoer-*

der beg. «Aquí teneis, nos dijo el guía, los restos de dos torres romanas. Ved este bosque de tilos; ellos cuentan mas de siglo y medio de antigüedad. Pero si quereis gozar de uno de los mas deliciosos puntos de vista que puede desear un viajero, acercáos conmigo á esta otra torre ó mirador: es el pabellon nombrado el *Belvédere*.... ¡Oh! ahora que me acuerdo, vos sois españoles, y este pabellon os debe ser interesante, porque fué construido por el duque de Alba, y aun se nombra tambien *el pabellon del Duque de Alba.*»

Deseos tenía en verdad, yo Fr. Gerundio, de hallar algun recuerdo del famoso duque que no llevara asociadas las ideas de sangre y crueldad, y entramos con gusto en el pabellon de *Belvédere*. Hay en él dos lindos y bien adornados gabinetes, y está todo circundado de cristalería. ¡Delicioso y entretenido es á fé mia el panorama que se descubre desde el pabellon! A nuestros pies veíamos serpentear las aguas del brazo del Rhin llamado Wahal; la vista abrazaba al mismo tiempo el curso magestuoso del gran Rhin, las caudalosas corrientes del Mosa, las abundantes aguas del Yssel, los canales de la Gueldres, las calles de Nimega, el bosque frondoso de los Tilos, las montañas de Cléves y de Elten, las agudas flechas de los templos y palacios de Zutphen y de Doesbourg, los confines de la Bélgica y de la Prusia.

Tirabeque gozó tambien completamente de aquellas pintorescas vistas, en razon á que allí no habia una torrera como la de Utrecht á quien dirigir la visual.

Era ya tarde, y nos retiramos al hotel. Habiéndonos informado de que no habia en NIMEGA otra cosa alguna singular y notable que mereciera prolongar nuestra estancia, y con noticia de que la diligencia-correo salia aquella noche para Prusia, refrendamos nuestros pasaportes, tomamos nuestros billetes y nos dispusimos para dejar el reino de *Guillermo II*, y entrar en el de *Federico Guillermo IV*.

PRUSIA.

¡AY QUE NOCHE!

Al llegar en estos mis apuntes de viage á la memorable noche en que los dos viandantes esclaustrados hicimos el tránsito de Holanda á Prusia, yo debería esclamar con el hermano Ovidio:

*Cum subit illius tristissima noctis imago,
cum répeto noctem quâ tot mihi cara reliqui,
lâbitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

Cuando recuerdo la maldita noche:
en que dejando los Países-Bajos
á Alemania pasé, casi á mis ojos
sin poderlo evitar asoma el llanto.

Y aun pudiera decir con la Virgen «iph, vosotros todos los que andais por los caminos! atended y decid si es vuestro dolor como mi dolor.»

Apuro 1.º De dos modos se hace el viage de Nimega á Prusia, ó en vapor por el Rhin arriba, ó en la posta ó diligencia-correo por tierra. Pero el rio bajaba casi desbordado por efecto de las anteriores lluvias, y teniendo el vapor que navegar contra la corriente tardaba mas que la diligencia. Preferi pues esta, y nos acomodamos amo y lego en la berlina, que aun que estrecha era bastante cómoda para los dos, apesar de los voluminosos

coturnos de Tirabeque. No bien comenzábamos á felicitarnos de ir los dos solos con tal cual holgura, cuando empezó Cristo á padecer embutiéndonos dentro el conductor, que no era un alfeñique, y poniéndonos en prensa de tal modo que parecia haberse propuesto litografiar el brazo derecho de Tirabeque en el izquierdo mio. Yo le espuse la incomodidad que nos causaba, y me contestó en aleman lo que él sabria y yo no he podido saber hasta ahora. No sé mas sino que no nos entendiamos. Para consuelo nuestro entraba y salía cada seis minutos, y cada vez que entraba y salia, entraba tambien un vientecillo nocturno que nos baldaba.

Así siguió hasta la raya de Prusia, en que salió para no volver, pero no sin reemplazarle un dependiente de la aduana armado de todas armas; nosotros nos armamos tambien, pero fué de paciencia. A las nueve de la noche llegamos á la primera aduana de Prusia. Apeámonos viageros y bagajes para el oportuno reconocimiento. Está fué la única estacion de que salimos felizmente librados aquella noche: nuestros equipages fueron los únicos que no se bajaron, ni fueron reconocidos. Los dependientes nos dirigieron varias veces la palabra: nosotros contestamos otras tantas con el «*je ne comprends pas*», porque así era demasiado cierto: y ellos amostazados sin duda de no entendernos á nosotros, nos dejaron por cosa perdida. Ello es que ni nos registraron ni nos pidieron los pasaportes.

La hermana aduanera. El reconocimiento del de los demás hasta doce que eran nuestros compañeros de viage, fué escrupuloso y detenido. Notamos que todos los géneros de adeudo se pagaban al peso, lo mismo las telas, que los quesos, que los barriles de vino, y que otras varias frioleras que nuestros conviajantes llevaban. Tres eran los dependientes; el uno registraba, el otro pesaba, y el otro anotaba: item mas *una hermana aduanera*, que todo lo husmeaba, que en todo ciscoleaba, que en todas las operaciones intervenia, y que se mostraba mas escrupulosa y mas intolerante que todos juntos. En Francia, Bélgica y Holanda habíamos visto á las mugeres desempeñar oficios

varoniles en los comercios, en los cafés, en los templos, en los museos, en las bibliotecas y universidades, pero en las aduanas ni las habíamos visto, ni nos lo habíamos nunca imaginado. Pedimos aclaraciones sobre el empleado-hembra á dos de nuestros compañeros y ambos nos contestaron en alemán: nos convencimos de que en aquella jornada ni nos entendían ni entendíamos, y no volvimos á hacer mas preguntas.

Al cabo de media hora larga proseguimos nuestro viage y á eso de las diez y media llegamos á CLEVES, ciudad de 8,000 habitantes y capital del antiguo ducado de este nombre, en el centro de una floresta, que dicen ser el *sacrum nemus* de Tácito.

Apuro 2.º Allí tuvimos que tomar nuevos billetes, lo cual nos hicieron entender por señas. Dirigímonos al despacho, porque allí se dirigian los demas. Un empleado debió preguntarnos para dónde queríamos los billetes, pues habiendo contestado



yo por conjetura, «para *Dusseldorf*,» se puso á estenderlos, y los pasó á mi mano, pronunciando algunas palabras entre las que percibí «*thalers* y *good-groschen*:» esto y el señalarme á las monedas me dió á entender que aquellas palabras marcaban el precio de cada billete. Pero ni yo llevaba moneda del país, ni sabia entonces lo que valía un *thaler* ni un *good-groschen* ó *silbergros*, ni menos los *thalers* ni *silber-gros* que por cada billete me habia pedido. Saqué, pues, unos cuantos *florines* de Holanda y púselos sobre el mostrador, para que él los redujera á moneda del país, y cobrara de allí su importe á buena conciencia.—Señor, me decia Tirabeque, vd. parece tonto; ¿no vé vd. que si mucho dinero dá mucho tomará el administrador éste? No, sino que serán bobos los señores alemanes. » Pero aun me fueron devueltos un *Frederik* y algunos *bons-gros*.

En *Cleves* se hizo el primer cambio de carriage. Hasta allí habiamos ido todos en una misma diligencia: de allí partieron tres coches á un tiempo: el uno tiró sobre la izquierda; los otros dos marcharon de frente, y el nuestro se dirigió por la derecha: era una berlina de cinco asientos, abierta por delante; entraba un aire frio que nos helaba: me quejé de ello á los tres nuevos compañeros que llevábamos, me contestaron no sé qué en alemán, y con esto y con la oscuridad de la noche, y con el nortecillo fresco que entraba, y con el humo de sus tres pipas, y con no saber si íbamos perdidos ó acertados, y con preguntar si íbamos bien para *Dusseldorf*, y con no comprender lo que nos respondian, la marcha ¡voto á mi padre San Francisco! era divertida y amena á no poder mas.

Apuro 3.º El tercer apuro de aquella noche toledana fué en SANTEM, que dicen ser la *Sancta-Troya* ó *Secunda-Troya* de Tácito, ó sea la *Colonia Trajana*, signo verdadero de haber habitado aquellas tierras en otros tiempo los romanos. ¡Ojalá las hubieran habitado todavia! A lo menos hubiera podido entenderme con ellos mejor que con los alemanes. Allí nos volvimos á apear, y despues de habernos hecho tomar el fresco en la calle por espacio de un cuarto de hora, mientras ellos hacian sus cam-

bios de carruages, vimos partir dos de estos. A nosotros nadie nos decia una palabra. «Conductor, ¿cuál es nuestro coche?» Nada. El silencio y el misterio era su contestacion.

Por fin se presentó otro coche: nos intimaron por señas que subiéramos á él: subieron antes otros dos. Yo al tiempo de hacerlo, entregué al conductor mi paraguas, un cestito en que llevaba dos mapas, algunos libros para mi entretenimiento en cuanto fuera de dia, y algunas otras baratijas que al viajero conviene llevar á la mano. Luego que me acomodé, reclamé al conductor las prendas que acababa de entregarle; no sé qué me contestó; lo que sé es que las prendas no volvieron á parecer.

Cum repeto noctem quã tot mihi cara reliqui.....

Apuros 4.º y 5.º Rompió á andar el coche. El conductor sabría donde nos llevaba, que nosotros nó. Otros dos relevos nocturnos nos quedaban todavía, ó lo que es lo mismo, otros dos apuros, uno en *Eschemberg*, y otro en *Urdingen*. En ambos pueblos se repitió el cambio misterioso de carruages. El frio era intenso: nadie nos entendia; á nadie entendíamos; nadie nos hacia caso; Tirabeque rabiaba con desesperacion: yo me reia desesperadamente; él se daba á los diablos; yo repartía los «porvidas» entre Belcebú y mi padre San Francisco; y nuestro solo y único consuelo era cuando yo le decia al conductor: «*Monsieur le conducteur, á Dusseldorf,*» y él me respondia: «*Oui, Monsieur, DUSSELDORF.*» Unicas palabras francesas que sabía, pero al fin las suficientes para tranquilizarnos de que nos llevaba á *Dusseldorf*, y no á los infiernos.

Los carruages los veíamos cambiar, pero jamás vimos trasladar los equipages: preguntábamos por ellos, pero era escusado, ó no nos respondian, ó era igual que nos respondieran ó no; de consiguiente los contábamos ya con los difuntos. Por fin de fiesta antojósele á Tirabeque ponerse malo: acometiéronle fuertes dolores de vientre, que sufrió (porque no tenia otro remedio) hasta el pueblo en que se hizo el último relevo nocturno. Allí

entramos en la casa administracion, pedimos á una muger una taza de café ó té: no sé lo que la muger respondió, porque no la entendí; lo que entendimos fué la seña del conductor intimándonos volver á subir al carruage. Este fué el sexto apuro.

Si alguno cree que el viajar por países estraños es todo placer, y todo tortas y pan pintado, acuérdesese de la noche del tránsito de Fr. Gerundio y Tirabeque desde Holanda á Alemania, y diga con Pelegrin: «¡Oh vosotros, todos los que no sabeis lo que es andar por los caminos, atended á estos apuros, y contemplad si es todo diversion y gloria!»

Al fin quiso Dios que viniera el dia, que ya llegábamos á sospechar si las noches toledanas serian cortas con respecto á las noches prusianas; salió el sol; y poco faltó para que en nuestra alegria le adoráramos como divinidad *more gentílico*. Hallámonos á la orilla izquierda del Rhin; pasamos el rio por un puente de barcas, y llegamos á las nueve de la mañana á la casa de postas de *Dusseldorf*. Tirabeque se sintió algo aliviado: yo creo que su dolor de vientre era una coragina. Nuestro equipage fué el primero que se bajó del coche: cómo le habian trasladado tantas veces de uno á otro carruage sin verlo, es cosa que no he podido apear hasta ahora.



DUSSELDORF.

SU CATEGORÍA.

No habia yo creido que DUSSELDORF tuviera el rango y la importancia que tiene entre las ciudades prusianas. Pero ella es la capital del gran ducado de *Berg*: y aunque no lo es de la provincia de *Cleves-Berg* á que pertenece, es cabeza de regencia y de círculo, y comprende en su jurisdiccion veinte y cinco ciudades, nueve villas y 4,450 lugares ó aldeas, divididas en doce círculos.

Porque es de saber que los estados prusianos (PREUSSISCHEN STAATEN) están divididos en diez provincias, veinte y siete regencias y 337 círculos. Y no es extraño que la regencia de *Dusseldorf* abarque veinte y cinco ciudades y solo nueve villas, porque en el reino de Prusia, al revés que en todos los demás sucede, son menos las villas que las ciudades, como que tiene nada menos que 1,021 ciudades y solamente 292 villas. Asi es que la mayor parte de los prusianos viven en ciudades populosas.

Si importante es DUSSELDORF por su rango y categoría, no lo es menos por su industria y su comercio. Ella es una de las diez y ocho plazas mercantiles que se cuentan como principales en Prusia: ella es el depósito general de las mercancías de Holanda, Alemania y Suiza; y favorecida por su posicion á la márgen derecha del Rhin, su puerto está constantemente cuajado de vapores y de buques mercantes. Ella es el centro indus

trial de las celebradas manufacturas de hierro del pais de Berg, de los abundantes tegidos de hilo, lana y algodón de la provincia de Cleves-Berg, y solo en la regencia de DUSSELDORF han llegado á contarse 5,504 telares de seda.

Considerada con relacion á su belleza, *Berlin, Postdam y Dusseldorf* son las tres ciudades de Prusia que se citan como las mas hermosas de aquellos estados. Asi debe ser en efecto, porque solo sus cuarenta y cuatro calles anchas y tiradas á cordel y sus nueve paseos públicos, bastan para contarla entre las poblaciones mas bonitas de Europa.

LA FONDA Y EL MERCADO.

De la casa de postas nos trasladamos á la fonda ú hotel *de las Tres Coronas Imperiales* en la plaza del *Mercado*. Púsose Tirabeque á mirar el magnífico rótulo que en el gran tablon de sobre la puerta habia, y se encontró que decia lo siguiente:



GASTHOF zu den**DREI REICHSKRONEN.**

bei C. Beckinge in DUSSELDORF.

«¡Ay, mi amo, mi amo! exclamó: poco entendía yo ya el latín de los Países-Bajos, pero lléveme el diablo si del latín de Prusia entiendo una sola jota.—Eso no está en latín, simple, sino en alemán; ¿no ves que estamos en Alemania?—¿Cómo en Alemania, señor? ¿pues no estamos en Prusia? ¿en qué quedamos? Unas veces dice vd. que estamos en Prusia, otras que en Alemania: he mirado los dos mapi-mundis que traíamos antes de perderse, y en uno he visto á *Dusildor* en Alemania, y el otro me pone al mismo *Dusildor* en Prusia: ¿se puede saber de cierto en que tierra se encuentra un hombre?—En Prusia y en Alemania á un tiempo, Pelegrin, y ambos mapas tienen razon, porque la Alemania es hoy una parte del reino de Prusia, y estas provincias del Bajo-Rhin, que se nombran Prusia Rhenana, están en la Alemania.—Acabáramos de entendernos, señor: crea vd. que me tenia á mí medio loco esa ortografía.—Geografía dirás, hombre, que no ortografía.»

Entramos en el hotel: un apuesto *garzon* salió á recibirnos, y nos preguntó no se qué en alemán: díjele que no entendíamos el alemán, y nos habló en inglés; le dije que tampoco éramos ingleses, y entonces llamó á otro compañero que poseía el francés, y con él nos entendimos, y con él subimos á la habitacion que se sirvió destinarnos. Subió tambien al momento el patron á preguntarnos si queríamos almorzar, si queríamos lavarnos y afeitarnos, si queríamos fuego ó queríamos dormir.—Todo lo quiero, si señor, respondió Tirabeque, porque todo me hace falta, pero principalmente almorzar y dormir, que en esta Prusia hace un hambre y un sueño que no se aguanta.»

Oida esta respuesta, un sirviente pasó á preparar el almuer-

zo, otro se quedó á hacer las camas, y otro se ocupó de poner lumbre en la estufa, que eran nuestras tres primeras necesidades. En las fondas de Alemania hay tantas estufas como habitaciones; pero de tal modo dispuestas que todas tienen comunicacion con los pasillos, y desde fuera, sin necesidad de entrar ni incomodar al huésped, las encienden y atizan.

Nos calentamos, almorzamos y dormimos hasta la hora de comer. Luego que nos levantamos, Tirabeque se asomó á la ventana, y llamándome presuroso: señor, señor, me dijo lleno de alegría, venga vd. acá, verá vd. un mercado como los de España.—Eso es, le dije, que estabas soñando con España, y aun no has despertado bien.—Señor, venga vd. y lo verá.»

Me asomé y era así en efecto. No he visto cosa mas parecida á los mercados españoles que el mercado de DUSSELDORF. Figurábase me estar viendo la plaza de una de nuestras ciudades de



Castilla en día de mercado. El mismo estilo, el mismo bullicio, casi los mismos trages: las mugeres del pueblo con sus pañue-

los de cuadros á la cabeza, sus mantones estampados de lana, y sus zagalejos y medias de lana tambien: las señoras con su vestido y su sombrero de media gala, seguidas de la correspondiente doméstica armada del infalible cesto de la compra: las fruteras y verduleras acurrucadas en el suelo al lado de su cesta de fruta ó de hortalizas: las aldeanas con un par de gallinas en la mano, y en fin aquel no sé qué, que marca el parecido de una á otra fisonomía, y que es difícil explicar en sus pormenores. Grandemente nos complacíamos Tirabeque y mi reverencia en haber hallado aquella similitud ó trasunto de las costumbres populares de nuestra patria, tanto, que apenas nos fijábamos en lo que en aquella plaza llamaría principalmente la atención de todo otro viagero, á saber, la estatua de bronce, de grandor natural, del elector Juan Guillermo, protector de las artes, y á quien la ciudad debe su esplendor. El héroe está á caballo, armado de coraza, y con el baston de mando en la mano.

La campana del consuelo nos llama á la mesa. Bajamos al salon de comedor, que á beneficio de tres estufas tenia una temperatura deliciosa. El patron, ó dueño del hotel esperaba vestido de toda etiqueta, ni mas ni menos que pudiera ir á un besamanos en día de córte. Reunido el suficiente número para poder constituir mayoría, se declaró abierta la sesión manducatoria: el patron se sentó de cabecera de mesa, y el señor Presidente principiò el ejercicio de su cargo, que era el de hacer platos y trinchar. Cinco ó seis *garzones*, todos tan elegantemente vestidos, que considerados fuera de aquel servicio podrian pasar por muchachos de fina educacion (y en verdad que no habrá muchos jóvenes de carrera en España que como algunos de aquellos sirvientes posean tres ó cuatro idiomas), eran los que asistian á la mesa, dos de ellos hijos del patron, que allí no se desdeñan los *caballeros fondistas* de educar á sus hijos bajo este sistema, para que algun día colocados en la presidencia de la mesa, sepan dar decoro al establecimiento. Bajo este pié de elegancia están montadas las mesas de los hoteles alemanes.

No nos disgustó la comida; si bien allí no es tan abundante como en Francia y Bélgica, puesto que en Alemania hay ya la costumbre de cenar. Bebimos cerveza alemana y vino del Rhin: no puedo decir lo que cuesta una comida en DUSSELDORF, porque ni entendí nunca la nota, ni mis conocimientos numismáticos alcanzaban á poder reducir al justo importe de moneda española la algarabía de *thalers*, *frederiks*, *silvergros*, *dollars* y *pfenings*.

SAN FRANCISCO VOLANDO POR LOS AIRES.

Después de comer, salimos á ver la galeria de pinturas. El guia que nos regalaron era un viejo como de unos 65; á los primeros pasos se paró y se puso á mirar de hito en hito á Tirabeque, y balbuciendo en mal francés le manifestó sus sospechas y aun su resentimiento de que le hiciera burla: que si la naturaleza le habia dado un defecto, bastante desgraciado era él, sin que un extranjero viniera á abochornarle de una falta que no estaba en su mano evitar.—Oiga vd., señor mio, le contestó Tirabeque; vd. es el que se burla de mí, no yo de vd.»

Ibanse agriando las contestaciones, hasta que aclarándose su origen, resultó que el guia era cojo como Tirabeque, y como cada uno ignoraba la cojera del otro, cada cual creia que el otro se mofaba de él. Una vez convencidos los dos de su comun propiedad claudicatoria, convirtiöse el enojo en risa, y diéronse desde entonces el título de compañeros y amigos.

Junto á la escalera de la galeria hallamos un fraile en escultura en actitud de orar, y cerca de él un grupo de hombre y muger abrazándose desnudos: los rostros los tenian tiznados de carbon. Al verlo exclamó súbitamente Pelegrin:

Contemplad, almas piadosas,
 en la primera estacion
 dos abrazándose en cueros,
 y un fraile haciendo oracion.



S. Francisco volando por los aires.

«Rece, rece, hermano (añadió), que todo les ha de hacer falta á ese par de mancebos, y tengo para mí que aun no les ha de alcanzar, y que estos tiznones, que sin duda algun muchacho les ha hecho en la cara, no son mas que el anuncio de los tizonazos que les esperan en el infierno, y aun quiera Dios no alcancen tambien al director del museo que ha tenido la ocurrencia de poner aquí semejante retablo.»

Riendo del apóstrofe de Pelegrin subimos á la primera sala de la galería. «Esta *Asuncion* es de RUBENS,» le dije al *commissionaire* asi que ví el cuadro.—Pronto le habeis conocido—¡Oh! no se me despintan ya las obras del artista de mas fecundo pincel.—Es la sola de RUBENS, añadió el guia, que ha quedado en este museo: antiguamente habia muchas, pero han sido trasladadas á *Munich*.»

La galería no es abundante, pero entre sus bellos cuadros no puedo menos de hacer especial mencion de uno moderno que me llenó de admiracion y entusiasmo: es obra del año 39, y su autor *C. Shon*, hijo de la misma ciudad. Representa al *Tasso*



con su querida y su criada: el poeta está sentado con un libro en la mano y un lapicero, pero ni lee ni escribe; está pensativo y cabiloso: ¿le inspira su amada Leonor, ó le estorba acaso? ¿ó es la criada la que le estorba allí? ¿en qué piensa el poeta sorrentino? ¿piensa en su *Aminta*, en su *Jerusalen*, en las gracias de su *Leonor*, ó en el destierro y las persecuciones que sus amores con ella le han de acarrear? Yo no sé cuál de estos pensamientos entraría en el del artista: cualquiera que fuese, el pintor de DUSSELDORF es digno del poeta de Sorrento.

Despues de aquella sala fuimos conducidos á otra, donde se ofreció á nuestros ojos lo mas singular y mas raro que en su género se puede ver ni aun imaginar. Dejo á un lado la coleccion de 23,443 estampas de antiguedades romanas, que suministran un estudio arqueológico interminable. Párome solamente en los 44,241 dibujos, que son 44,241 caprichos y estravagancias que solo ha podido inventar la imaginacion febril de un artista diabólico: ¿quién es capaz de acordarse de lo que representan mas de catorce mil diabluras dibujadas? El cuadro de las *tentaciones de San Antonio* que los pintores parece haber escogido para desplegar todo el desórden de que su imaginacion puede ser capaz en los momentos de un risueño delirio artístico, no es mas que una unidad de las catorce mil de aquella coleccion. Yo solo recuerdo el *Juicio final*, la *Pesca de las almas*, muchos pasages de la *vida de Jesucristo*, y muchos tambien de la *vida de San Francisco*, en que se vé á nuestro Seráfico Padre unas veces marchando en una magnífica carroza, otras galopando en un brioso caballo, seguido de una comunidad tambien al galope; otras volando por los aires, sirviéndole de alas las anchas mangas, etc. etc.

Era de oír á Tirabeque reír á carcajada segun que iba recorriendo los cuadros de una vida de Nuestro Padre tan nueva y tan desconocida para nosotros.—«Señor, me decia despues, bueno es viajar para conocer los hombres y los santos: ¿qué quiere vd. apostar á que Nuestro Padre se hizo el pobrecito en España, y luego á semejanza de los ministros se vino á Alemania á gas-

tar alegremente los ahorros, y aquí se echó coches y carretela y buenos caballos, y pasó una vida como un príncipe dejándonos allá las penitencias y los ayunos, y mandándonos que ni siquiera gastáramos camisa?—No creas tal, Pelegrin; ¿no ves que son cuadros de puro capricho y extravagancia como todos los de la colección? Lo que estraño es que á los formales alemanes les haya dado por esponer al público tan estrambótica galería.»

Subimos en seguida á la Biblioteca, que tiene treinta mil volúmenes, y está abierta todos los días, cual compete á un pueblo que aunque mercantil pertenece á un reino de tan reconocida fama por sus adelantos en las ciencias, y por el sólido y profundo saber de sus hombres de letras.

Mientras se hacia noche nos dimos á visitar algunos templos, entre ellos el del Colegio de Jesuitas, el de los Caballeros de la Cruz, la Colegiata, donde está la tumba de la inocente y desafortunada Jaquelina de Bade, y alguna otra iglesia protestante. Sigue en Prusia la libertad de cultos, pero aunque la religion del estado es el protestantismo, acaso mas de la tercera parte de la poblacion es católica.

EL JARDIN DE LA CORTE.

Uno de los mas bellos paseos de DUSSELDORF es el *Jardin de la corte*, llamado allí *jardin inglés*, hecho por Napoleon. Allí fui con mis dos cojos. Espacioso y vasto es el parque: adórnale frondosas alamedas, risueños prados artificiales, estanques anchurosos y palacios magníficos. «Compañero ¿qué palacio es aquel? le preguntaba Tirabeque al guía.—¡Oh! es todo de una pieza, le respondió: el que la hizo estaba sentenciado á pena capital.....—¡Cómo! le interrumpí yo: ¿ese palacio es todo de una pieza?—Perdonad; creí que mi compañero me preguntaba por aquella estatua de bronce á caballo, que es toda de una

pieza: el artista que la fabricó estaba sentenciado á muerte, y esa obra le valió el indulto, pero no volvió á hacer otra igual.

«Eso está bien, y os agradezco la noticia, pero preguntaba Tirabeque de quien es ese palacio.—Ah! ese palacio es del príncipe Federico, hermano del rey: él es coronel de un regimiento de cazadores.—Compañero, ¿hay mucha tropa aquí en Prusia?—Si señor, dá en él dos bailes cada semana, los domingos y los jueves.—Compañero, ¿ó vd. se está burlando de nosotros, ó es vd. mas tonto de lo que yo habia creído. Le pregunto á vd. si hay mucha tropa en Prusia.—Perdonad, ya debereis haber advertido que soy un poco sordo. El ejército prusiano se compone de unos 120,000 hombres, pero en tiempo de guerra se pueden armar hasta 500,000. Habrá unos 20,000 de caballería: ¡oh! los caballos prusianos son muy ágiles y muy fuertes para la guerra.—No me han disgustado, respondió Tirabeque, los que he visto por ahí, pero no se los cambiamos á vds. por los de España.»

Una decente lluvia vino á interrumpir nuestro paseo y nuestro diálogo por el parque inglés, y nos hizo retirar á casa apresuradamente. En el camino hallamos un lucido escuadron de cazadores, que por el mismo motivo se retiraba de hacer sus maniobras en un campo inmediato. Supusimos que serian del regimiento del príncipe Federico.

EL RHIN (1).



Nos hallamos á la orilla del caudaloso RIN, de ese hijo orgulloso de las altas montañas del país de los Grisones, que despues de pasear sus poderosas é impetuosas ondas por una carrera de mas *de trescientas leguas* viene como todos los rios á hallar su tumba en el Occéano; de ese famoso rio de Alemania, de quien dijo *Despréaux*:

*An pied du mont' Adule entre mille roseaux ,
le RHIN, tranquille et fier du progrès de ses eaux ,
appuyé d' une main sur son urne penchante ,
dormait au bruit flatteur de son onde naissante.....*

Epist. 4.^a

Al pie del monte Adula ,
entre cesped y cañas ,
tranquilo y orgulloso
con sus ondas de plata ,
el *Rin* duerme apoyado
sobre su urna inclinada
al ruido lisongero
de sus nacientes aguas.

Sigamos el curso de este poderoso gigante desde su cuna.

En una de las comarcas salvages y agrestes del pais de los Grisones, á la falda del monte Adula, se ve brotar de los grandes depósitos de la naturaleza, tres abundantes y cristalinos arroyos, cuya reunion forma el que los alemanes llaman *Vorder-Rhein* ó *Rin anterior*. Desde otro punto de aquella montaña im-

(1) O digámosle *Rin* sin *h* en español.

ponente se desgaja el *Rin del medio* (*Mittel-Rhein* que ellos dicen). Pobre arroyuelo en su principio, bien pronto se robustece con la reunion de muchos otros, precipitándose de la altu-



ra de una roca al valle de Meddels; y á las ocho leguas del lago de Toma se incorpora con el *Rin anterior*, tomando el nombre de este y perdiendo el que antes llevaba. Este doble rio arrastra desde entonces sus impetuosas olas cubiertas de espuma bajo multitud de copudos álamos, y se precipita soberbio sobre mil y mil rocas. Forma despues una isla cubierta de árboles magníficos. Las montañas son gigantescas, pero de un aspecto agradable. Do quiera que se dirija la vista, se encuentra con las verdes praderas de los Alpes, plagadas de rebaños de carneros y piaras de ganado vacuno. Todo respira tranquilidad, todo indi-

ca fertilidad. Por esta pacífica comarca lleva el *doble-Rin* sus aguas á unir las con el *Rin posterior* (*Hinder-Rhein*).

Nace el *Rin posterior* de la parte mas elevada de la floresta desierta llamada *Rhin-wald* (floresta del RIN). El manantial sale del centro de una enorme montaña de hielo, en cuya cima se vé un monstruoso banco de granito. La comarca regada por estas aguas es una de las mas notables de la Suiza. Por una estension de ocho leguas no se vé mas que montes y mares de hielo. El invierno allí es larguísimo. Sin embargo vive en aquel helado pais desde el siglo XII una colonia de suabos, fuertes, robustos, vigorosos y opulentos. Es el camino que en los meses de verano llevan los caballos de carga de Italia, pasando por el Splügen y el gran monte de San Bernardo, cuyo tránsito es de una inmensa utilidad para los habitantes de aquel valle que arriendan sus sustanciosos pastos á los ganaderos italianos de Bérghamo.

Recoge en la rapidez de su curso otros diez y seis grandes torrentes, y penetrando al través de espantosos abismos, forma lo que se llama *Via mala*, una de las maravillas de Suiza. La *Via mala* es una monstruosa garganta de rocas, en la cual llevan las aguas del *Rin* 600 pies de profundidad. Pasa luego á un delicioso y soberbio valle, donde la calma y la belleza reaparecen, donde todo es vida, todo fertilidad, todo hermosura. Allí se unen sus sombrías aguas con las cristalinas del *Rin anterior*.

Desde este punto el rio, uno y trino, serpea con magestad á través del soberbio valle de *Rheinthal*, recibe aguas impetuosas del *Plessur*, en seguida las de otros treinta gruesos arroyos, se arroja en el lago de *Constanza*, le atraviesa en toda su longitud, deslizanse sus flotas apacibles y tranquilas hasta *Schaffhouse*, y cerca de esta ciudad, sobre cuatro hileras de peñascos, forma la catarata mas bella y magestuosa de toda Europa. Durante esta carrera reasume todas las aguas de la cadena de los Alpes septentrionales, recibe las del monte Jura, entra en Alemania con una rapidez asombrosa, y acreciendo su raudal con los de mil otros rios, apareciendo y desapareciendo mon-

tañas, regando unas veces frondosos valles, otras veces encantadoras planicies; pasa por *Basilea*, *Strasburgo*, *Manheim* y *Mayenza*; fertiliza el *Paraiso de Alemania*: continúa creciendo en su marcha, pasa por entre dos cadenas de altas montañas, y llega á *Coblenza*. Crece de nuevo con el Mosela, vuelve á salvar altas montañas, pasa por *Bonn*, y baña los muros de *Colonia* y *DUSSELDORF*.

Yo veo aqui al gigante en toda su robustez (porque luego que entra ya en los Países-Bajos se divide en dos ramales, que son los que hemos visto en Nimega, Leida y Dordrecht, de cuyos últimos puntos sale para morir tranquilamente en el Occéano). Aqui veo flotar por sus aguas embarcaciones de ocho y nueve mil quintales. Presentemos una breve tabla del acrecimiento gradual de este soberbio hijo de las montañas.

De las 303 $\frac{1}{2}$ leguas alemanas (436 españolas le dan algunos autores) que corre el *Rhin*, son:

1.º no navegables.	20 leguas.
2.º navegables para pequeños buques.	24
3.º para grandes buques.	48
4.º de navegacion interrumpida, peligrosa ó difícil.	65
5.º segunda parte de gran navegacion.	476 $\frac{1}{2}$
Total.	<u>303 $\frac{1}{2}$</u>

El total de leguas navegables, contando las quince de navegacion interrumpida á trechos, es de 280.

POESÍA DEL RHIN.

Generalmente los rios son el alimento de las imaginaciones poéticas: apenas habrá riachuelo tan desgraciado, ni arroyó de tan desdichada suerte, que no haya sido, sino divinizado,

por lo menos humanizado siquiera por la pluma de algun enamorado vate que ha ido á llorar cantando á sus orillas los desdenes de su dama, ó á confiar á sus aguas, como amigas que sabe no han de revelar el secreto, las cuitas ó las satisfacciones, los proyectos frustrados ó los triunfos conseguidos en sus amorosas conquistas. Que el rio sea claro ó turbio, que arrastre arenas de oro, ó que no recoja sino las sustancias que le regale plebeya lavandera, para el poeta siempre serán cristalinas linfas, plateadas olas, y argentadas perlas. Testigo el que con título de Manzanares hace una especie de curso académico por las afueras de Madrid, cursando como los estudiantes desde octubre hasta San Juan, y tomándose en seguida su correspondiente temporada de vacaciones.

Ello es que no se da rio sin coplas; y aun cuando el poeta tenga al lado del tintero una botella de champagne ó una trinidad de copas de Jerez para humedecer el paladar al compás que moja la pluma, eso no quita para que sobre el papel una bella Amarilis

orillas del Manzanares
vista armiños por trofeos,
pise espumas por ultrage.....
nectar beba numeroso
entre perlas y corales.

GONG:

O para que

Serpée entre la yerba el arroyuelo,
en cuya linfa pura
mezclado resplandezca el claro cielo
con la grata verdura.

MELEND.

Riachuelo hay á quien los cantos de los poetas han dado tanta fama, que el que no le ha visto se le representa lo menos como un brazo de mar. Cuando yo Fr. Gerundio, ocho ó nueve meses antes de hallarme á las orillas del *Rhin*, visité la poética Granada y me enseñaron por primera vez el Darro y el Genil

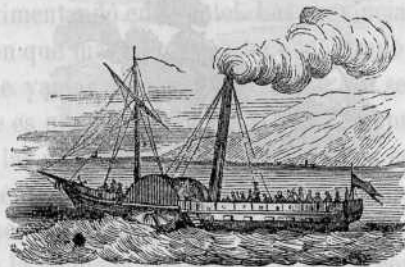
tan celebrados de los vates granadinos, quedéme estupefacto de encontrar dos arroyuelos en los que yo me había figurado un Danubio y un Misisipi.

Discurra, pues, el hermano lector, si siendo el *Rhin* tan caudaloso y tan variado en su larga carrera, y siendo las provincias Rhenanas la Andalucía de los alemanes, habrá sido y será el *Rhin* manantial inagotable de poesía para las imaginaciones poéticas de aquellos habitantes. El *Rhin* es todo para los alemanes, como el Nilo era todo para los egipcios. Es un emblema universal: el *Rhin* es el símbolo de la fuerza: el *Rhin* es el gorgolífico de la independencia: el *Rhin* es el lema de la libertad: el *Rhin* es el signo de la fecundidad y de la riqueza. El *Rhin* es un anciano, es el viejo padre de los rios, que descansa sobre un lecho de flores, coronado de rosas, teniendo por cabecera la urna consabida de donde se derraman las perlas y la plata á borbotones. El *Rhin* es un gigante que defiende el pais contra ambiciosos y malandrines conquistadores, y que sin duda dormia como un cachorro cuando las águilas de Napoleon echaron la garra al gigante, y le sujetaron como á un muchacho. El *Rhin* es un genio superior, á quien hacen la córte otros genios subalternos buenos y malos, y en cuyo seno se abrigan tropas de ninfas y de náyades que de día se ocultan entre los pliegues de sus olas y de noche vagan errantes por sus orillas.

El *Rhin* es finalmente para los alemanes una divinidad, es un Dios; pero un Dios que tiene de todo. Un Dios que acaricia y protege, pero que tambien bufa y rechaza cuando está de mal talante. Así unos ven en el *Rhin* un númen protector, un principio de amor y de vida: otros le miran como un abismo poblado de horribles mónstruos, como un principio de ódio y de muerte. El habitante de las comarcas por donde corre magestuoso como un monarca, silencioso como un cartujo, y lento y perezoso como un aleman, fertilizando sus campiñas, ve en el *Rhin* un Dios bueno, protector, eXcelente con X mayúscula. Pero el pobre pescador que se arroja con su barquilla á pescar salmones en una de sus gargantas, y que se vé estrellado contra una

roca á impulsos de una tarascada de su fuerte genio en dias de mal humor, este mira al *Rhin* como un dragon infernal, enemigo implacable de su bienestar y de sus intereses, y dá al diablo las risueñas imágenes y la florida nomenclatura con que se le pintan y nombran los señores poetas de la Germania; que no hay poesía que consuele al pobre que vá con ánimo de pescar prosáicamente unas carpas ó unos salmonecillos, y se vé de un azotazo del señor Padre de las Náyades, estrellado contra un peñasco y hecha pedazos su barquilla.

La poesía del *Rhin* ha aumentado por una parte y disminuido por otra desde el establecimiento de los vapores. Los poetas ven en ellos un nuevo ejército de mónstruos anfibios, de dragones que van azotando las aguas con sus aletas de hierro y vomitando humo por la boca; pero los prosistas vemos tan solamente un nuevo medio de hacer nuestros viages con mas comodidad y prontitud que en los buques de vela. Y á fé que no he visto servicio mas regularizado que el de los vapores del *Rhin*:



sobre haberlos en abundancia, con buenas cámaras, buenas fondas, comidas de diferentes precios fijos, horas de salida marcadas y seguras, y buen órden en las jornadas, hay la ventaja de que con un solo billete pagado de una vez se puede recorrer todo el *alto y bajo Rhin*, deteniéndose lo que á cada viagero acomode ó convenga en cada pueblo, volviendo á presentarle en cualquier otro vapor en que quiera continuar su

navegacion, en el cual le admiten á la presentacion del billete sin que por él tenga que pagar nada de nuevo; pues siendo los vapores de una misma empresa, han querido dejar toda esta libertad al viajero, que de ello se dá por muy contento porque se ahorra una porcion de incomodidades.

Insensiblemente he ido pasando de la poesia del *Rhin* á su parte prosáica. Y ya que á este punto he llegado, añadiré que Tirabeque y yo nos embarcamos muy prosáicamente en el vapor *Elberfeld*, y en él nos trasladamos en pocas horas y con la comodidad de dos patriarcas desde *Dusseldorf* á *Colonia*, donde llegamos á las nueve de la noche.



sobre haberlos en abundancia, con buenas cámaras, buenas
 lomas, comidas de diferentes precios fijos, horas de salida
 marcadas y seguras, y buen orden en las jornadas, hay la ven-
 taja de que con un solo billete pagado de una vez se puede
 recorrer todo el alto y bajo Rin, deteniéndose lo que á cada
 viajero acomode ó convenga en cada pueblo, volviendo á pre-
 sentarse en cualquier otro vapor en que quiera continuar su

COLONIA.

TRATO EN EL HOTEL.

Alojámonos en el hotel de *Mayence*, cerca de la direccion general de mensagerías, á cuyo patron íbamos recomendados por el de *Dusseldorf*. No bien se habia acomodado nuestro equipage cuando subió uno de aquellos elegantes, finisimos y agasajadores sirvientes que se encuentran en las fondas de Alemania á decirnos que bajáramos á cenar si gustáramos. «¡Santa palabra! exclamó Tirabeque; ¡y bendita sea la tierra donde llaman á cenar así que uno se apea!»

Pero esto no fué mas que el prelude del trato que despues fuimos experimentando en el hotel. Las provincias del Bajo Rhin son el pais en que mas á gusto se ha encontrado Tirabeque por el sistema de yantar que en ellas rige. Allí se menudean las comidas que es una gloria. Por la mañana temprano, apenas se han abierto las pestañas, se sirve el café, por supuesto con sus correspondientes tostadas de manteca: á media mañana se toman las once, ó sea *la ley* que dicen en nuestra Navarra: á la una se hace la pequeña comida: á las tres la comida formal, y entre nueve y diez de la noche, despues de venir del teatro, se cena; sin perjuicio de tomar el que guste entre dos luces el té ó algun otro pistillo, para no desfallecer de necesidad. La baja Alemania es la Navarra de la Europa central en punto á la bucólica. Cuando en este último verano hemos recorrido Tirabeque y yo la Navarra, y hallamos dividido el dia en cinco periodos, á saber, el chocolate, *la ley*, la comida, el refresco y la cena, amen de algun bizcocho y alguna copita en los lucidos inter-

valos, recordábamos á todas horas la Prusia Rhenana, y esclamaba Pelegrin: «juro por mi ánima, mi amo Fr. Gerundio, que los alemanes y los navarros son los hombres mas completos de la tierra y con quienes yo congenio mejor.»

Y no son caras por cierto las comidas en COLONIA. Pero lo célebre y lo chistoso fué cuando Tirabeque echó de menos el pan en la mesa, hallando en su lugar unos bollitos de huevo y manteca. «Señor, esto es muy bueno para postre; yo voy á pedir pan. *Garzon*, traígame vd. pan.—Que ¿no os gusta la *brioche*? Yo os traeré otra cosa que os agradará mas.»

Y trayendo un panecillo redondo, «tened (dijo): he aqui un buen *poumpernick*.—¡Y qué significa eso de *pampernil* ó *pan de pernil*?—¡Oh! el *poumpernick* es una cosa buena: él es un relleno de frutas secas; cascadle, y dentro de la corteza hallaréis una sabrosa masa de peras machacadas, higos, pasas de corinto, y otras esquisitas frutas.—Pues mire vd., hágame la gracia de llevarse el *purpundrin*, y traígame vd. pan, pan, ¿lo oye vd?—Bien, yo os traeré pan: ¿lo quereis moreno ó blanco?—¡*Garzon*! ¿que me quita vd. la vida hombre! Traígame vd por Dios pan blanco, lo mas blanco que vd. tenga, mas que cueste á onza de oro el panecillo; porque ha de saber vd. que yo soy español castellano viejo: entiende vd?—¡Oh! vos sois españoles; entonces yo os traeré pan blanco.» Y al fin nos trajo pan blanco, de que recibimos no poco consuelo.

«¿De qué vino gustais? ¿quereis vino blanco del Rhin? Os costará de dos á siete francos la botella: tenemos tambien buen champagne á cuatro francos; y hay otros vinos de varios precios hasta diez y siete y mas francos botella (es decir hasta mas de setenta reales de España).

Bebimos el celebrado vino del Rhin, que aunque no nos pareció malo, está lejos de corresponder, á lo menos para el paladar de un español, á la fama que tiene.

«¿Dyas, Pelegrin? Pelegrin, ¿duarame?—¿Qué'n llama?—
Nada, nada, prosigue en la sucha venturosa.»

—Y apagué la luz dicién... y los malos casos por
aprender las historias de los punitos, y tú... cuaculeselas vd. a
los legos que ellos se quedarán dormidat.

AGRIPINA.

«Señor, ¿hay algo que contar de este pueblo?—Eso me indica, Pelegrin, que ya estás descansando sobre la almohada.—Así es la verdad, mi amo: por mí ya puede vd. apagar la luz.—No, que voy á leer algo de la historia de COLONIA.—Señor, en ese caso haga vd. el favor de leer de modo que yo oiga, ó á lo menos de contarme la sustancia, que ya sabe vd. que me gustan las historias.—Bien, pero ha de ser con la condicion de no dormirte hasta que concluya.—¿Es larga?—Me reasumiré todo lo posible.—Pues diga vd., señor, que no me dormiré.

«Por lo que aqui veo, Pelegrin, el pueblo en que nos hallamos fué en su principio un campo romano fundado por Marco Agripa, en donde despues el emperador Claudio fundó una colonia que llamó *Colonia Agripina*, en honor de haber nacido en él su muger *Agripina*, y de esto le viene á la ciudad el nombre de *Colonia*.

—¿Y qué tal señora fué esa doña Gripina ó Crispina, mi amo? —¡Oh! la famosa Agripina, hermana de Calígula y madre de Neron! ¡Digna hermana de tal hermano, y digna madre de tal hijo! Ella envenenó á su esposo con un plato de setas con el fin de que su hijo subiese al trono, y despues el hijo asesinó á la madre.—Por mi ánima que fué una familia lucida la de la señora Gripina, mi amo. Y siga vd., que no lleva mal principio la historia.

En COLONIA fué proclamado emperador Vitelio. De COLONIA salió Trajano cuando fué llamado á Roma por el emperador Nerua para dividir con él el imperio; y desde entonces fué COLONIA la capital de la Gaula Rhenana inferior. Asi es que la ciudad está todavía llena de restos de antigüedades romanas. En el año de 508 fué proclamado Clovis rey de los francos en esta ciu-



dad: y Pepino antes de ser rey de los francos fué duque de COLONIA.....

¿Te has dormido, Pelegrin?—No señor. —Me parece que sí; ¿de quien estaba hablando?—Decia vd. que en esta ciudad habia buenos pepinos.—¡Badulaque que tú eres! Del rey Pepino hablaba, el hijo de Carlos Martél y hermano de Carlo-Magno, no que de pepinos: y Carlo-Magno tambien visitaba con frecuencia esta ciudad, que despues Othon el Grande reunió al Imperio Germánico, concediéndola grandes privilegios.

En la edad media era COLONIA el mas poderoso apoyo de las ciudades anseáticas. Entonces podia armar ella sola 30 mil guerreros: tenia 44 cabildos, 58 conventos, 49 parroquias, 49 capillas y 46 hospitales. En el siglo pasado hizo parte de la República francesa: en 1814 la ocuparon los rusos, y al año siguiente la cedieron á los prusianos, que desde entonces la conservan, siendo ahora capital de la provincia de Cleves-Berg, y estando poblada de unos 70 mil habitantes, que viven en 7,500 casas.

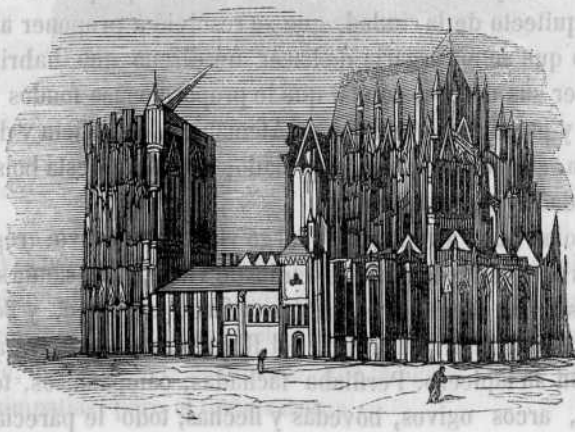
«¿Oyes, Pelegrin? Pelegrin, ¿duermes?—¿Quién llama?— Nada, nada, prosigue en tu sueño venturoso.»

Y apagué la luz diciendo: «viage vd. y dése malos ratos por aprender las historias de los pueblos; y luego cuénteselas vd. á los legos, que ellos se quedarán dormidos.»

LA OBRA DEL DIABLO.

Salimos al dia siguiente temprano á recorrer la ciudad, acompañados de nuestro correspondiente *domestique*, el cual llevaba su gran placa colgada de un ojal de la levita. En Alemania este servicio de *domestiques de place* ó *commissionaires*, guias ó *cicerones*, es un ramo regularizado. Ellos son nombrados por la ciudad, y se distinguen por una placa en que consta el número y cuartel respectivo de cada uno: ¡oh! Dios librará á quien no estubiese investido de un gran diploma de intrusarse á hacer oficios de *cicerone* con cualquier extranjero!

«¿Qué es lo que gustais ver antes? nos preguntó el nuestro.—Visitaremos(le respondí), si os parece, la catedral.—¡Oh! *Le dôme de Cologne!* Ciertamente es cosa que admiran todos los viajeros: está bien, yo os llevaré á la catedral.»



— Despues de revolver una porcion de calles, á la verdad no muy rectas ni limpias, oyendo continuamente los toques de trompetas que anuncian la incesante entrada y salida de diligencias y coches-correos, dimos vista á la famosa catedral de COLONIA, obra maestra de la arquitectura teutónica, ó por mejor decir, obra maestra del diablo, por mas que parezca impropcedente que el diablo se haya metido nunca á arquitecto de catedrales. He aqui el motivo de haber sido obra del diablo la catedral de COLONIA, segun lo refieren las leyendas y crónicas del país.

Habia ya concebido el arzobispo Engelberg, llamado el Santo, la idea de hacer una catedral en COLONIA; pero quien mas sériamente pensó en la ejecucion, fué su sucesor el arzobispo Conrado. Este se propuso levantar un templo-metrópoli, una basilica que escediese en grandeza, belleza y suntuosidad á todo lo que se conocía de mejor en materia de templos. Para ello puso á su disposicion y le abrió sus arcas el cabildo, uno de los mas ricos del mundo. Publicóse el programa, y empezaron á llover planes y diseños de catedrales enviados por todos los mejores arquitectos de Europa. Ninguno llenaba la santa ambicion del prelado: ninguno le satisfacía: todos los iba desaprobando.

Picó esto y mortificó de tal modo el amor propio de un jóven arquitecto de la ciudad, que se resolvió á proponer al arzobispo que se encargaría de hacer un diseño que habria de satisfacer sus deseos, con tal que le proporcionase fondos para visitar y estudiar los templos de Alemania, de Francia y de Inglaterra. «Concedido, dijo el prelado; aqui teneis esta bolsa de oro: andad, y volved presto.»

Hizo mi buen arquitecto su largo viage facultativo: regresó á COLONIA, y confiado en sus estudios de viage, y pensando siempre en su plan de catedral, salió una tarde al campo, y sentado sobre una piedra á la orilla del Rhin, comenzó á trazar líneas con su lapicero. Perfilaba fachadas, campanarios, torres góticas, arcos ogivos, bóvedas y flechas; todo le parecia in-

completo y mezquino: borraba, volvía á hacer líneas, rompía un papel, dibujaba en otro, y se quemaba y se consumía, porque nada salía á su gusto. Ya por fin á fuerza de tentativas logró hacer un diseño en que le pareció hallar grandeza y magestad; y cuando él comenzaba á felicitarle de su obra, oye detras de sí una voz cascajosa que acompañada de una risa sardónica le dice: «¡brabísimo, amigo! acabas de trazar la catedral de STRASBURGO.»



Vuelve súbitamente la cabeza, y vé un viejo, pequeño, feo, de ojos saltones y puntiaguda barba, vestido de un balandran negro, que casi apoyado sobre su espalda reía malignamente. «A fé, dijo para sí el arquitecto, que la figura no es para escitar simpatías; pero él tiene razon.»

Borra su catedral, empieza á delinear otra, y le vuelve á decir el viejo con la misma maligna sonrisa: «muy bien va eso, jóven, pero llevas traza de diseñar la catedral de REIMS.»

Reflexionó el arquitecto, y se convenció de que el anciano decia verdad. «Pues á otra cosa.» Y empezó otro dibujo.

«Jóven, le dijo el ente misterioso, tú no has viajado solo por Francia, sino que tambien has visitado la Inglaterra.—Cier- to, ¿pero de qué lo sabeis vos?—Lo infero, porque estás haciendo el plan de la catedral de CANTORBERY.»

Amostazado el jóven de la impertinente pero verdadera crítica del viejo, arroja desesperadamente el papey el lapiz, dando un gemido de sentimiento y de rabia.—A fé, le dijo el anciano, que te desesperas por bien poca cosa: nada mas fácil que la obra que estás encargado de hacer.—¿El plan de una catedral para COLONIA que sea mejor que todas las catedrales conocidas, es cosa fácil?—No puede serlo mas.—¿Os atreveriais vos á hacerle?—¿Y porqué no?—Pues bien, hacédle; monseñor Conrado escogerá despues entre el vuestro y el mio.—Acepto.»

Y sacando el viejo de debajo del balandran una varita, en un minuto trazó en la arena la flecha mas elegante y esbelta que se pudiera concebir.—¿Quién sois vos, exclamó el arquitecto, que tan fácilmente ejecutais lo que los hombres ni siquiera se atreverian á imaginar?—¿Yo? Nada mas que un pobre viejo que sabe lo que valen las bravatas de los jóvenes.—¿Y no podriais, buen viejo, confiarme el diseño de vuestra catedral? Vos me hariais feliz.—Firma en este pergamino, y te le daré.—¿Qué me pedis con esa firma?—Poca cosa; nada mas que tu alma.»

Lanza el pobre jóven lleno de pavura un «*Vade retro*,» y trata de huir diciendo: «este viejo es el mismo Satanás en persona.—Si, Satanás soy; pero vuelve, jóven incauto, vuelve; ven acá: ¿te parece cara una catedral que valdria bien las almas de todo el cabildo, y yo te la doy por la tuya sola? Mira el conjunto de toda la catedral y reflexiónalo bien.»

Y en el mismo instante traza Satanás en la arena un templo

mágico, lo mas perfecto y acabado que idearse pudiera. Pónese á meditar el arquitecto mas tranquilo, y determina jugar una treta al diablo. «Está bien, le dice; dadme vuestra catedral, se la llevaré al arzobispo, y si en virtud del diseño me encarga la obra, yo os ofrezco mi alma.—¡Pobre mozo! ¿piensas engañar al diablo? Firma, y te daré la catedral.—Eso no.—Pues la catedral antes de la firma tampoco. Piénsalo bien, consúltalo con la almohada, y hasta mañana á media noche en este mismo sitio.—Bien, hasta mañana á media noche.»

Despidiéronse así. El arquitecto corre presuroso á contar al arzobispo la aparicion diabólica; le entera del maravilloso plan de catedral que Satanás poseía; el arzobispo se sorprende; reune el cabildo, lo pone todo en su conocimiento, se discute entre todos el medio de arrancar la catedral de las garras del diablo, y se resuelve que acuda el arquitecto á la cita convenida armado



de un relicario de Santa Ursula, que presentará al espíritu maligno tan luego como haya logrado atraparle el ansiado diseño.

Acude el artista la siguiente noche á la hora y sitio señalados, confiado en la proteccion de su sagrado talisman. Esta vez no es un viejo estravagante el que se le aparece: es un ángel con alas de fuego bajo la figura de un jóven alto y robusto, de ancha frente y de mirar sombrío, que con el plano en una mano y el convenio en la otra le dice: «jóven artista, firma el pacto y toma la catedral.» El arquitecto tiembla; pero el relicario le infunde valor, y agarrando el papel de la catedral con una mano, y dando con la otra á Satanás con *Santa Ursula* en los hocicos, «retírate, espíritu de las tinieblas, le dice con hueca y esforzada voz.»

Satanás se queda inmóvil; y en seguida con rabioso acento le dice: «jóven, algun clérigo te ha aconsejado; esta es una treta eclesiástica: pues bien, me retiro, pero la catedral que me robas no se acabará nunca, y tu nombre quedará ignorado entre los hombres.»

Huyó Satanás envuelto en una negra nube de denso humo que le arrastró hácia el rio. El arquitecto corre desalentado á la capilla de Santa Ursula, donde le aguardaba el cabildo reunido: «Señores aquí está la catedral que acabo de arrancar de las uñas del demonio.—¡Gloria al arquitecto! exclamaron todos los canónigos á una voz.»

Pero, ¡cuál fué el general desconsuelo cuando al desarrollar el pergamino se encontraron con que el diablo se habia llevado entre las uñas un pedazo de catedral! Faltaba una torre. En vano el pobre artista consumió sus vigiliass en diseñar otra torre que estuviese en armonía con el cuerpo del edificio: gastó sus dias en hacer líneas y combinaciones, y viendo que le era imposible armonizar diseño alguno con la obra diabólica, murió de pesadumbre. Su nombre ha quedado ignorado, y la catedral por concluir, con arreglo á la profética amenaza del diablo que la dibujó.

Esta es la historia de la famosa catedral de COLONIA, tal po-

co mas ó menos como la cuentan las leyendas y tradiciones del país.

Sin embargo, cuando yo Fr. Gerundio la visité, se estaba continuando la obra con ánimo resuelto de concluirla y de dejar al diablo colgado de las agallas como se merece. ¿Lo conseguirán? El tiempo nos dirá quien tiene mas poder, si el diablo ó el cabildo de COLONIA. Entretanto se trabajaba con ahinco. El mismo rey de Prusia contribuye cada año con una cantidad considerable para la obra: el año pasado de 1841 habia dado 50 mil *thallars*. Y yo Fr. Gerundio tengo tambien el honor de haber contribuido con mi bolsillo á la obra de la catedral de COLONIA, pues á ello se destinan las propinas de los estrangeros que visitan el templo, cuyas visitas se han tasado en dos escudos de Prusia cada una, que hacen mas de ocho pesetas españolas.

LOS REYES MAGOS,

Y LAS ONCE MIL VIRGENES.

Con motivo de la obra estaba todo el cuerpo interior de la catedral obstruido con andamios, garruchas, caballetes y demas mueblage de la carpintería y albañilería. Celebraba el cabildo sus oficios en otra capilla inmediata, no en la capilla y altar mayor, que se hallaban cubiertos con un gran tablado; pero aun se veía la alta bóveda del coro que sube magestuosamente hácia el cielo, los grupos de esbeltas columnas que se lanzan atrevidamente á una altura prodigiosa, la famosa cristalería y otras bellezas artísticas que fuera prolijo enumerar.

«Venid, nos dijo el guía, á la capilla que está detrás del altar mayor, y vereis el sepulcro de *los tres reyes Magos*.—¡Cómo! ¡los tres reyes Magos están enterrados aquí!—¡Oh! si,

ciertamente; aqui reposan los huesos de los tres reyes que fueron á adorar al niño Dios.—¿Y cómo han venido á parar aquí los restos de sus magestades?—Os contaré su historia.

«Cuando Federico I de Hohenstaufen, conquistó y devastó á Milan, se apoderó de los huesos de los tres reyes Magos que descansaban allí, no sé con qué motivo, y los regaló al arzobispo de Colonia Reinaldo, el cual loco de contento con la posesion de tan preciosas reliquias, trató de levantar un templo digno de ellas. El plan fué trazado, se buscaron obreros y se puso mano á la obra. Los operarios salieron un poco mas haraganes de lo que el celo del arzobispo podia sufrir; y el prelado, que era un caballero antiguo, y habia manejado antes la lanza que el cayado, acordándose mas de lo que habia sido que de lo que era, tomó por costumbre imprimir la aficion al trabajo á los obreros á fuerza de bastonazos que diariamente les regalaba. Cansados estos de sufrir tan significativas insinuaciones, y apreciando en mas sus costillas que la vida de monseñor, tramaron una conspiracion y resolvieron deshacerse de él á toda costa. Un dia, pues, poco antes de la hora en que el celoso prelado acostumbraba á visitar los trabajos del templo, le esperaron escondidos tras de un andamio, teniendo delante un gran rimero de piedras.

«Llegó el arzobispo; y cuando le tuvieron á tiro, y cuando él miraba á todos lados buscando sus operarios, ¡ira de Dios! descarga sobre su apostólica humanidad una horrorosa lluvia de piedras, y acertándole una peladilla en el sitio destinado al solideo, dá con su Illma. en tierra. Avalanzase entonces á él el ejército coligado, y á martillazos ponen fin á sus dias.

«Pero tras del pecado les vino la pena. Orgullosos los obreros con su triunfo, salen como locos por la ciudad dando descompasadas voces, é incomodando al vecindario. Exaspéranse los habitantes con tan irregular comportamiento, reúnen, emprenden con la turba de obreros, y los cazan y asesinan como á bestias feroces.

«La vindicta pública quedó satisfecha, pero los tres reyes

quedaron tambien sin asilo. Trasladóseles despues á una iglesia provisional, donde se les construyó una magnífica caja guardada de planchas de oro é incrustada de piedras preciosas: sobre sus tres cabezas se pusieron tres coronas de oro, de peso de seis libras cada una, y adornadas de una porcion de diamantes y de perlas, debajo de las cuales se escribió con letras formadas de rubíes los nombres de GASPAR, MELCHOR Y BALTASAR.

«Tan pronto como la catedral estuvo habitable, fueron trasladados á ella los tres Reyes; y el elector Maximiliano Enrique de Baviera, les hizo construir un bello monumento, que es el que veis. Sus Magestades descansaron en paz hasta el año 1794, en que viendo la guerra que los franceses habian declarado á las testas coronadas, creyeron necesario emigrar, y se retiraron á Westphalia, huyendo del ejército francés, y acompañándolos el arzobispo, que no quiso apostatar del partido monárquico. En 1804 regresaron los Magos á Colonia, pero tan mal parados como habian quedado en aquella época la mayor parte de los reyes vivos. Habian perdido las coronas y casi todas las alhajas. El cabildo las ha hecho reemplazar posteriormente con coronas de perlas imitadas y de piedras falsas; pero Sus Magestades, que no deben entender gran cosa del ramo de bisuteria, parece que se hallan tan contentos como si conserváran las antiguas.»

La relacion del *cicerone* tenia á Tirabeque con la boca abierta, y á mí me convenció de la certeza de lo que ya habia leído, á saber, que por Alemania no se puede dar un paso sin encontrarse con una leyenda antigua. La Alemania es el pais de las leyendas.

«En esta misma capilla, añadió el guia, están depositadas las entrañas de la célebre *Maria de Médicis*: ved allí la caja que las encierra.

¿Quereis ver, prosiguió, las *once mil virgenes*?—¡Cómo es eso! exclamó Tirabeque: ¿tambien andan por aquí las once mil virgenes? ¿y dónde hay sitio para tantas hermanas? Si es cierto, veámoslas, que si están todas, aun será obra de largo rato el pasarlas revista.

« Oh, ellas están enterradas en la capilla de *Santa Ursula*, distante algun trecho de aqui: toda la iglesia está llena de los huesos de las santas doncellas. Pero en una capilla del coro de esta misma catedral vereis un gran cuadro que representa su arribo á *Colonia*. Porque habeis de saber que los habitantes de *COLONIA* tenemos el honor de que en nuestro territorio fueron martirizadas *SANTA URSULA* y sus *once mil jóvenes* compañeras. —¡Pues no está malo el honor por vida mia! repuso Tirabeque; el honor fuera si vds. les hubieran salvado las vidas; pero decir que es honor el haber dado martirio á once mil doncellas! —Perdon; quien las martirizó no fuimos nosotros, sino los godos que se apoderaron de la ciudad: los germanos la defendieron con todo el valor posible.»

Así hablando llegamos á la capilla; y cuando contemplába-



mos el grandioso cuadro, «¿y no podrá vd. decirme, Sr. comisionista (le preguntó Tirabeque), quiénes fueron y que hacian por aqui tantas muchachas juntas? Porque yo he oido mucho de

las once mil vírgenes, y nunca he podido saber qué cosa fueron las tales niñas.—Oh! las once mil vírgenes fueron once mil damas de honor, hijas de las familias mas nobles de la Gran Bretaña, escogidas por los reyes de aquella nacion para que acompañasen y sirviesen de cortejo á su hija la princesa Ursula, á quien un ángel habia comunicado de parte de Dios que aceptaría la mano del príncipe Coman, hijo del príncipe Germano Agripino, que la solicitaba por esposa. La jóven y hermosa princesa partió para Roma acompañada de sus once mil damas nobles con objeto de recibir un segundo bautismo del papa Ciriaco.

«Hecho esto, las once mil vírgenes se volvieron á embarcar en el Rhin; el papa Ciriaco con una gran parte del clero vino acompañándolas. Al llegar á Mayenza les salió al encuentro el príncipe Coman, pretendiente de Ursula, el cual encantado de su belleza dijo: «imposible es que el Dios á quien adora una criatura tan hermosa no sea el verdadero Dios:» y en el momento resolvió hacerse cristiano. Bautízale el papa incontinenti; prosigue la santa comitiva su navegacion hasta *Colonia*, con ánimo de celebrar aqui el matrimonio, y entran las *once mil vírgenes* en la ciudad. A este tiempo cae sobre *Colonia* un ejército de godos; los habitantes, mandados por Coman, hacen una vigorosa defensa, mientras las once mil vírgenes se ocupaban en rogar á Dios por la salvacion de la ciudad; pero el cielo habia decretado que los godos vencieran: entraron estos, pusieron á las once mil vírgenes en la alternativa, ó de casarse con once mil godos ó de sufrir el martirio. Las santas doncellas prefirieron este último extremo, y fueron todas degolladas en un dia.

«¡Bárbaros! exclamó Tirabeque dando un grito de indignacion: no creí yo que los tales godos eran tan feroces: ¡degollar once mil hermosas muchachas!!! ¡Pero cómo podrian reunirse tantas doncellas, mi amo?

—Autores hay, Pelegrin (le dije yo), que sostienen no haber sido *once mil*, sino *once* solamente; y que la equivocacion nace

de la circunstancia de llamarse una de ellas *Undecimillia*, cuyo nombre dió ocasion á que creyera el vulgo que eran *once mil*, ó sea en latin *undecim mille*.—¡Oh! perdon, repuso seria y agriamente el guia: es fuera de toda duda que eran *once mil*.—Once mil serian, mi amo, no lo dude vd., que así lo reza tambien el calendario de España; y aunque á primera vista parecen muchas, tengo para mí que en aquellos tiempos debian abundar mucho mas las vírgenes que ahora: que si ahora volvieran los bárbaros de los godos, pareceme que no habian de encontrar tanta cosecha de vírgenes en que cebarse.—Señores, (añadí yo Fr. Gerundio), la opinion que he manifestado no es la mia; he dicho que así lo sostienen graves autores: por lo demas no niego yo que fueran *once mil*.

EL PLEITO DEL ARZOBISPO.

Mil veces habia yo leído en los periódicos de España largos y frecuentes artículos relativos á las serias contestaciones que mediaban entre el papa, el rey de Prusia y el actual arzobispo de *Colonia*. Mas aunque por su lectura conocia que era una cuestion gravísima la que entre estos tres altos personajes se agitaba, la habia mirado siempre con aquel frio interés con que solemos mirar los españoles los negocios y diferencias que en países lejanos ocurren, y que en nada se rozan con los asuntos propios. Así, pues, no me habia yo curado de sondear el origen y esencia de la cuestion del *arzobispo de Colonia*, y quizá lo mismo que á mí, sucede á muchos de mis paisanos. Natural era que hallándome en *Colonia* procurára ponerme al corriente del origen y causas de tan importante debate. Así fué en efecto, y he aquí las noticias que adquirí.

Los colonienses son generalmente católicos, pero todos los estrangeros que allí residen son luteranos; y en el código que el rey de Prusia ha dado á las provincias del Rhin en reemplazo

del código de Napoleon que las rigió por espacio de veinte años, se dispone que los hijos de padre protestante sigan la religion de su padre. Contra este artículo es contra el que se pronunció con todas sus fuerzas CLEMENTE AUGUSTO, actual arzobispo de COLONIA, que ha querido hacerse mártir en una época en que parecia no estar en uso el martirio. Apoyado en el poder espiritual que habia recibido del papa, se declaró abiertamente en oposicion al poder temporal del rey, protestando que no autorizaría á sus sacerdotes á bendecir á ningun matrimonio misto sin que los padres, al revés de lo dispuesto en el ordenamiento real, se comprometiesen formalmente á educar sus hijos en la religion católica; que si para ellos el matrimonio no era mas que un contrato y no un sacramento divino, sacerdotes luteranos tenian que lo autorizáran, de ningun modo él ni su clero, á no ser con aquella condicion.

Hé aqui el origen de la famosa cuestion *sobre matrimonios mistos*; que ha valido al actual arzobispo de COLONIA persecuciones y arrestos en fortalezas militares, que ha producido envios de tropas, rechazamiento de estas por el pueblo, graves conmociones en el país, contestaciones serias, fuertes y pesadas entre el papa, el rey y el prelado, que ha podido ocasionar fatales escisiones, y que últimamente, para bien de la iglesia y del estado, parece tocar á un desenlace menos funesto de lo que se podia temer.

AGUA DE COLONIA.

«Señor, (me dijo Tirabeque apenas salimos de la catedral), diga vd. á este doméstico que nos lleve, antes que á otra parte alguna, á ver esa famosa *agua de Colonia* que tanto nombre tiene por el mundo; y ahora es la ocasion de llevarnos para España algunos cubetos de ella, que supongo no nos costará mas que la vasija y el porte.—Pues qué, ¿crees que el *agua de Co-*

lonia es acaso la que lleva el *Rhin*?—No señor, pero por fuerza habrá alguna fuente muy abundante, puesto que dá para surtir todas las perfumerías del mundo, y cada uno podrá llevar los cántaros que le acomode en tocándole su vez. En llegando á España, mi amo, hasta los hábitos voy á empapar en agua de Colonia, para que oliéndome desde media legua digan: «¡qué perfumado va Tirabeque! Bien se conoce que acaba de llegar de Alemania, y que ha traído agua de Colonia por mayor.»

Hícele presente á nuestro guía el deseo de Tirabeque. «Está bien, me respondió, ahora mismo os conduciré al almacén de *Juan Maria Farina*, sucesor de *Paolo Féminis* (inventor del famoso cosmético), que es el almacén mas surtido y acreditado de la ciudad.»

Nos condujo, pues, frente al mercado viejo (*Altenmarkt*).—«Entremos aqui, nos dijo.—Señor, me decia Pelegrin, yo hubiera querido cargar en la misma fuente, pero en fin, si es por tomar al mismo tiempo la vasija, no tengo inconveniente que llevemos de aqui algunas pipas ó barriles, aunque salgan un poco mas caros.—Estos señores, (dijo el *domestique* á una gruesa dama de mostrador) son estrangeros y quieren llevar á su país agua de Colonia.—Y bien ¿cuánta gustan llevar?—Señora, contestó Pelegrin, cuatro, seis, ó doce cubetos, que con tal que tengamos para una buena temporada, por barril mas ó menos no hemos de reparar.»

Figúrese el lector cuál se quedaria mi lego al ver que en lugar de cubas ó toneles nos presentaban unos pequeños frasquitos, muy historiados sí, pero de pocas onzas de agua.—Señora, le dijo, no ande vd. con miserias; nosotros la queremos por mayor, por mayor.—Y bien, ¿cuántos cientos queréis.—Eche vd. ochocientos mil.—¿A cómo es cada añagaza de estas?—A dos francos y medio cada uno.—Señora, ¿piensa vd. que aunque estrangero en el país soy de los que se maman el dedo? Un frasquito de estos cuesta en Madrid seis rs. ó sea franco y medio; conque es decir que aqui.....—Conque es decir, le respondió la hermana coloniense, que aquella no puede ser



verdadera Colonia.—¡Señora....!!! Vd. ataca el honor nacional español!—Lo que puedo decir á vds. es que son precios fijos.»

No hubo remedio: el precio no se bajó; yo sin embargo compré algunos frascos por el gusto de traer *agua pura y legítima de Colonia*, tomada del fabricante mas acreditado, y del almacén mas surtido de la misma ciudad, no con poco sentimiento de Tirabeque, que habia creído iba á cargar cubas enteras de agua de Colonia, de valde *vel quasi*; y que cada vez que desde entonces la vé anunciar en España á tan módicos precios como se vende, dice para sí: «¿legítima de Colonia, y á mí me la dan á seis rs. el frasco? *Nequaquam mihi*: que lo crea el que no haya estado en Colonia en el almacén de *Juan Maria Farina*.»

DIETAS, BAILES, CONCIERTOS,

MASCARAS, ESPOSICION Y LOTERIAS.

Para todo esto y mucho mas sirve un vastísimo salon del *Gürzenich* ó antiguo *palacio del comercio*, á que fuimos llevados por nuestro *commissionaire*.—¿Cuántas personas hace el local? le pregunté.—De 3,500 á 4,000 pueden estar cómodamente.—¿Y qué objeto decís que tiene este salon?—Antiguamente se tuvieron en él muchas dietas.

Diga vd., buen amigo (preguntó Tirabeque): ¿y se acabaron ya las dietas? porque si aun prosiguen, estoy porque nós retiremos cuanto antes del salon, que los viajeros no estamos para dietas.—No has de ser majadero, le dije: las dietas que aqui se han tenido no son dietas de comer, sino dietas germánicas, ó sea el congreso ó asamblea general de los círculos de Alemania.—Asi es, repuso el guia. Posteriormente (añadió) ha servido para bailes de máscara en los carnavales.—¡Hola, amigo! ¿Tambien por aqui los salones del congreso sirven para salas de máscara? Yo creia que solo en España habia esto.—¿En España tambien?—Si señor, con la diferencia que aquello fué primero salon de máscaras, y despues se ha destinado á templo de las leyes, y aqui sucede al revés.

«¿Con qué tambien se celebra en Alemania el Carnaval? —Oh, si: pero exclusivamente el lunes y martes; se paga un *thaler* por la entrada, y se cena aquí, pero cada concurrente tiene que venir provisto de cubierto.—¿Cosa rara en verdad! ¿Y tiene algun mas uso este salon?—Oh! si: aqui se celebran los famosos conciertos que cada tres años vienen á dar los músicos de Viena: ¿veis aquel departamento adornado de antiguas molduras doradas del género gótico? Pues allí se coloca la nu-

merosa orquesta. También se hace en él la exposición pública anual de pinturas: estos tablados que veis, aun son restos de la que recientemente ha tenido lugar este año.

«Decidme; ¿qué significa este gran cilindro de madera que hay en medio?—Esa es la caja en que se insaculan las bolas de la lotería del Estado, cuya extracción se hace también aquí.—¿Luego también en Alemania se juega á la lotería?—Ciertamente: ella es una de las cuatro fuentes de las rentas públicas de los estados prusianos; que son los correos, las contribuciones, la lotería y el monopolio de la sal.—Pues dígoles á vd., exclamó Tirabeque, que es un comodín el saloncito este.»

ABOGADO HABLADOR.

«¿Gustais, nos dijo en seguida el cicerone, visitar el *oberlande-gerichte*?—¿Y quién es, preguntó Tirabeque, el señor *obrandogeriche*? ¿Es algun personage de la familia real?—¡Ah! perdon: es el tribunal superior de esta regencia.—Pues hubiera vd. dicho la audiencia ó chancilleria, y nos hubiéramos entendido, y no el *obrandogiriche*—Que me place, le dije yo,» Y nos dirigimos allá.

El edificio es una magnífica galería moderna semicircular de un solo piso. Entramos en la sala 1.^a, del tribunal, donde se estaba viendo un pleito sobre daños causados por un barco á otro. La sala era sencilla, con pavimento en declive como el de los teatros: siete jueces, dos abogados, dos procuradores y un alguacil circundaban una mesa, donde se veian algunos libros, y unos tinteros negros, sumamente sencillos, y hasta pobres. El traje de los jueces era la toga con manga larga; el de los abogados se distinguía en dos ó tres pielecitas blancas sobrepuestas á una especie de manga prendida á la espalda, y en una golilla también blanca, semejante á la de los clérigos franceses. Había bastante público, y aunque nos encontrábamos bien en

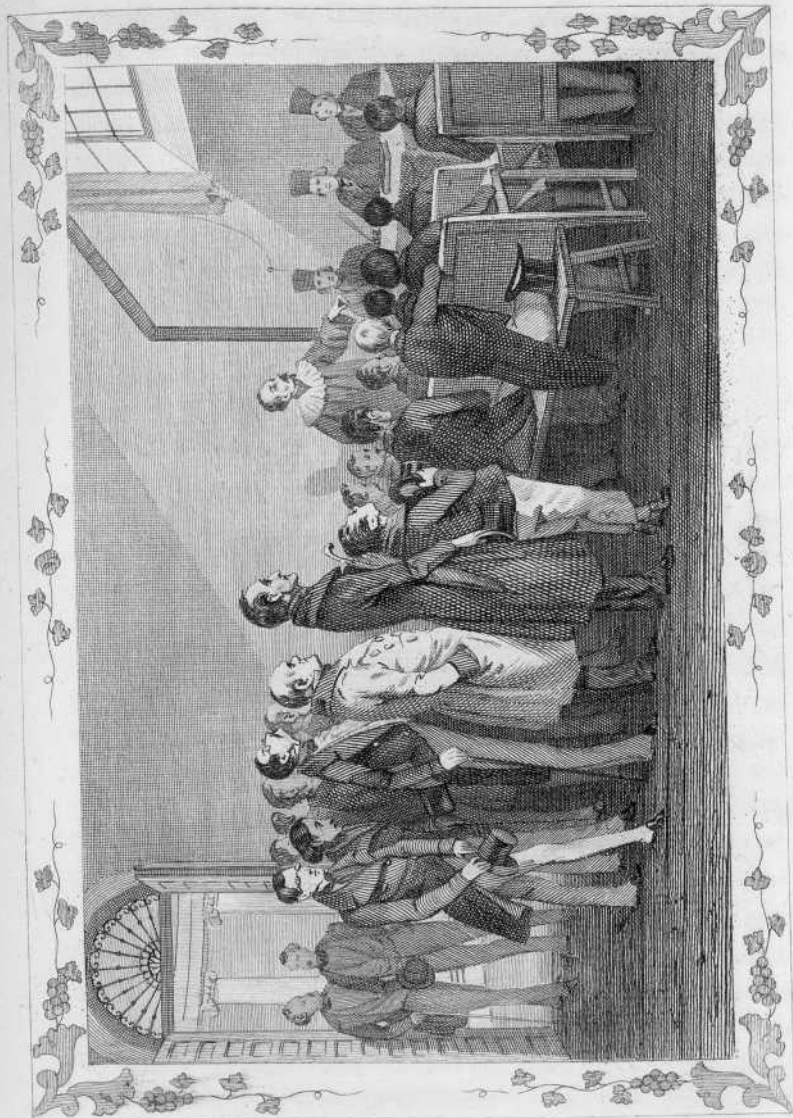
razon á la buena temperatura que daban á la sala dos estufas, descoscos de ver más pasamos á la sala segunda, cuyo aparato y adorno apenas se distinguía del de la primera.

Aquí encontramos un abogado perorando en pié, haciendo la defensa de su parte ó de su cliente. Aunque nada entendíamos, gustábanos el desparpajo y la afluencia oratoria que demostraba. Decía con desembarazo, hablaba sin vacilar, charlaba sin escupir. La facundia no podía negársele: de la lógica de su razonamiento yo no podía juzgar, porque no comprendía una sola palabra; pero vive Dios que por copiosas y abundantes que sean las fuentes de donde nace el Rhin, no brotarán de ellas tantos borbotones de agua como raudales de verbosidad salían de la boca de aquel abogado. Yo sin embargo le escuchaba con gusto, si bien hubiera deseado oír al otro abogado su contrincante.—Señor, me decía Tirabeque al oído. ¡que en todas partes hayan de ser los abogados tan habladores! Ahora véngame usted diciendo que los alemanes son taciturnos.»

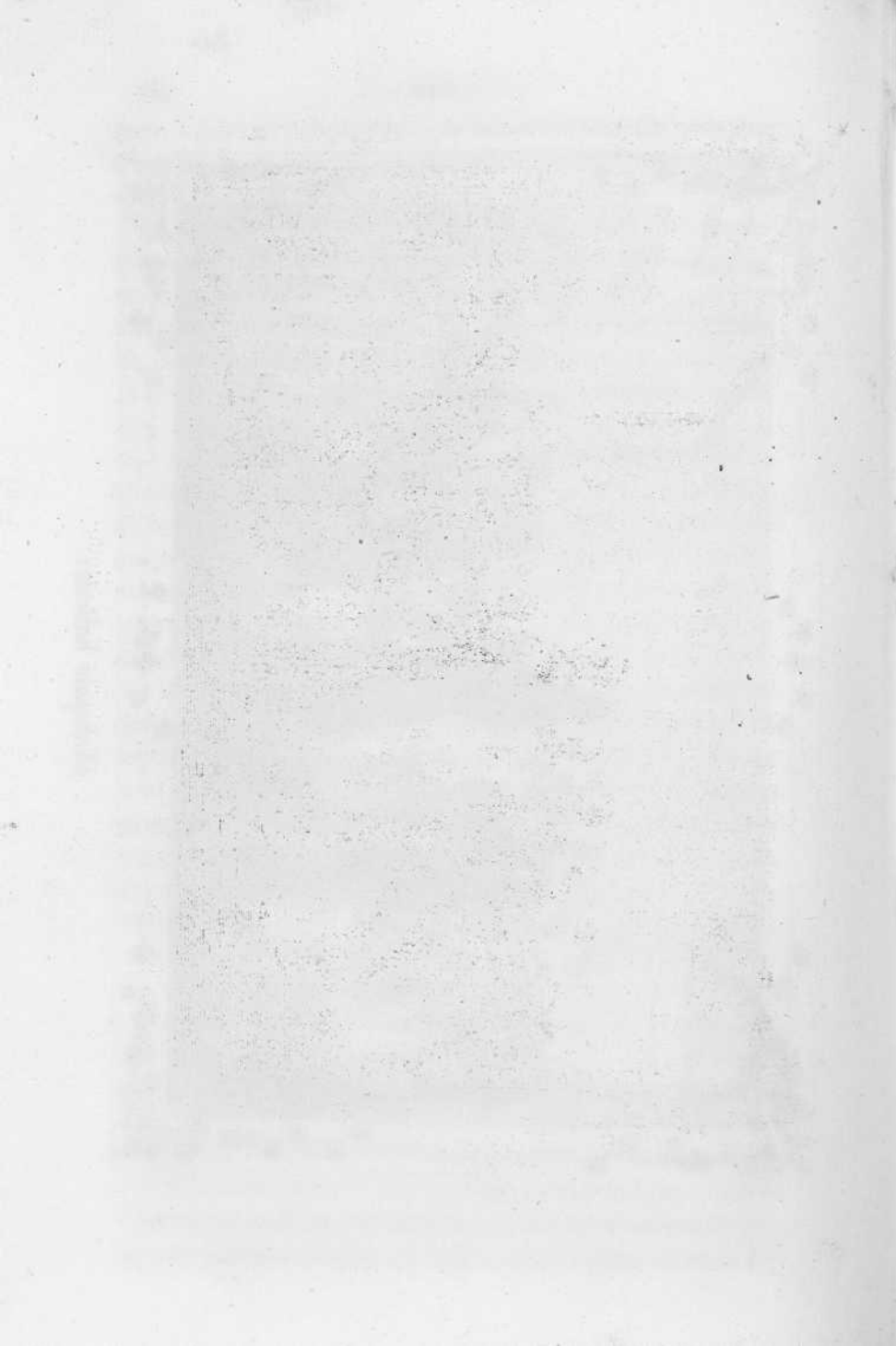
Media hora iba transcurrida, y el jurisconsulto no había salivado: á los tres cuartos hizo una pequeña pausa, á la que creí seguiría el «*dixi*.» Pero fué para pedir por señas un vaso de agua: llevósele el alguacil, bebió y prosiguió de nuevo como si principiara entonces. Nos cansamos, y salimos dejándole con la palabra en la boca. No sé si á esta hora habrá concluido su oración. Yo pregunté al guía el nombre de aquel abogado, que me dijo ser uno de los que tenían mas fama en COLONIA. Siento no acordarme de él, por tener el gusto de consignar en estas páginas el nombre del jurisconsulto hablador.

OTRA VEZ RUBENS.

A la salida del tribunal encontramos unos pelotones de reclutas que en el campo contiguo á un cuartel se estaban instruyendo en las primeras maniobras del ejercicio militar. Pa-

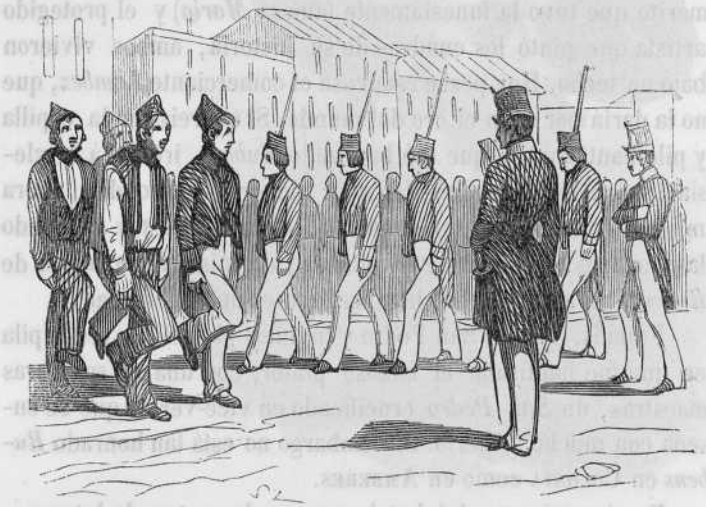


El abogado hablador.



rámonos un rato, observando primero el águila negra de Prusia coronada de la diadema real que constituía el escudo de armas del cuartel, y símbolo de las armas reales de aquel reino; mirando despues las garitas de los centinelas pintadas de fajas blancas y negras, que son los colores del pabellon ordinario de Prusia; y fijándonos en seguida en la manera como se enseñaba el ejercicio á aquellos soldados bisoños.

Grandemente se reia Tirabeque con algunas de las evoluciones de los reclutas, principalmente con las furiosas patadas



que á la voz de «alto» les enseñaban á dar, y que retumbaban atrozmente en el suelo; y mas todavía al verles, á otra voz de mando, fijar una rodilla en tierra y afianzar la culata del fusil en el muslo derecho, con otras evoluciones raras que él decia no haber visto en ninguna táctica ni yo tampoco. La tropa no era de gran talla.

Viendo y encontrando por todas partes lujosas tiendas y abundantes almacenes de pipas, utensilio el mas popular del

pais, llegamos á una calle donde me llamaron la atencion dos inscripciones que en dos lápidas de mármol negro en una casa de la izquierda se veian, con un antiguo retrato en medio. Miré con cuidado, y llamando á nuestro guia, «*Mr. le domestique*, le dije, ¿es el retrato de *Rubens* este?—En efecto lo es, me respondió: esta es la casa en que nació el príncipe de la pintura flamenca; esa larga inscripcion que veis sobre la puerta lo explica; pero quizá no lo comprendais, porque está en aleman.—¿Y la otra que se vé mas arriba?—Aquella dice que en esta misma casa murió la célebre *Maria de Médicis*, muger de Enrique IV de Francia. La princesa protectora de las artes (único mérito que tuvo la funestamente famosa *Maria*) y el protegido artista que pintó los cuadros de su historia, ambos vivieron bajo un techo. Hoy posee esta casa el comerciante *Lambe*, que no la daría por todo el oro del mundo. Si quereis ver la capilla y pila bautismal en que fué bautizado *Rubens*, iremos á la iglesia de San Pedro.—Con el mayor placer (le respondí); ahora mismo.—Espere vd. un momento, señor, que estoy contando las ventanas.... diez y siete ventanas y dos pisos tiene la casa de *Rubens*, mi amo.—Bien, hombre, eso es una puerilidad.»

Fuimos, pues, á San Pedro y tuvimos el gusto de ver la pila en que fué bautizado el famoso pintor, con una de sus obras maestras, un *San Pedro* crucificado en vice-versa, que se enseña con mucho misterio. Sin embargo no está tan honrado *Rubens* en COLONIA como en AMBERES.

En el camino ya del hotel, y cerca de un templo luterano, oimos muchas voces de muchachos acompañadas de violin; pero muchísimas voces asi como si fuesen mas de ciento los chiquillos voceantes, y por cierto perfectamente acordes y armoniosas.—¿Qué significa esto? preguntamos al guía.—Esta, respondió, es una escuela de primeras letras: en las escuelas de Alemania se enseña á los niños á cantar arreglándose á la nota.»



RUBENS.



TEATRO.—DON JUAN.

Por la noche nos fuimos al teatro. Si el mercado de DUSSELDORF me habia recordado los mercados españoles, el teatro de COLONIA, por su forma y sencillez, me recordó al momento los teatros de España, como la fisonomía de muchas de las aldeas del país se me antojaban las aldeas nuestras; y no fueron solo estos los puntos de contacto que á mí me pareció hallar entre españoles y alemanes, sino que, ó fuese aprension mia, ó fuese así en realidad, yo creo haber encontrado semejanzas muy marcadas hasta en algunas de las costumbres y en algunos rasgos del carácter de los habitantes de ambos países, mucho mas que entre españoles y franceses, á pesar de ser convecinos, y que entre españoles y flamencos á pesar de nuestra antigua dominacion en ambas Flandes.

Representóse aquella noche la ópera alemana *Don Juan*. La compañía no era sobresaliente: la orquesta se componia de treinta y tantos instrumentos. No habia mucha concurrencia, y la funcion mas estuvo fria que animada.

RECOJAMOS VELAS.

El tomo crece, y el viage no se acaba: y por mas que me he propuesto ser compendioso y sucinto, por mas que he procurado entresacar del abundoso campo de mis apuntes de viage, puramente lo que me ha parecido necesario para dar una idea de cada país y cada pueblo, esforzándome por encerrar en este solo volumen observaciones con que pudiera haber llenado dos ó mas, á pesar de eso las jornadas dan de sí mas que las páginas, y es ya forzoso recoger velas y tocará nueva retirada desde COLONIA.

Pero no puedo menos de aconsejar al viajero que llegue á las orillas del Rhin, que no se vuelva sin subir siquiera hasta *Coblenza* y *Mayenza*, y aun mas allá si le es posible, seguro de que me habrá de dar las gracias, pues encontrará, como yo encontré, comarcas risueñas, poblaciones lindas, antigüedades curiosas, ruinas venerables, crónicas estrañas, leyendas estra- vagantes, tradiciones indefinibles, recuerdos históricos, y cos- tumbres dignas de estudio; y le parecerá algunas veces, como á mí me parecía, que viaja por un pais encantado, que pocos habrá, á fé mia, que ofrezcan mas encantos y que merez- can tanto ser visitados por el hombre estudioso y observador como las orillas del Rhin, y asi son ellas frecuentadas cada año por los hombres de letras de todos los paises de Europa.

Yo Fr. Gerundio, cediendo á la necesidad de poner término á estos mis desaliñados apuntes, me contemplo otra vez de vuelta en *COLONIA*, y desde aqui dispongo mi regreso á Espa- ña por el camino mas breve. Comunico, pues, mis órdenes á Pe- legrin, y preparado nuestro equipage, una mañana á las siete y media nos embutimos en un *ómnibus*, y flanqueando las mura- llas semicirculares de la ciudad, al cuarto de hora nos halla- mos en el establecimiento de donde parten los convoyes de va- por para el nuevo carril de hierro que conduce de *Colonia* á *Ais-la-Chapelle*.



NUEVO CAMINO DE HIERRO.

Tan nuevo era este carril, que se habia inaugurado en aquella misma semana. Era el cuarto dia que se viajaba por él. Resentíase aun el servicio de la falta de práctica; y las detenciones en cada *estacion* descubrían dos cosas, la poca costumbre en la operacion de los relevos, y la diferencia de la flemma alemana á la viveza belga. Habíanse hecho sin embargo reformas ventajosas en los carruages, siendo una de ellas los colchoncillos que cubrían todo el piso de los coches; reforma que agradecieron no poco nuestros pies en la fria estacion en que esta jornada hacíamos.

Ni los conductores tocaban la trompeta como en Bélgica, ni habia tanta afluencia de viajeros como en Bélgica, ni se privaba fumar tan rigurosamente como en Bélgica. Pero ni el desahogo, ni la libertad que gozábamos nos alegró tanto como haber oido á un anciano que en nuestro coche venia dirigirnos la palabra en español, aunque chapurrado.

«Veo, nos dijo, que vds. son españoles.—Servidores de vd.: y vd. dado que no lo sea, al menos debe haber estado algun tiempo en España.—No en verdad; pero mis ascendientes vinieron de allí, y aunque esto hace muy largo tiempo, se ha ido trasmitiendo de padres á hijos algun conocimiento del idioma español. Por lo demás yo soy nacido en *Amsterdam*, y allí estoy establecido con casa de comercio.—¡Hola, en *Amsterdam*! Allí hemos estado nosotros el mes pasado.—Puesto que vds. son españoles, quizá conozcan mi apellido; *Mendez*.—Mucho, contestó súbitamente Pelegrin: conozco una infinidad de *Mendez* en España. Y el nombre ¿se puede saber?—Oh, si; mi nombre es *Josué*.—*José* querrá vd. decir, que no *Josué*: la *u* está de sobra.—Ah, no, perdon: mi nombre no es *José*, sino *Josué*: *Josué Eleazar Mendez*.—Señor, (me dijo entonces Tirabeque

acercando su boca á mi oreja izquierda), el diablo me lleve si el *Sr. Josué* no es uno de los 30 mil judiazos que hay en *Amsterdam*: esa *u* se me hace muy sospechosa; milagro será que este hombre sea cristiano.»

Asi era efectivamente, segun despues se aclaró, lo cual dió motivo á graciosas contestaciones entre él y Tirabeque.

En esto el terreno se iba elevando, encontrábanse ya montañas formales, y entramos en un *tunnel* ó camino subterráneo como de unos tres cuartos de legua.—¿Qué le parece á vd. de esta oscuridad, *Sr. Josué*? preguntó Tirabeque al mercader israelita.—¡Oh! es espantosa; le respondió: es una lobreguez terrible.—Pues mire vd., añadió Tirabeque; asi tienen vds. que quedarse los que esperan el Mesías, tan á buenas noches como estamos ahora.» Yo le apreté un pellizco por correctivo de su imprudencia, pero él lejos de callar, «si señor, prosiguió, aunque el amo me pellizque, asi tienen vds. que quedarse los judíos.»

De este modo, poco mas ó menos, fuimos continuando nuestra jornada, hasta llegar á *Aix-la-Chapelle*, última ciudad de Alemania por aquella parte, ó sea la primera entrando por las fronteras de la Bélgica. Tomamos nuestro *ómnibus*, y nos dirigimos al gran hotel del *Dragon de oro*. Almorzamos, y salimos por la ciudad á practicar nuestra visita de ordenanza.

AIX-LA-CHAPELLE.



LOS DUENDES.

El cicerone de *Aix-la-Chapelle* (ó *Aquisgran* como en español decimos) habia sido sargento del ejército de Napoleon, y habia hecho la guerra en España por cuatro ó cinco años. Mucho se alegró él cuando supo que éramos españoles, pero mas nos alegramos nosotros cuando comenzo á hablarnos en español, aunque tan magullado como se deja suponer en quien habia aprendido el idioma de los alojamientos, y aun este mismo hacia treinta años justos que no le usaba.

Tal era sin embargo el hambre que traíamos de oír hablar nuestra lengua nativa, que al pronto nos pareció haber topado con un Cervantes ó un Rioja. Pero no tardó en pesarnos del hallazgo. Verdadero tipo del hombre-pelma, parábase á cada paso á referirnos sus azares de campaña, y á informarnos de cuantas vicisitudes generales y particulares habia experimentado en la guerra.

—Bonita ciudad es *Aix-la-Chapelle*, le decia yo: hermosos edificios son los de este pueblo.—Si señores, el caserío es hermoso. En Talavera salí yo herido en esta pierna: ¡oh! mi regimiento se batió allí con bazarria.

—¿Qué poblacion tendrá la ciudad?—La ciudad tiene unos cuarenta mil habitantes. En la batalla de los Arapiles caí yo prisionero, y fuí cangeado en Badajoz.—Lo creo muy bien. Pero dígame vd. ¿qué edificio es este?—Esta es la casa de Ayuntamiento; despues subiremos á ella, y enseñaré á vds. grandes cosas.

—¿Y esta estatua que hay en medio de la plaza?—Esa es la estatua de Carlo-Magno: reparad á sus dos lados dos vie-

jas águilas de bronce con sus plumas negras y erizadas. Ya sabreis que son las armas de Prusia. Señores, en Ocaña volví á salir herido en este brazo: mirad, aun se conoce la cicatriz. ¡Pero qué buen vino bebimos en Ocaña! oh! buen vino; soberbio; ¡diablo, qué vino tan famoso!—Diablo que cargue con tu estampa, sinapismo de Barrabás, exclamó Tirabeque. Ande vd. con mil pares de canarios, y esplíquenos las cosas de la ciudad, y déjenos de batallas y de historias, que no hemos venido aquí á eso.—Perdon, señores; sigan vds. por aquí, y ahora les contaré una de las historias mas curiosas de *Aix-la-Chapelle*.

Continuamos pues hasta una calle estrecha. «Esta es, nos dijo, el *Hinzen-Geeschen*.—¿Y qué significa el *Hinzen-Geeschen*?—Significa..... ¡oh diablo! ¿cómo se llama en español una ruelle ó *petite rue*?—Será una *callejuela*.—Eso, si señor, esta es la *callejuela de los duendes*.—¡Hola! ¿hay *duendes* por aquí?—Escuchad, os referiré una crónica divertida.

«Había antiguamente en el pais de Limbourg unos inmensos subterráneos, á cuyas estremidades nadie se habia atrevido á llegar. En estas cuevas, que de dia parecia estar desiertas, se reunía desde el anochecer una tropa de *duendes*, que se pasaban



la noche en alegres comilonas, cantando en una lengua desconocida, y echando buenos trinquis en unas copas de oro cuyo choque imitaba perfectamente el sonido de una campanilla. Una noche sucedió que cierto pastor á quien se le habia extraviado un becerrillo, oyendo el ruido de la cueva penetró en el subterráneo, creyendo que el sonido que percibia era el de la campanilla de su becerro. Entra y se halla con la familia de los *duendes* que bebian, cantaban y jugaban alegremente. Retírase el pastor sin ser sentido, y se encamina apresuradamente á contar á su confesor la escena de los diablillos que acaba de presenciar. El confesor era un severo fraile que no amaba los *clubs*, ni le gustaban las reuniones clandestinas, ni estaba por otras fiestas que las autorizadas por el calendario romano.

«El buen padre determina desalojar de aquel sitio á los diablillos. Al efecto reúne todo el clero que puede, y á su cabeza se dirige en procesion al subterráneo; levanta sobre él un altar, celebra una misa y reza los exorcismos. Los pobres duendes huyen amedrentados, y trasladan su domicilio á otro subterráneo que habia entre la puerta de Colonia y la de Sand-Kaul; pero los pobrecitos no tuvieron tiempo para recoger y llevarse consigo el rico menage de su antigua morada, de suerte que se encontraron sin su bajilla de plata y sin sus timbales de oro. Cada vez que tenian que celebrar su orgía, acudian á las casas de las calles vecinas en busca de candeleros, vasos, fuentes, cacerolas y demas aprestos de una mesa. Entraban por las chimeneas, y arramplando estrepitosamente con los utensilios de que habian menester, los llevaban á su cueva, se servian de ellos, y al dia siguiente antes de amanecer, los volvian á colocar á las puertas de sus respectivas casas.

«Demasiado buenos eran esos duendes, interrumpió Pelegrin, ya me contentára yo con que los duendes de dos pies que andan por ciertas tierras, tuvieran la buena costumbre de restituir como los duendes de Alemania.—Suplicote, Pelegrin, le dije, que no cortes el hilo de la historia: tiempo tendrás de comentarla.

« Los inquilinos de la calle (prosiguió el guía), llegaron á convencerse de que les traía mas cuenta, cada vez que el ruido de la batería de cocina, ó el relincho de los caballos, el chisporroteo del fuego les anunciaba que era noche de fiesta para los trasgos, sacar por sí mismos á la puerta de la calle los utensilios



los que los nocturnos visitadores domiciliarios tenían costumbre de entrar á buscar. Hiciéronlo así: los duendes agradecidos no volvieron á incomodarlos, y los vecinos lograron por este medio dormir con tranquilidad.

« Sucedió, pues, que una noche se alojaron dos soldados valentones en el hotel ó fonda del *Salvage*, situada en la *callejuela de los duendes*; y habiendo encontrado al patron limpiando cuidadosamente el tren de cocina, y observando que luego que le tenia reluciente y brillante lo sacaba al umbral de la puerta, le preguntaron el objeto de aquella maniobra; informóles el patron de todo, y los soldados que era gente que ni en Dios creía, cuanto mas en diablos ni martinillos, le dijeron con arrogancia: « patron, vuelva, vuelva vd. á poner en su sitio la batería de cocina, que nosotros estaremos á la puerta, y cuando vengan los señores duendes, voto al infierno que en lugar de cazuelas y platos se han de encontrar con dos espadas bien afiladas: deje

vd. los duendes de nuestro cargo.» Y así lo hicieron, sin que fueran bastante á desanimarlos las tímidas reflexiones del patron.

«Púsose éste á observar y escuchar detrás de la puerta. A la media noche oyó á los soldados conversar amigablemente: á las dos de la mañana les oyó hablar en alta voz, en seguida trabarse en disputas, luego cruzarse los aceros, y por último sucedió repentinamente un silencio profundo. Tan pronto como fué de día salió el patron lleno de curiosidad, y halló á los soldados muertos, atravesados con sus mismas espadas. Nadie dudó que la catástrofe habia sido obra de los malditos duendes. La noticia de esta aventura llegó á oídos del mencionado fraile, el cual resolvió decididamente arrojar los duendes de la ciudad, como antes los habia arrojado de los subterráneos del castillo de Emmaburch. En su consecuencia bajó á la caverna de la torre, provisto de agua bendita y armado de hisopo; exorcizó de nuevo á los revoltosos duendes, y desde entonces emigraron sus señorías de la calle y de la ciudad, donde hasta la fecha no han vuelto. Pero desde aquella época le quedó á la calle el nombre de *Hinzen-Geeschen*, ó *callejuela de los duendes*.»

Reímos los dos viajeros la anécdota duendil, y nos convenimos cada vez mas de que la Alemania era el país de las leyendas raras y de las tradiciones estravagantes, no pudiendo comprender cómo en un reino tan civilizado, tan adelantado en las ciencias y en las artes, se conservaban consejas tan antiguas y relaciones tan inverosímiles, y no pudiendo explicarlo sino por la regla de los vice-versas.

OTROS DUENDECILLOS DE OTRA CASTA.

Érase un magnífico salon; Magnífico con *M* grande; todo de piedra, con elegantes é historiadas molduras, relieves, targetas, rosetones, cornisamentos y todo género de adorno; que na-

da le hacia falta para ser magnífico al salon á que nos condujo despues nuestro guia *Rickent*.

«Y bien, ¿dónde nos llevais ahora? le habiamos preguntado al subir por la anchurosa escalera.—Ahora, (respondió) vais á ver un buen salon habitado por otra casta de *duendes*.—¿Pero le habitan en la actualidad?—Si, en la actualidad, dijo sonriéndose.—Es que en ese caso yo no entro, repuso súbitamente Pelegrin.—¡Oh! no hay cuidado: guardáos solamente de caer en tentacion de jugar con ellos.

Al tiempo de entrar oimos sonar mucho dinero. «¡Hola! exclamó Pelegrin, estos deben ser duendes ricos. Entremos, mi amo, que puede que algo se nos pegue, porque los duendes suelen ser muy manirosos, y asi lo desperdician como lo ganan.»

Sorprendidos nos quedamos al ver en el salon como unos ochenta caballeros colocados en derredor de dos grandes mesas, tan entretenidos y abismados en su ocupacion, que ni se



apercibieron de nuestra entrada. ¡Toma, toma! exclamó mi lego, ¡no están malos duendes, voto á mi santo hábito! Estos juegan á la *ruleta*, y estos otros al *treinta y cuarenta*! ¡poder de Dios y

qué de dinero anda por el corrol! ¡qué de oro y qué de plata! Señor, las monedas de cinco francos son las mas pequeñas que andan en juego. Diga vd., señor *Ricken* ¿y no hay en todo *Aix-la-Chapelle* una autoridad que venga á echar el copo á esta gente con un par de alguaciles que los metan en chirona?—Al contrario, respondió; este juego está consentido y aun autorizado por el gobierno; y sueldo del gobierno gozan los empleados, como el cajero, el contador, el banquero y otros: la municipalidad tiene tambien aqui su intervencion.—¿Se burla vd., señor sargento herido?—¡Cómo burlarme! Aun os diré mas.

El curso del juego está abierto desde 1.º de mayo hasta 31 de diciembre, y se tienen por reglamento tres lecciones diarias. Es decir, desde que se abre la matrícula hay seis horas de aula cada dia repartidas en tres periodos. Ved si los alumnos pueden salir instruidos en esta útil ciencia. Pero á los habitantes de la ciudad les está prohibido jugar; solo se les permite el último dia. El fondo diario es solo de 30 mil francos; es la mayor cantidad que cada dia se puede perder.—Pues entonces, exclamó Tirabeque, ya veo yo que es un juego religiosito.—Sin embargo, replicó el guia, muchas familias se han arruinado.—Eso no lo puedo creer, repuso Tirabeque: ¿qué son 30,000 francos cada dia?

«¡Oh, señores! prosiguió *Mr. Ricken* como trayendo algo á la memoria: ahora recuerdo que hay aqui dos compatriotas de vds.—¡Dos españoles!—Si, dos españoles. Ved allí el uno; el otro.... el otro.... ¿dónde está el otro? pues ellos no suelen faltar á todas las sesiones.... vedle aqui; el que está enganchando aquellas monedas de oro con la regata.»

Ni el uno ni el otro se apercibieron de nosotros; estaban tan embebidos, que ni veían ni oían. Pero despues tuvimos ocasion de conocerlos y tratarlos: ambos estaban en nuestro mismo hotel, y comíamos juntos á la mesa redonda. Entramos como paisanos en esplicaciones amistosas, y resultó que el uno llevaba seis años y el otro tres de residencia en *Aix-la-Chapelle*, dedicados esclusivamente á la ocupacion del juego. ¡Y luego dirán

los enemigos de nuestras instituciones que no tenemos representantes en Alemania, y que están interceptadas las relaciones políticas entre la España y la Prusia!

Procuramos informarnos cómo era que el gobierno prusiano permitía y aun autorizaba el juego de azár en *Aix-la-Chapelle*, hasta el punto de haberlo reglamentado; y se nos dijo que había empezado por tolerarle como una distracción necesaria al sin-número de extranjeros que cada año concurren á pasar la estación del verano á las orillas del *Rhin*, y había concluido por hacerle una especie de curso académico con sus correspondientes reglamentos y constituciones. Tirabeque quedó encantado del nuevo ramode ilustración que habían introducido los extranjeros, y no se olvida él nunca del gran salon de *Aix-la-Chapelle* destinado á los duendes jugadores, ni de la carrera científica que habían ido á seguir allí nuestros dos compatriotas.

Pasamos por la hermosísima rotonda destinada á los celebrados baños minerales y sulfurosos de *Aix*, descubiertos por Carlo-Magno: probamos sus aguas calientes, y tan desagradables como todas las aguas minerales; visitamos sus lindos cuartos de descanso; y luego nos fuimos á buscar el nuestro al hotel, sin ver mas por aquel dia, pues aunque había teatro, la compañía era alemana y no nos divertía ya gran cosa ver, oír y no entender.

EL CÉLEBRE RELICARIO.

Al otro dia salimos temprano á visitar la catedral. «Señores, nos decía *Ricken* en el camino, hoy van vds. á ver cosas buenas. Señores, en Castilla la Vieja, en una villa que llaman... ¿cómo se llama aquella villa? Há, Villadolit; allí comí yo un pan esquisito: ¡oh! esquisito pan! Y despues cuando entré en Madrid con el rey Joseph, que entonces iba yo todavía herido...— La lástima es que has sanado, maldito, murmuró por lo bajo Tirabeque.

no.—¿Qué decia vd., signor?—Nada, nada, que haga vd. el favor de no pararse, porque tengo gana de ver esas grandes cosas que tiene vd. que enseñarnos hoy.—Oh, si, vais á ver un tesoro de reliquias el mas rico del mundo.—Pues bien, hágame vd. la gracia de no pararse para decirlo, y vamos allá.»

Llegamos á la célebre catedral de Carlo-Magno. Entramos en ella: el templo es pequeño, pero de un gusto muy estraño, y de una arquitectura singular. Su figura es un octógono; en medio de su pavimento hallamos una gran lápida colosal con esta sencilla inscripcion «CAROLO MAGNO.» Habia mucha gente arrodillada, al parecer rezando con devocion: nosotros imitamos su santo egemplo; pero no tardó el guia en indicarnos por una seña que acudiéramos á un rinconcito donde nos aguardaba. Fuimos allá; «¡oh diablo! nos dijo: otros estrangeros no se ponen á rezar como vds. Escuchen: debajo de aquella lápida, en una gran cueva cuyo pavimento era de oro, y cuyas paredes estaban tapizadas con banderas y estandartes, se hallaba el cadáver de Carlo-Magno, emperador de Alemania, y fundador de esta iglesia, sentado en un sillón de mármol cubierto con láminas de oro, con su corona en la cabeza, teniendo por remate una cruz tambien de oro, en una mano el globo y el libro de los evangelios, y en otra la espada. Todo esto lo descubrió el rey Othon III haciendo cabar debajo de ese sarcófago. Las prendas sirvieron despues para la coronacion de otros emperadores, pero con motivo de las revoluciones han ido desapareciendo todas, menos el trono ó sillón. ¿Quereis verle?—¡Pues no hemos de querer! con mucho gusto.»

Avisó á un sacristan, el cual nos condujo al primer piso por una escalera de piedra. «Hé (aquí nos dijo) el *Hochmünster*, es decir, el famoso trono de que tanto hablan las crónicas, y en que estaba sentado el emperador Carlo-Magno en su tumba, y en el cual, en memoria de este hecho, se sentaban despues los emperadores el dia de su coronacion.»

Tirabeque que estaba acostumbrado á sentarse en el trono

de Luis Felipe (1), y en cuantos habia encontrado ocasion, con toda libertad y desembarazo hizo ademan tambien de ir á reposar sus asentaderas en el de Carlo-Magno.—¿Qué vais á hacer? le preguntó conteniéndole el sacristan.—¿Qué habia de ir á hacer? sentarme.—¡Oh! perdonad; eso es imposible: el mismo emperador Napoleon no se atrevió á sentarse en este trono: y un dia que la emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, se hizo abrir las puertas, y aprovechando la soledad se sentó en el *Hochmünster*, á poco rato se oyó un espantoso grito: se acudió á ver lo que era..... la princesa se habia desmayado: el viejo emperador Carlo-Magno se le habia aparecido, y le habia dicho cosas terribles con una voz espantosa, reprendiéndole su temeridad.—Pues señor, repuso mi buen lego, si tales cosas suceden, renuncio á sentarme.»

Pero luego, acercándose á mí el sacristan, me dijo al oido: «no creais nada de esto; se cuentan una porcion de consejas por este estilo para mantener la veneracion: si quereis sentaros, haced que baje *M. Ricken*, y os daré este gusto por cinco francos,

(1) Tomo primero.



seguro de que no os habreis de accidentar.—Contad con ellos, le dije (no atreviéndome á regatearle el precio como Alejandro Dumas). *M. Ricken*, tomáos la molestia de ir bajando, que allá vamos nosotros.»

Bajó el guia; nos quedamos solos; anticipé los cinco francos al sacristan, y uno tras otro tuvimos Fr. Gerundio y Tirabeque el gusto de sentarnos en el venerable y misterioso trono de Carlo-Magno, sin que el viejo emperador se encontrase de humor de aparecérsenos, y sin que por ello, hasta la fecha, hayamos experimentado contratiempo alguno.

Bajamos, y despidiéndose contento el sacristan, nos encomendó á una especie de bedél ó pertiguero encargado de enseñar las demas reliquias.—«Señores, ¿venís á ver las santas reliquias?—Si señor.—¿Sabeis ya que cuesta siete francos?—Que cueste setenta, replicó enfadadamente Pelegrin: los españoles no reparamos en bagatelas. ¿Hay muchas que ver?—¡Oh! es un tesoro el que posee esta iglesia. Tenemos el ceñidor de N. S. Jesucristo; una parte de las cuerdas con que fué atado á la columna; un fragmento de uno de los clavos de la cruz; un pedazo de la esponja que se empapó en hiel y vinagre, y una astilla de la vara con que fué azotado.

«Y tenemos tambien el cinturón de la Virgen, el brazo sobre que el gran sacerdote Simeon llevó al niño Jesus, la cabeza de San Atanasio, la sangre y los huesos de San Esteban protomartir, sobre los cuales prestaban juramento los reyes de los romanos; un anillo de la cadena que llevaba San Pedro en la prision, un poco de aceite de Santa Catalina..... ¡Oh! tenemos tantas preciosidades.....—Siga vd., siga vd., hermano, que por lo que veo hay aqui reliquias de todos los santos y santas de la córte celestial.

«Tenemos tambien, (prosiguió) cabellos de San Juan Bautista, fragmentos de la vara de Aaron, tenemos tambien maná del desierto, y hemos rescatado las tres reliquias que el emperador llevaba siempre colgadas al cuello y se habían extraviado en el sepulcro,—¡Hola! ¿y qué era lo que llevaba por collar el

señor emperador?—Las tres reliquias son: un vaso de cristal que encierra cabellos de la Virgen, un pedazo de la verdadera cruz, y la tercera su retrato pintado por San Lucas....—¿Con que San Lucas era pintor, hé?—Si que lo era; como que retrató al emperador.—¿Y cómo lo retrató? ¿al daguerrotipo?—¡Oh! vos os burlais, pero no por eso es menos cierto.

«Y os he de enseñar ademas la cabeza y un brazo del mismo Carlo-Magno, y aun el cuerno de caza del emperador.—¿Con que hasta cuernos teneis por reliquias?—Ahora os burlais, pero venid conmigo, y os enseñaré aun mas de las que he enumerado. Me parece que os he dicho que cuesta siete francos.—Y yo tambien le he dicho á vd. que mas que cueste setenta: ¡haya cosa!—Bien, si os empeñais en darmè setenta, no me opondré á ello.—Parece vd. bobo y no lo es, señor peluca; tome, tome vd. ocho francos, vuélvame vd. uno, y vamos andando, que basta de conversacion.»

Procedimos, pues, á la revista del relicario; el ciudadano Pincerna tocaba, empuñaba, manoseaba las santas reliquias ni mas ni menos que pudiera manosear un bodigo en la mesa de su casa. Nosotros, por si eran ó no verdaderas, fuimos imprimiendo un ósculo en cada una muy devotamente, de lo cual mostraba cierta estrañeza el bedél, como quien no estaba acostumbrado á ver en otros curiosos tan religiosas demostraciones.—Y bien, le pregunté yo; ¿no podreis decirme cómo ha venido aqui tan rico tesoro de reliquias?—Unas, me respondió, le fueron enviadas al emperador por Juan, patriarca de Jerusalem; otras le fueron regaladas por Aaron, rey de Persia; otras le vinieron de Constantinopla, y otras en fin de los Santos lugares.

«Hasta ahora, señores (continuó), vos no habeis visto mas que las pequeñas reliquias.—¿Cómo es eso? ¿Hay otras reliquias mas grandes?—Ciertamente.—¿Y por qué no nos las ha enseñado vd., señor sacristan, ó racionero, ó lo que vd. sea? ¿O espera vd. que le demos otros catorce francos por ver las grandes?—Perdon, señores, las grandes reliquias no se enseñan sino cada siete años: en el intermedio no se pueden manifestar

sino á los reyes y testas coronadas.—Pues bien, aqui hay una testa coronada (y señalaba Tirabeque á mí).—Perdon mil veces; yo no sabia que este caballero fuera algun príncipe.—Príncipe no es, no señor; pero aunque ahora tráe la testa sin corona, allá en España mientras estuvo en el claustro, pocas coronas habia mas grandes que la suya.—Segun eso monsieur ha sido monge.—Fraile, fraile.—Es igual para mí. Pues sabed que yo os enseñaria de buena gana las grandes reliquias por los catorce francos que habeis dicho, aunque es verdad que nos está prohibido; pero es lo peor de todo que no tengo yo las llaves: ¡son tan desconfiados estos canónigos!—¿Qué tal, mi amo, me dijo Tirabeque en español: se esplica, se esplica el hermano reliquero, hé?

«Al menos, le dije yo, nos podreis decir en qué consisten las grandes reliquias.

—Ah, sí, yo lo haré de buen grado. Las grandes reliquias son las siguientes: el vestido que tenia puesto la Virgen cuando nació el niño Dios; las mantillas que envolvieron al Salvador en la cuna; el paño sobre que fué decapitado el Bautista; y el lienzo que ciñó al Redentor en la cruz. Cada una de estas reliquias está empaquetada en una pieza de seda. ¡Cuánto siento no tener las llaves para enseñáros las!»

En fin, visto lo que podiamos ver, é informados de lo invisible, nos despedimos atentamente del pertiguero, y salimos muy complacidos de la visita al famoso relicario de *Aix-la-Chapelle* (1).

TREINTA Y SIETE EMPERADORES.

Y DOS CÉLEBRES PACES.

«Ahora, señores (nos dijo el *domestique* al salir de la catedral), voy á tener el honor de llevaros donde antes os dije, al palacio

(1) Lo mismo con corta diferencia parece que le pasó á Dumas en la catedral de *Aix-la-Chapelle*.—*Excursions sus les Bords du Rhin*, tomo 2.

municipal. Os habeis de alegrar mucho de ver la casa de villa, porque ella encierra grandes recuerdos, y mas para los españoles: ¡oh, los españoles! ¿sabeis que me acuerdo yo mucho de los españoles? ¡Sevila, Sevilla! En Sevilla estuve yo en el año de 1812: buenos olivos; ¡oh! si, buenos olivos; y mucho buen vino tambien.—Tambien, si señor, pero dígamelo vd. andando, que no estamos para perder tiempo.—¡Caramba! los españoles sois ustedes muy vivos.—No, que tendremos la flemma de los alemanes, y seremos tan pelmazos como vd.»

Llegamos á la gran plaza, donde está la casa de ayuntamiento, alta de tres pisos, imponente y severa en su exterior, decorada con las viejas águilas prusianas, y flanqueada de dos torres, la llamada del *Mercado*, y la nombrada de *Granus*, el romano. Desde la escalera empezaron á presentársenos recuerdos españoles. En un gran cuadro estaba representado Carlos IV (no de Borbon) dando los privilegios á los magistrados de la ciudad, todos vestidos á la antigua española. Subimos al primer piso: un portero nos franqueó la *sala de los Emperadores*.»

«Aqui teneis, señores, la sala en que fueron coronados Luis el Bueno, Carlos V y otros 35 emperadores y reyes. Ella era mas grande, pero el consejo municipal la ha dividido en dos. Aqui era donde se recibia á los emperadores el juramento, sentados en el sillón de Carlo-Magno, ceñidos con su espada, y teniendo delante los huesos de San Esteban y el libro de los Evangelios del mismo Carlo-Magno. Y aun despues que se introdujo por costumbre coronarlos en Franfort, no se podia hacer la ceremonia sin que prestáran su consentimiento los habitantes de *Aix-la-Chapelle*, y sin que se enviára de aqui la espada y el cinturón, y el libro de los Evangelios encontrados en la tumba de Carlo-Magno.

—Muy bien, *Sr. Ricken*, muy bien; esto es muy histórico y muy venerable. Y estas pinturas al fresco de al rededor ¿qué significan?—Esas son de historia romana: ved, en todas ellas se lee: «*victus sed invictus*.» Aquellos son los retratos de Napoleon y Josefina.—Si, estos ya los conozco.

«¿Y este cuadro histórico, donde se vé un personaje vestido á la española?—¡Oh, señores! Ese es el cuadro que representa la *primera paz de Aix-la-Chapelle* entre Francia y España, que se celebró aqui en este salon en que estamos: ese es el embajador español que asistió al Congreso.—¿No me direis en qué año?—En el de 1668.—Basta, basta, ya estoy.—¿Qué paz fué esa, mi amo? Porque yo estoy un poco atrasado en estos puntos de historia.—Te lo diré, Pelegrin.

«Las victorias y conquistas que Luis XIV de Francia habia logrado los años anteriores sobre los Países-Bajos tenian alarmada la Europa, y hacian temer el escesivo engrandecimiento de la casa de Borbon. En este estado se acordó en 1668 celebrar un congreso en *Aix-la-Chapelle* para contener los progresos de la Francia en su guerra contra España, al cual asistieron plenipotenciarios holandeses, ingleses, suecos y españoles. Acordóse en él que la Flandes se dividiria en dos partes, una para la España y otra para la Francia, contándose entre las plazas de esta, Lila, Tournay y Oudenarde, y restituyéndose á la España el Franco Condado. Todos se conformaron con la *Paz de Aix-la-Chapelle*, si bien Luis XIV la firmó de mala gana, jurando en sus adentros vengarse de los holandeses en ocasion oportuna.»

«Señor, de ese modo es muy fácil celebrar *paces*; diciendo: «vaya, partan vds. por mitad lo que hay, y llévense cada uno su parte,» es natural que se conformen los que se lo disputan.—No siempre, Pelegrin; eso consiste en las fuerzas y en la ambicion de cada contendiente.

«Pues aun fué mas célebre la *segunda paz* que se celebró en este salon, añadió *Ricken*.—¿Pero juega en ella para algo la España? le preguntó Pelegrin.—Y mucho, señor. La *segunda paz de Aix-la-Chapelle* fué la que puso término á la sangrienta guerra de la sucesion austriaca en 1748.—Señor, lléveme el diablo si yo entiendo tantas guerras y tantas paces, que yo creía que una paz bastaba para concluirse una guerra, y luego me encuentro con otra paz, lo cual debe ser señal de que habia guerra otra

vez, y llevo en la cabeza un baturrillo de guerras y de paces que me dejo ahorcar si yo le entiendo (1).»

Estraordinario placer gozaba, yo Fr. Gerundio, cada vez que me veía en tan célebres lugares, y mas cuando estaban enlazados con recuerdos españoles. Llevárame de buena gana horas y dias en cada uno de ellos, si el tiempo no me aguijára para consagrarlo á otros sitios y otras observaciones, y si la estacion no me intimára tambien apremiantes órdenes de retirada.

Salimos, pues, de la casa de ayuntamiento de *Aix-la-Chapelle*, y encaminamos nuestros pasos hácia otra parte.

(1) A propósito y atencion á la notilla.—Para que se vea si trae fecha larga el decidido afan y empeño de disputarse nuestros muy caros y muy amados aliados y amigos los ingleses y los franceses, la preponderancia, influencia y ascendiente sobre su muy querida España, oigan vds., hermanos míos, lo que nos cuenta el historiador Mariana por consecuencia de la *Segunda Paz de Aix-la-Chapelle*.

«De esta manera (dice el historiador) terminó la sangrienta guerra de la sucesion austriaca, llamada por algunos guerra pragmática, porque tuvo su origen de la pragmática sancion promulgada por el emperador Carlos VI.—Fernando VI, y su ministro Carvajal eran desafectos á la Francia por el aire de superioridad con que procuraba siempre presentarse como tutora de la España, y ademas porque los franceses procuraron por medio de sus diplomáticos agriar al rey de España con el duque de Parma y el rey de Nápoles: así que las relaciones entre España y Francia se hicieron severas, hasta que el monarca francés conociendo que debia captarse la benevolencia de su antiguo aliado, mudó el embajador que tenia en Madrid, pero no adelantó nada. Por otra parte la Inglaterra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al gabinete español, y de esta suerte se movia una especie de lucha diplomática entre los agentes franceses é ingleses para ver cual de las dos naciones conseguiria preponderancia en Madrid etc. etc...

«El afan (dice en otra parte del mismo capitulo) con que procuraban los ingleses y franceses atraer á su partido á la España, tenia una causa: tal era la querrela en que andaban desavenidos aquellos, á punto de declararse la guerra. Interesábales por tanto tener un aliado poderoso por mar, y la Francia hizo el último esfuerzo para conseguir su objeto. Envió á Madrid de embajador al duque Duras, hombre de mérito personal y diplomático distinguido. Pero tenia que luchar con el embajador inglés que era mas hábil que él; y de esta suerte, entre dos grandes potencias que solicitaban su amistad, pudo la España continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna.» MARIANA, tomo 9, libro 6, capítulo 1.

¿Se parece algo la situacion de la España de entonces á la de ahora, ó nó? ¿Y dirán los actuales ministros que no pueden menos de decidirse por la Inglaterra ó por la Francia! ¿Cómo pudo la España de entonces continuar en su sistema de no querer decidirse por ninguna? ¿Por qué no ha de poder ahora lo mismo? ¿O son inútiles las lecciones de la historia?

AGUJAS Y ALFILERES.

Aunque en varias de las ciudades de Alemania que habíamos visitado, había también fábricas de *aguja y alfileres*, en unas partes no se permitía la entrada á los extranjeros, en otras era necesaria una recomendación particular, y si lográbamos ver alguna, era con tal rapidez y precipitación, que no habíamos podido formar una idea de las múltiples y menudas operaciones de la fabricación de este artefacto. En *Aix-la-Chapelle* tuvimos la fortuna de dar con un fabricante tan atento, amable y obsequioso, que á nuestra presentación no solamente nos franqueó desde luego su establecimiento, sino que encargó á un hijo suyo (perfecto trasunto de su padre en la amabilidad) que nos acompañara en la visita, y nos hiciera una especial y detenida explicación de todas las operaciones, y de cuánto sobre ellas dudáramos ó preguntarle quisiéramos.

Nunca acabaré de sentir bastante el que precisamente se me haya traspapelado el billete ó *adresse* que tuvo la bondad de darme el dueño de la fábrica, con las señas de su nombre y las circunstancias de su establecimiento, y que mi memoria me sea tan infiel que no pueda acordarme de ello por mas que lo procuro; y lo siento no por otra cosa sino por no poder darle *nominatim* un testimonio público de mi agradecimiento á su obsequiosidad. Pero suplalo la buena intención.

Una fábrica de *aguja y alfileres* no es ciertamente un bello establecimiento: al contrario, tiene que ser por precisión mas sucio que limpio, y mas feo que vistoso: el humo del vapor, el olorcillo del carbon de piedra, el serrin del acero, el aceite que entra por mucho en las operaciones, y muchas otras sustancias no nada limpias, le dan un aspecto en verdad bien poco poético y agradable: y los rostros de los operarios, con sus negros y prosáicos tiznones, respiraban el clasicismo artístico en toda su fuerza y vigor. De 600 á 800 calculo yo los empleados que ha-

bria en la fábrica de *Aix-la-Chapelle*, la mayor parte muchachos de ambos sexos de siete á catorce años, distribuidos en porcion de departamentos, porque el edificio es vastísimo.

Ya supondrá el lector la letanía de preguntas con que abrumaría mi buen Tirabeque al amable jóven, nuestro acompañan-



te: le importunaba, le molía, le ostigaba; él sin embargo contestaba á todo con una paciencia y una dulzura admirables: mas como para hacer la esplicacion tenia que emplear voces técnicas, quedábase el pobre Tirabeque en ayunas de la mayor parte, y acudia á mí en solicitud de esplanacion.

«Por lo que yo observo, mi amo Fr. Gerundio (añadia), en esta fábrica hay muchos brazos de mas, pues veo una porcion de muchachos ocupados nada mas que en abrir ojos á las agujas, sin que hagan otra cosa, y tengo para mí que si á cada uno se le mandára hacer una aguja ó un alfiler completo (que por eso no se descririan), con la mitad de la gente se podrian hacer al cabo del dia mas agujas que hará todo este regimiento de mu-

chachos con el sistema que siguen.—No estrañes, Pelegrin (le dije), que me ría de tu simpleza: cabalmente el gran mérito de la fabricacion de este género de artefacto está en la oportuna y bien combinada distribucion de los trabajos. Precisamente las fábricas de agujas y alfileres son las que se citan como el modelo admirable de los prodigiosos resultados del trabajo bien distribuido.—Asi será, señor, pero yo confieso humildemente que la tal manera de hacer agujas escede á mis alcances.»

Voy á ver si acierto, yo Fr. Gerundio, á dar una idea de las muchísimas operaciones que lleva una aguja desde que empieza á elaborarse hasta que la vemos en estado de coser, para que vean mis muy caras y muy amadas hermanitas las señoras españolas, cuántas vueltas lleva ese pequeñito y menudo instrumento, primero que se logra ponerle en disposicion de entregarle á ser manejado por su delicadísima mano (que tal quiero suponerla). No sé si tendré bien presentes todas las operaciones, y la esplicacion que sobre ellas me dió mi jóven catedrático de *Aix-la-Chapelle*.

Suponed, hermanas mias, un trozo de acero de Inglaterra, de Hungría ó de Alemania. Este trozo de acero hay que dividirle en barritas, lo cual se ejecuta por medio del fuego y del martinete. En seguida se redondea y estira con el martillo hasta hacerle filamentos del grueso conveniente. Estos filamentos ó alambres se adelgazan pasándolos por una plancha de metal agugereada, empezando por los agugeros mas grandes y continuando gradualmente hasta poner los hilos tan delgados como haya de ser la aguja que se quiere fabricar. Y adviértoos de paso, mis amadas hermanas, que esta es una operacion de tanto busilis, que en ella consiste principalmente el que vuestras armas sean de mejor ó de peor calidad, de bueno ó de mal temple. Y adviértoos tambien, por lo que os pueda convenir en la grave materia que nos ocupa, que segun me informó en confianza mi maestro de *Aix-la-Chapelle*, los fabricantes son los que han hecho cundir la voz de que para ser buena la aguja ha de cascar, ha de quebrar sin doblarse. Doctrina es esta, her-

manas mías, hija de un sistema maquiavélico de los fabricantes, cuya máxima es, «quíebrense agujas y tendremos despacho.» Lo que conviene es engrasar el hilo de alambre cada vez que se pasa por el agujero de la plancha; y la aguja saldrá del temple conveniente, ni blanda ni quebradiza. Pero esto pocas veces lo hacen, porque no conviene á sus intereses.

Luego que el acero está bastante delgado, se le corta en trozos iguales de la longitud suficiente para hacer dos agujas. Se aguzan los dos extremos de estos dos cabos de acero sobre una piedra arenisca, y se les hace dos puntas sobre una rueda de nogal rociada de polvos de esmeril diluidos en aceite. Esta es la operacion de *pulir*, y la rueda se llama *pulidor*: y en estas operaciones van ya empleados una porcion de operarios, cada uno en la suya; allí nadie hace mas que una cosa sola. En este estado se cortan por medio los hilos de acero con unas tijeras, resultando dos agujas de cada uno de ellos. Sigue la operacion de *palmar*. *Palmar* las agujas es ir tomando en porciones de cuatro ó cinco, colocarlas entre el índice y el pulgar de manera que figuren las varillas de un abanico abierto, y aplastar sobre un yunque las estremidades donde se ha de hacer el ojo. Facilmente se concibe que esta parte aplastada es la que se ha de agujerear. *Palmadas* que sean, se recuecen al fuego para ablandarlas: se les deja despues enfriar un poco. Vosotras habreis observado, hermanas mías, que las cabezas de las agujas no son perfectamente chatas, sino que tienen dos pequeñas canalitas; pues bien, estos caneloncitos se hacen con un pequeño balancin que hace jugar dos punzones á un tiempo, uno arriba y otro abajo, y que á semejanza de nuestros dientes cuando cogen en medio tal cual trozo de vianda un poco dura, le hacen dos incisiones á la vez. Vamos ahora á hacer el ojo. El *ojo* de la aguja se hace en tres tiempos. Un operario la coloca sobre una masa de plomo, y teniendo en la mano un punzon movido por el vapor, dá el golpe por un lado, la vuelve y la golpea por el otro; y otro oficial termina la operacion haciendo salir de otro golpe la partícula de acero que aun no se habia desprendido de la aguja. La

operacion de *agugerear* la hacen regularmente muchachos, pero con tal destreza que son capaces de agugerear un cabello. El ojo está abierto, pero si quedára en tal estado, de seguro al tiempo de coser rozaria el hilo, le troncharia. Es necesario, pues, *desbarbarle*. Para esto hay otro instrumento y otros operarios: y en seguida *escotarla, hacerle el sombrero* que ellos dicen: esto lo suelen hacer las muchachas.

¿Y la punta?—Aguarden vds. que antes es menester *templarla*. Para *templar* las agujas se las coloca sobre un hierro plano, estrecho y un poco encorbado á los lados, se le coloca sobre un fogon sostenido con una tenaza, y cuando han adquirido el temple de calor conveniente, se las echa en un cubo ó herrada de agua fria. Operacion importante y delicada, como la otra de que antes os hablé. De aquel temple y de este pende su buena ó mala calidad. Si el temple es demasiado duro, se saltan; si es demasiado flojo, se doblan. En el punto está el *busilis*. Para eso la operacion del temple se rectifica con la del *reconocimiento*. Para reconocerlas se las estiende sobre una plancha de hierro colado sobre un escalfador, donde se calientan á ojo prudente del operario, que luego las experimenta golpeándolas con un martillo para enderezarlas. En seguida se separan las malas de las buenas. Esta operacion de *separar* es una de las que mas tienen que ver, y donde se admira mas la agilidad, el tacto y la destreza de aquellos oficiales.

Nos falta pulirlas; pero no nos falta poco. He aquí como se practica la operacion de *pulir*. Se toman doce ó quince mil agujas; se las coloca en pequeños paquetitos sobre un pedazo de terliz nuevo, espolvoreado con polvos de esmeril: se echa otra capa de esmeril rociado de aceite sobre las agujas; se enrolla la tela, se forma un saco que se ata por ambos extremos, se aprieta con cuerdas, y esta morcilla asi enrollada se lleva á la mesa de *pulir*, que suele ser rectangular, bastante sólida, y con sus abrazaderas correspondientes; y allí por medio del vapor se hace ir y venir, y frotarse y refrotarse las agujas, que por este medio reciben el primer pulimento. Se les saca de la bolsa, y se las

echa en legía de agua caliente y jabon, para que suelten la bascosidad formada por el aceite, el esmeril y las partículas de acero que se desprendieron con el frote; que es el pulimento segundo.

Ustedes creerán acaso que hemos concluido. Pues no, hijas mías, que ahora vamos á *aventarlas*. Al efecto, despues de la *legía* las envolvemos en salvado húmedo, las metemos en una caja cuadrada que colgamos al aire, y con una llave ó manubrio les vamos dando vueltas, meneándolas y oscilándolas hasta que se secan los salvados. Con las frotaciones del *pulidor* y con el roce del *aventador* es muy fácil que algunas se hayan despuntado: para eso es la segunda operacion de *escoger*, para separar las malas de las buenas. Llegamos á la última maniobra, la de *afinar*. Un obrero toma entre los dedos una buena hilera de agujas, y acaba de apuntarlas en una rueda de esmeril que tiene en continuo movimiento con la otra mano. Ya no falta mas que clasificarlas, contarlas é irlas empapelando en pequeños paquetes, cuya operacion, que parece sencilla, se divide en otras veinte operaciones subalternas, en que se ocupa una numerosa seccion de jóvenes adultas.

En casi todas las maniobras que acabo de describir es necesario tener las agujas colocadas en hileras ordenadas, es decir, en una misma direccion, puntas con puntas y ojos con ojos; y es tal la práctica y destreza que en esto tienen los operarios, que tomando del confuso monton un puñado de agujas en cada mano, las zarandean con tal agilidad y soltura que en un punto imperceptible de tiempo se vé todas las puntas vueltas de un mismo lado.

Aqui teneis, hermanas mías, en resúmen las operaciones que sufre antes de llegar á vuestras manos ese pequeño instrumento que tan despreciable parece. Ochenta y tantos oficiales han cooperado á la elaboracion de esa arma diminuta para ponerla en el estado en que la veis. ¡Sastres! ¡Costureras! Vosotros todos los que por oficio ó por diversion habeis siquiera una vez manejado una aguja! Si acaso sois de los que creen que este mundo

ha sido obra del acaso, y que no hay un supremo hacedor omnipotente, venid acá y decidme: si para hacer una aguja se necesitan ochenta y tantos colaboradores auxiliados de una complicada maquinaria, ¿en qué cabeza redonda cabe que no haya sido necesario un poder sobrenatural, una sabiduría infinita para hacer esta gran máquina que llamamos mundo!

De los departamentos de agujas pasamos á los de alfileres. De buena gana me detendría á describir las no menos variadas y curiosas operaciones por que pasa cada alfiler, sino temiera hacerme molesto á mis lectores. Tirabeque andaba lelo: todo lo queria ver, de todo se queria informar, pero en nada acertaba á fijarse, y todo era para él algaravía y confusion. Pero él me decia no obstante: «Señor, aunque yo ahora me encuentro un poco confuso, conozco que esto está muy sábiamente arreglado: asi como esta fábrica de agujas y alfileres quisiera yo que estuvieran allá las oficinas, y no que no comprendo yo cómo pueden estar allí distribuidos los trabajos que un espediente de nonada tarda siglos en despacharse, y muchas veces no se sabe á quién pertenece.

Me reí de su comparacion, y pregunté al dueño si me ha-



ría el gusto de venderme algunos paquetitos de diferentes clases, á que me contestó con su natural amabilidad que podía llevar cuantos gustára. Hicimoslo así los dos, adquiriendo bastante porcion de ellos por una muy módica cantidad, y admirándonos sobre todo el gusto y la elegancia de las cubiertas, que figuraban, ya libritos de memoria, ya pequeñas carteritas y tarjeteros, y ya otros mil caprichos propios para satisfacer el de cada comprador.

Concluiré refiriendo una circunstancia digna de atención. Habia yo elegido, entre otros, dos paquetes cuyas carpetas me habian gustado. Los vió el fabricante y me dijo: «¡Oh! perdonad, yo no puedo permitir que lleveis estos paquetes: las agujas que encierran son las de peor calidad: ¿no habeis reparado que el sello y el lema de la cubierta están en inglés?—Verdaderamente (le dije) no habia notado esta circunstancia.—Por eso os la hago yo notar: voy á usar con vos una confianza, porque me habeis parecido ingénuo. A las agujas de peor calidad les ponemos cubiertas inglesas, las hacemos esportar como inglesas al extranjero, y....—Vamos, así desacreditan vds. las fábricas inglesas, ¿no es eso?—Y bien, vos lo habeis acertado: yo he creído deberos hacer esta confianza.—Y yo os la agradezco muy de veras.»

Admiré su franqueza; me despedí de él dándole las debidas gracias por su obsequiosidad, y salí muy complacido, pero sin echar en saco roto el *busilis* de las cubiertas inglesas.

VÁMONOS.

Dispusimos partir al siguiente dia de la antigua capital del imperio de Carlo-Magno. Bien sentiamos que no estuviera todavía corriente el camino de hierro que ha de poner en comunicacion á *Aix-la-Chapelle* con *LIEJA*, pero en su defecto tomamos plazas en la diligencia de *Van-Gend y compañía*, que sale

tres veces diariamente de uno á otro punto. Nosotros aprovechamos la de la madrugada. Esta diligencia tiene una particularidad que no habia visto en otra alguna: todas las plazas son iguales: todas cuestan 7 francos, 70 céntimos.

A las 8 de la mañana ya habíamos dado vista á las dos aduanas, prusiana y belga, la primera con su gallardete blanco y negro, la segunda con sus fajas encarnadas, amarillas y azules; que son los respectivos colores nacionales de cada reino. Ya estamos otra vez en la Bélgica; cesó la algaravía holandesa y alemana; con esta gente ya nos entendemos; ya parece que estamos en nuestra tierra.

Tomamos en LIEJA el camino de hierro, pasamos por LOVAINA, MALINAS y GANTE, torcimos á COURTRAY, nos despedimos de los caminos de hierro, saludamos la plaza de MENIN, entramos en el norte de Francia, sufrimos el escrupuloso registro de su primera aduana, y descansamos un par de dias en LILA.

¡OTRA VEZ FRANCIA!

A la manera que un rico venéreo de precioso metal escondido en las entrañas de la tierra se anuncia siempre á mas ó menos distancia por señales y vetas metalúrgicas que van indicando al especulador la direccion que debe dar á sus trabajos para topar con el filon, objeto de sus ánsias y desvelos; asi el carácter, genio y fisonomia de cada nacion ó pais empieza á traslucirse, se deja sentir anticipadamente á mas ó menos distancia de sus límites y fronteras por ciertas avanzadas, que como los efluvios y emanaciones que se desprenden de las sustancias odoríferas, anuncian lo que aproximándose un poco se vá á encontrar.

¿Desde dónde os parece, lectores míos muy amados, que empezamos á sentir nosotros la aproximacion á la especuladora Francia, que empezamos á experimentar las estudiadas zalame-

rias de los franceses? Desde Gante nada menos, á distancia de algunas paradas de diligencia y de algunas estaciones de convoy de vapor. Allí llegan las avanzadas de los empresarios de las diligencias francesas: allí, hasta en el corazon de la Bélgica, penetran los comisionados (*commis*) de las empresas en busca de viajeros: allí, no bien habíamos descendido del carruaje, se nos presentó uno que venia nada menos que de *Lille*, preguntándonos: «Señores (precedido por supuesto el infalible «*pardon*»), ¿por casualidad pensais dirigiros á Francia?—Ciertamente, le respondí yo.—En ese caso, señores, tengo el honor de ofreceros mis servicios, por si gustais aceptarlos. Yo os proporcionaré buen carruaje hasta Lille, y aun hasta París; os llevaré á los mejores hoteles; saldreis sin deteneros, si gustais, ó descansaréis lo que tengais por conveniente, para lo cual os informaré de las diferentes horas de salida de las diligencias de la empresa de que soy comisionado; cuidaré desde este momento de vuestros bagajes; tomáos la molestia de decirme las letras con que van marcados, y descuidad en mi celo; os haré cuantos mandados se os ofrezcan: si necesitais de mí, tomáos la pena de darme una voz, y acudiré solícito: mi nombre aqui le teneis, tomad mi *adresse*: ¿en qué puedo serviros ahora?—En nada,



respondió Tirabeque, sino en que no seais tan lagotero, porque me apesta tanta zalamería: para ofrecer á un hombre sus servicios ¿es necesario tanto arrumaco?»

No pude menos de admirar de nuevo, yo Fr. Gerundio, hasta donde llevan los especuladores franceses su ingenio mercantil. Ya no son los viajeros los que tienen que molestarse en buscar los medios de traslación; son ellos los que salen á buscar los viajeros hasta el corazón de un reino extraño, los que se anticipan á guiar al extranjero por un país que no conoce, los que se adelantan á ofrecerle sus servicios, los que le previenen sus gustos y necesidades. Hé aquí, me decía yo, otra vez la Francia. ¿Cuándo harían esto los españoles? Y me respondí á mí mismo con *Mr. Molé*: jamás»

LILA (EN FRANCÉS LILLE).

La jornada de aquel día había sido larga, y nuestras humanidades necesitaban bien de descanso. Con este motivo el coloquio nocturno con Tirabeque en la capital del departamento del Norte de Francia tuvo que ser breve. Su sueño no me dió mas lugar que para enterarle de que LILA había estado bajo la dominación española en el siglo XVI, siendo una de las plazas que después nos conquistó Luis XIV, y que quedó suya por los tratados de *Utrecht* y de *Aix-la-Chapelle*. Cuando le dije que en 1815 se había detenido en ella Luis XVIII un día entero antes de dejar la Francia, ya Tirabeque me avisó con un ronquido haber dado *satis* á la lección de historia.

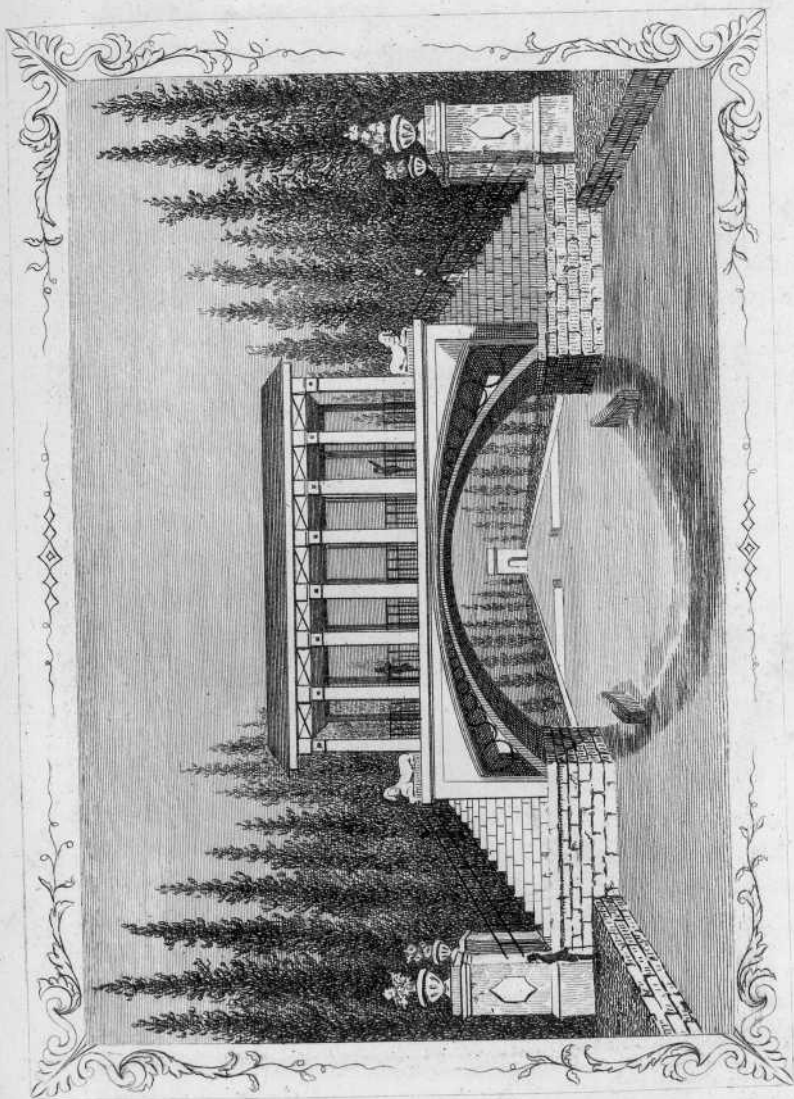
Al día siguiente salimos temprano á recorrer aquella ciudad de 70.000 habitantes, y una de las mas fortificadas que tienen los franceses, y aun la Europa. «¿A que no sabes, Pelegrín (le dije), qué es lo primero que vamos á visitar en LILA?—No lo sé, señor.—Discurre tú á ver si te acuerdas qué español célebre ha estado en esta ciudad en esta última época.—Español céle-

bre, mi amo.... no sé de ninguno.—¡Desmemoriado que tú eres! ¿Dónde confinaron los franceses á *Cabrera* luego que se refugió á Francia?—Es verdad, mi amo; ¡majadero de mí! ¿pero está aquí todavía, señor?—No, hombre; ¿no sabes que ahora está en la isla de Hieres, donde le trasladaron porque en este pais se le resentia la salud al pobrecito?»

Previne, pues, á nuestro *commissionaire* que nos dirigiera antes que todo á la ciudadela. A la exhibicion de nuestros pasaportes de estrangeros nos fué permitida fácilmente la entrada. Hallábase cuajada de tropas, restos del ejército de observacion que el gobierno francés habia hecho aproximar á las fronteras de Bélgica con motivo de aquel amago de conspiracion orangista que en Bruselas se habia descubierto. Recorrimos á nuestro sabor la ciudadela, obra maestra del famoso *Vauban*, cuya principal defensa consiste en las aguas que llevan sus dos hileras de fosos, y que en su forma se semeja mucho á las de Pamplona, Amberes, y casi todas las ciudadelas de alguna consideracion. Preguntamos al guia por la morada que habia sido de *Cabrera*: él no la sabia, pero un oficial á quien se dirigió se prestó amablemente á enseñárnosla: la ocupaba á la sazón un coronel. En el pequeño rato que permanecimos en ella notábase en la fisonomía de Tirabeque no sé qué impresion que le producian sin duda los recuerdos del inquilino.

Salimos, pues, de la ciudadela. Despues nos enseñó el guia el *café de Lion* donde acostumbraba á ir *Cabrera*, haciendo sus escapadas la mayor parte de las tardes, en virtud de la estrechez con que los franceses le tenian aprisionado, y de la rigurosa vigilancia que sobre él ejercia su policia, dejándole salir donde y cuando le acomodaba.

Cruzamos los bellos paseos de las afueras de LILA; pasamos por el elegante puente construido por Napoleon; recorrimos sus bellas, rectas, largas y bien construidas calles (escepto la infinidad de callejones sin salida, de que mas que otra alguna abunda aquella ciudad); visitamos sus templos; algunos de sus muchos establecimientos científicos, de beneficencia ó de puro



Puente de Napoleón en Lille.



recreo; su palacio de justicia, de nueva construcción, elegante arquitectura y lujosos pavimentos; su teatro, cuya fachada principal se estaba levantando con ostentación; su museo de cuadros de la escuela flamenca, en que por no dejar de hallar en todas partes á *Rubens* nos encontramos con un *San Francisco* y un *San Buenaventura* suyos; sus puertas ricas de esculturas, algunas de ellas imponentes y magníficas, como la de París, su almacén de granos, con 400 ventanas; su hospital general, de bellas é inmensas dimensiones; su biblioteca de 24,000 volúmenes; y no me acuerdo que otros monumentos, que los tiene muchos y muy notables aquella capital del 16.º distrito militar de la Francia.

LILA se puede llamar también la ciudad de los molinos de viento: no por docenas, por centenares se cuentan en sus afueras estas máquinas importadas del Asia, y de cuyo mecanismo tanto se ocupó *Daniel Bernoulli*.

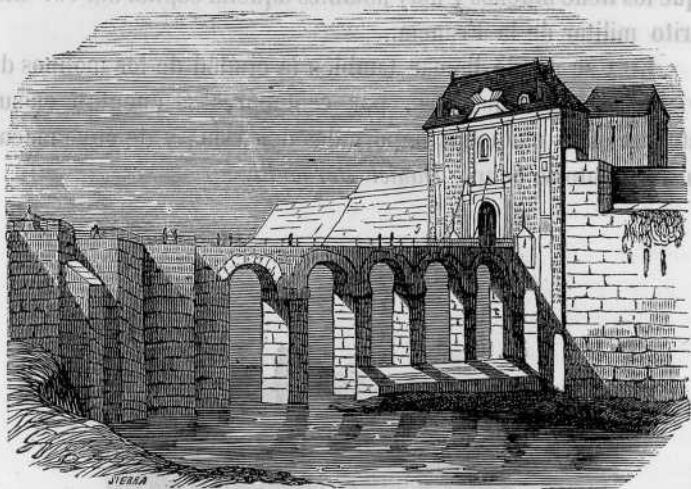


hecho también alguna vez en Casarza.—En efecto que se hizo, Pelerin. En 1520 se celebró aquí un tratado de paz entre Carlos V y Francisco I.—Ya decía yo: sobre que llevo la espesa llena de paces! Y no fué esto también de los españoles en otros tiempos.—Y mucho que lo fué. nada menos que por cerca de un siglo.

recreo; su palacio de justicia, de nueva construcción, elegante arquitectura y lujosos pavimentos; su teatro, cuya fachada principal se estaba levantando con ostentación; su museo de cuadros de la escuela de Rubens, que por no dejar de hallar en todas partes á Rubens, se adornó con un gran número de cuadros y un gran número de sus pinturas ricas de escultura y de otras imágenes y maravillas, como la de

CAMBRAY.

Continuamos nuestra ruta, y á las ocho de la noche llegamos á CAMBRAY, ciudad de 18,000 habitantes y 5,000 pobres, tam-



bien fortificada y con ciudadela. Aquí nos concedió el conductor ocho minutos de descanso para tomar un té.

«Diga vd., mi amo, me preguntaba Tirabeque, ¿no se ha hecho también alguna paz en CAMBRAY?—En efecto que se hizo, Pelegrin. En 1529 se celebró aquí un *tratado de paz* entre Carlos V y Francisco I.—Ya decía yo: ¡sobre que llevo la cabeza llena de paces! ¿Y no fué esto también de los españoles en otros tiempos?—Y mucho que lo fué: nada menos que por cerca de un siglo.

—¡Ay! mi amo, mi amo! ¡Lo que vá de ayer á hoy! Ayer todas las tierras que hemos corrido eran nuestras, y hoy somos en ellas tan extranjeros como los chinos; ayer éramos los amos, y hoy no nos entienden el habla. Muchacha, abrevia con ese té, que se pasan los ocho minutos.»

Ni la hora ni la premura del tiempo me permitieron ver el monumento erigido por David en honor del famoso *Arzobispo de Cambray*, el inmortal FENELON.

«Al carruage, señores, gritó el conductor, que se han pasado los ocho minutos.»

Pero no puedo menos de referir lo que en CAMBRAY nos pasó con los pasaportes, en prueba de lo bien montado que los franceses tienen este ramo de policía.

Como unas tres leguas antes de CAMBRAY nos fueron pedidos los pasaportes á todos los viageros. Los entregamos sin salir del carruage: vimos que un empleado entraba con ellos en una oficina: el carruage continuó sin detenerse, y los pasaportes quedaban allí. ¿Cuándo y cómo nos son devueltos nuestros pasaportes? Con no poco recelo veníamos en verdad, y no sin fundamento, porque el carruage no se detenía, y no veíamos el medio de poder recuperarlos, mucho mas cuando se nos anunció ser tan corta la detencion en CAMBRAY. Pues bien, al montar en la diligencia en esta ciudad, he aqui un empleado que se aparece diciendo: «*voilà, Messieurs, vos passeports.*» Ya estaban refrendados. Aquel empleado del gobierno habia ido en posta á alcanzar á los viageros. El conductor sabia que á los ocho minutos estaría allí infaliblemente. Entretanto se relevaba el tiro, y los viageros tomaban su refaccion. ¡Admirable exactitud en el servicio público, é ingeniosa combinacion para no irrogar la mas pequeña estorsion ni causar el mas minimo detenimiento á los viageros!

SAN QUINTIN.

Las tres de la mañana eran cuando se estaba haciendo el relevo de caballos en SAN QUINTIN. Pocas impresiones de sorpresa habré recibido en mi vida mas agradables que la que me causó el oír el *carillon* del elevadísimo campanario de la antigua catedral de SAN QUINTIN, tocar, para dar las tres, con toda la perfeccion que pudiera hacerlo la mas armoniosa orquesta el himno de los *Puritanos*:

Suona la tromba é intrépido....

La noche estaba clara y serena; el silencio no podia ser mayor; la sensacion que causaba era indefinible; el placer de un género extraño y enteramente nuevo.

«Señor, me decia Tirabeque; San Quintin, San Quintin.... aqui seria *la de San Quintin*.—En efecto fué aqui, Tirabeque; y no creas que tengo poca satisfaccion en hallarme en esta célebre ciudad; lo que siento es no poder detenerme en ella.—Y diga vd., mi amo: ¿qué fué esa de *San Quintin*, que siempre estoy oyendo: *hubo la de San Quintin, habrá la de San Quintin?* qué diablos fué esa de *San Quintin*, que tanta memoria ha dejado?—Voy á explicarte lo que fué *la de San Quintin*.

Hasta las cercanías de SAN QUINTIN se estendia la dominacion española en tiempos de Felipe II. Los franceses habian quebrantado una de esas paces de que tú llevas la cabeza llena, y deseoso el monarca español de vengar esta injuria y esta falta de fé al tratado, entregó un poderoso ejército á Philiberto de Saboya, que sucedió á doña María en el gobierno de Flandes, para que se acreditase con algun hecho famoso que impusiera

á los franceses. Determinó, pues, el nuevo general en jefe hacer una hombrada. SAN QUINTIN era entonces la plaza fronteriza que tenian mejor guarnecida y con mas cuidado vigilada los franceses, y por lo mismo se empeña Philiberto en tomar á SAN QUINTIN, y le pone sitio, y la estrecha mas y mas. Esto era en 1557.

Sostenia el almirante Coligny las esperanzas de la guarnicion. Montmorency que le habia ofrecido socorros, puso en movimiento un ejército de 23,000 hombres, y mandó colocar la artillería en una altura, y que tirase continuamente y sin cesar contra el enemigo. Audelot, hermano de Coligny, trató de introducir socorros con barcas por la laguna, pero sobre no haberlo podido lograr, salió herido y tuvo que refugiarse á la ciudad con muy pocos. Entonces el saboyano, jefe del ejército español, se determinó á dar una batalla decisiva. Y entonces fué, Tirabeque, cuando hubo la de *San Quintin*. La caballería española embistió con tal ímpetu y tal pujanza, que desordenados los escuadrones y los coraceros franceses, dieron en su misma infantería, causando en ella un horrible estrago. Los escuadrones españoles la perseguian por todas partes victoriosos, y no se vía por los campos de *San Quintin* sino franceses muertos, heridos ó fugitivos, que formaban el mas triste y doloroso cuadro que se puede imaginar.—Alegre y divertido, dirá vd., señor, no que doloroso y triste: que la paguen, que bien lo.....—Calla esa boca, hombre; ¿no ves que estamos entre ellos?

Diez mil franceses aseguran los historiadores que murieron, entre ellos sus principales gefes, el vizconde de Turena, el vizconde de Montmorency, el hijo del conde de Pompignan, Claudio de la Recheovard, Juan, duque de Enghien, hermano del principe de Condé, y otros muchos. Quedaron prisioneros el condestable Montmorency, general del ejército, su hijo Mompensier, Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mantua, el mariscal de San Andrés, Rochemen y el Ringrave, coronel de los alemanes. Se asegura, Pelegrin, que fueron hechos prisioneros 2,000 nobles y 4,000 soldados, y que se tomaron 20

cañones, 90 banderas y 300 carros de municiones y bagages. Mira si fué memorable *la de San Quintín*. Los nombres de los que se encontraron en esta batalla son célebres y lo serán siempre en la historia, los unos por la derrota y los otros por el triunfo. Y lo mas gracioso fué, Pelegrin, que esta victoria costó muy poco á los españoles.

Tan gozoso fué este dia para nuestros compatriotas, que el rey Felipe II en conmemoracion perpétua de él, edificó el Escorial,



Felipe II.

rial, dándole la advocacion de San Lorenzo, en memoria acaso de haber sido el dia de San Lorenzo cuando Montmorency puso en movimiento sus tropas, y en su virtud se decidió el general español á dar *la batalla de San Quintín*.

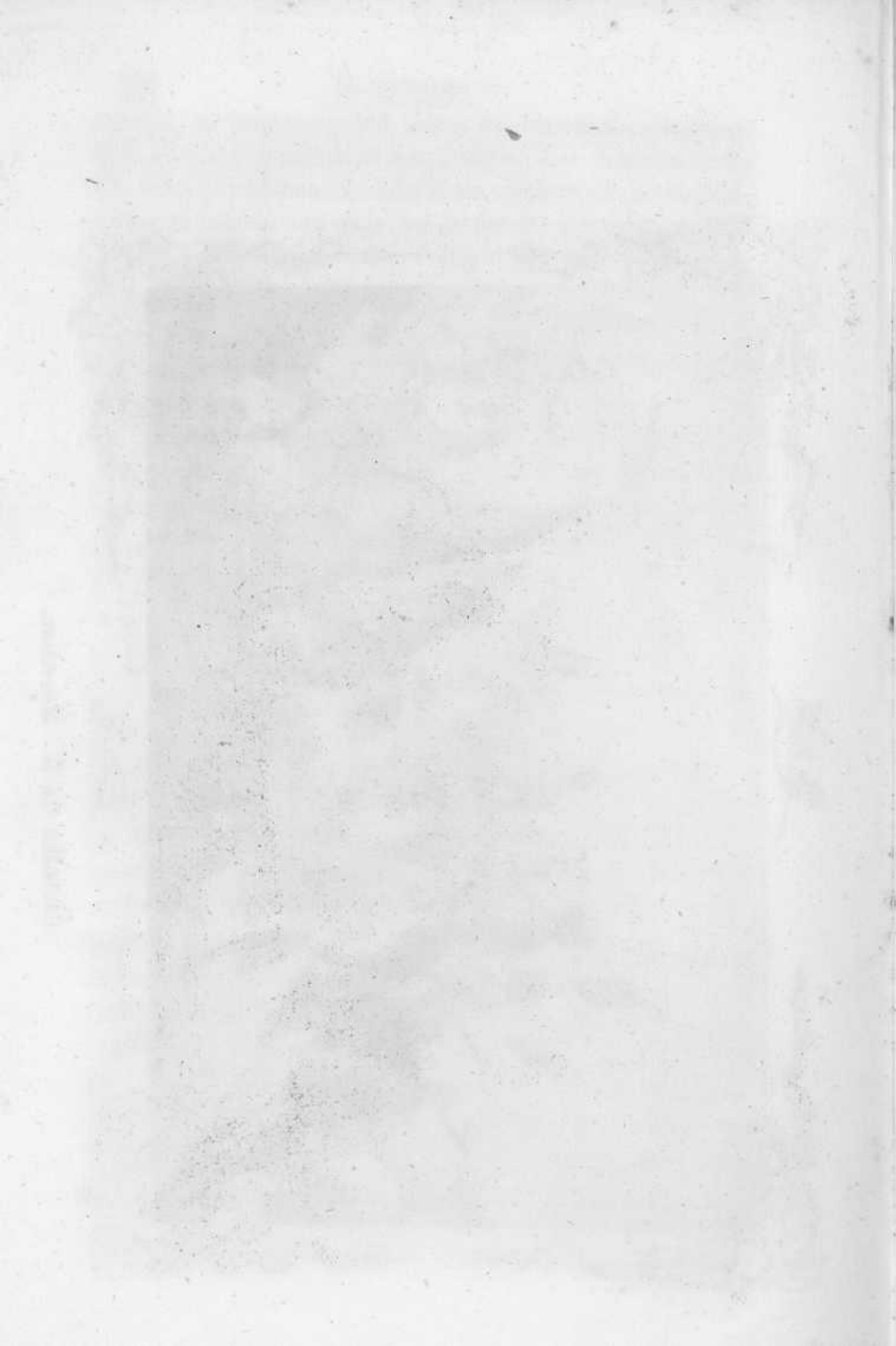
«Señor, confieso que no tenia noticia de nada de cuanto vd. me acaba de referir, y que me ha dado vd. un buen rato; que aunque con agua pasada no muele molino, bueno es que á los españoles nos haya quedado que contar. Ahora ya miraré yo el Escorial con mas aficion que antes; y cuando oiga decir: *«habrá la de San Quintín,»* preguntaré al que lo diga: «¿á que no sabe



Marcelino q.

Vallejo d.

Batalla de S.^{ta} Quintin.



vd. cuál fué *la de San Quintín?*» Regularmente no lo sabrá, y entonces le diré yo: «pues amigo, á correr tierras como yo, que viajando se aprende.»

Aun tenia Tirabeque la palabra en la boca cuando le interrumpió el ruido del carruage que echó á rodar por aquel maldito arrecife de piedra que hay de *Lila* á *PARIS*, que así dá magullamiento al cuerpo como atronamiento á los oídos.

Dejamos, pues, á *SAN QUINTIN*, célebre en el día por sus muchas y escelentes fábricas de batistas, blondas, encajes y otros tegidos: y continuando nuestra marcha, pasamos por *Compiègne*, de inolvidables recuerdos para mí (1); y al día y medio de haber salido de *LILA*, y con el quebranto consiguiente á una marcha de 58 leguas sin descansar, dieron fondo nuestras dos humanidades reverendas al anochecer, en la infernal y celestial *PARIS*.

DE PARIS A BAYONA.

Otro medio volúmen seria necesario si hubiera de trasladar el papel las nuevas observaciones que tuvimos ocasion de hacer en los días, que por vía de descanso, permanecemos en esa ciudad-mundo que llaman *PARIS*. Porque estar en *PARIS* y no ver cada día cosas nuevas envuelve algo de contradiccion, y es una semi-imposibilidad.

Refrendamos, pues, nuestros pasaportes para España, y habilitados de nuestros respectivos billetes de diligencia, porque de la *malle-poste* no nos fué posible adquirirlos, nos empaquetamos á las siete de la noche en una de las de *Lafitte-Caillard*, y tomando otro camino del que á la ida habíamos llevado, pasamos por *Versalles*, *Chartres*, *Vendôme* etc. y al cabo de dos días y tres noches de andar despacio y comer de prisa, de dormir poco y no descansar nada (que al mas paciente le recomiendo las no-

(1) Tomó primero.

ches y los dias que se pasan viniendo en diligencia de París á Burdeos), llegamos asendereados y sin hueso que bien nos quisiera á la capital de la Girona.

Alli se vengaron nuestros cuerpos y nuestras lenguas; aquellos entregándose al quietismo y al reposo, estas ejercitándose con los amigos, que no sé de cual de las dos cosas recibimos mas placer, si de dar descanso al cuerpo, ó de dar ensanche al espíritu, á aquel en desquite de sus largas fatigas, á este en recompensa de su prolongada privacion de hablar y departir con amigos y compatriotas,

Satisfechas en la parte posible estas dos necesidades, salimos para Bayona. ¡Qué silenciosa y qué yerma parece la ciudad de Burdeos, y qué desaliñado y qué pobre se encuentra el mediodia de la Francia, aquella cuando se acaba de dejar á París, y este cuando se viene de los paises del norte!

Hecho otro pequeño descanso en Bayona, nos disponemos á hacer nuestra entrada en España.

POR UN LADO SI, Y POR OTRO NO.

Notable y singular es la lucha de encontrados afectos, y de opuestos sentimientos y deseos que experimenta un español al resolverse á regresar á su patria; lucha que se aviva tanto mas cuanto se acerca el momento de verificarlo. Se entiende cuando no es un español desnaturalizado; cuando es un español en quien el *amor patriæ* se ha conservado puro y no ha sufrido menoscabo ni desperfecto, y vuelve tan español como habia salido; cuando *hispani ibant et revertebantur*, como nos sucedia á Pelegrin y á mí.

Por una parte se siente dejar unos paises que las circunstancias de los últimos tiempos han favorecido mas que al país propio; unos pueblos que respiran prosperidad y abundancia;

que ofrecen regalo y comodidades al cuerpo, deleites y placeres al espíritu, pasatiempos á escoger al desocupado, y cosecha de provechosas lecciones al estudioso. Por otra parte se ansía volver á pisar un suelo favorecido por la naturaleza, recibir las influencias de un cielo alegre y privilegiado, respirar el aire español, beber las aguas puras de la tierra natal, que en vano se buscaron con avidéz desde que se puso la planta en el suelo extranjero.

Por una parte se siente salir de unos países donde se goza de una paz envidiable, donde se tiene una seguridad individual completa; para entrar en otro país agitado de discordias políticas, y donde el individuo y sus intereses no están seguros de ser atacados en los caminos, en las poblaciones y en las mismas casas. Por otra parte se anhela dejar unos pueblos donde el egoísmo tiene sentado su trono, donde el interés es el móvil único universal de todas las acciones, donde no se conoce la franqueza, donde todo es simulacion, todo esterioridad, todo mentira; para entrar en el país de la franqueza y de la hidalguía, en el país del corazon y de los sentimientos sublimes, en el país donde se ama por inclinacion, donde se ofrece con desinterés, donde el ofendido sale al encuentro al ofensor y le manifiesta su resentimiento cara á cara.

Pero en esta lucha de encontrados afectos, experimenta el español una fuerza interior, irresistible, que le arrastra hácia su amada España, que le hace quererla con todos sus defectos, suspirar por ella, no ver llegado el momento de pisar tierra española; no se aparta de su imaginacion el puente de Behovia, y apenas dará un paso sin decir: «¿cuándo me veré yo del otro lado del puente!»

Y cuenta las jornadas que le faltan, y cuenta tambien las leguas y las horas que van pasando, y dice para sí, como yo Fr. Gerundio decía; «si yo que salí de mi patria temporal y espontáneamente, si yo que acabo de hacer un viage de pura instruccion y recreo, con tal cual comodidad y sin sufrir privaciones, con la libertad de volver á mi patria cuando mi independiente vo-

luntad lo determine, siento esta impaciencia, esta ansiedad, este deseo vehemente, este aguijante anhelo de verme restituido á mi patria, ¿qué no sufrirá el infeliz expatriado á quien sus delitos, ó sus errores, ó su desgracia, ó quizá tambien sus virtudes tienen cerradas las puertas de la patria, ó indefinidamente ó para siempre, y se vé reducido á alimentarse del negro y amargo pan que acaso la compasion estraña le proporciona?» Y dábanme lástima, y conmiseracion y grima. Y no obstante, añadía yo: «en el estado de agitacion, de intolerancia y de recrudescencia á que han llegado en España las pasiones políticas, ¿será estraño que algun dia me toque venir á aumentar el número de los desgraciados que ahora compadezco? ¡Ah! ¿qué español puede decir en esta época: yo no me veré precisado á emigrar?»

Para deshechar estas tristes ideas le dije á mi Tirabeque: «parece, Pelegrin, que te alegras de volver á España.—Señor, me respondió, por un lado sí, por otro nó.—¡Hola! ¿y se puede saber por qué lado te alegras, y por qué lado lo sientes?—Señor, por un lado siento que se acabe esta vida que traíamos, que de puro buena algunos ratos me parecía mala: por otro lado estoy deseando perder de vista estos arrastrados de extranjeros que no cobran ley á la camisa que traen puesta, y tengo ya unas ganas de entenderme con los míos, que desde luego ofrezco un abrazo al primer mayoral español que se nos depare.—Y yo ofrezco tambien hacer una pequeña demostracion á los soldados que se hallen de guardia en el puente de Behovia para que echen un *piscolavis* en honra y gloria de nuestra vuelta á España.

LA ENTRADA.

Inesplicable fué la alegría de Tirabeque al dejar la última diligencia francesa y entrar en la primera española. Tendió los brazos en toda su longitud, y en seguida estrechando en ellos al mayoral, le decía: «feo eres, así Dios me salve (y era así la ver-

dad), pero se conoce que eres español legítimo, y te abrazo con toda mi alma y todo mi cuerpo con mas gusto que si fueras una



Venus del Olimpio; y si como tienes esas barbas de á pulgada, estuvieras afeitado, te habia de dar un beso mas apretado que el que dí á las reliquias de Santa Ursula y las once mil vírgenes.»

Es de una naturaleza particular é indefinible la sensacion de gozo que experimenta el español, cuando despues de la silenciosa y triste monotonía de los conductores franceses vuelve á oír por primera vez la alegre vocinglería de los mayores y zagales españoles, los gritos de: «*valerosa, pulida, coronela: ¡ay! si voy allá! por vida de Jesus me valga esa panadera! ¡la corza! ¡la corza! déjala, no la mates: rrrrá.....*»

Y aunque á los ocho pasos tenga que detenerse el carruage por que se rompió una cuerda y se enredaron otras (cosa que no se ha visto en 800 leguas andadas por el extranjero), esto mismo hace gracia, y se convierte en sabrosa salsa y alegre risa.

Al repasar el Bidasóa el corazon se ensancha naturalmente, y naturalmente no puede menos de exclamarse: «gracias á Dios que estamos en nuestra tierra.» Hice llamar al sargento de guardia, cumplí mi promesa hecha á los soldados, de lo cual ellos no se manifestaron pesarosos; y dando tumbos el carruage, señal de haber entrado en calzada española, llegamos á Irún, donde los dos viajeros empezamos á recibir obsequios y demostraciones de afecto de parte de los oficiales de la guarnicion y de los empleados de la aduana, del correo, y demás, complaciéndome de pagar ahora este pequeño tributo de gratitud á aquellos hermanos, ya que otra ocasion no he tenido antes de poderlo hacer.

DAVID, JUDIO Y COJO.

No puedo dispensarme de hacer particular mencion de algunas circunstancias de la jornada de aquel día. Desde Bayona veníamos en compañía de varios españoles, todos de buen humor, y todos piés útiles y dispuestos para la broma y el *gaudeamus*, tan necesarios para neutralizar las molestias de un camino. Pero entre todos descollaba por la jovialidad de su genio, por su bulliciosidad y viveza, y por la oportunidad de sus chistes el célebre judío *David Séches*, comerciante de Bayona (1), hombre de mediana edad, buen *coram-vobis*, pero mas cojo que Tirabeque, testigo la muleta *sine qua non*.

(1) Por eso dije en nota á la página 9 del tomo primero, que parecia estar yo destinado á viajar con nombres del antiguo testamento. Empecé en el camino de Burgos con el niño *Moisés* (aunque cristiano de la nueva ley). En Holanda caminé con un *Samuel*: en Alemania viagé cou un *Josué*, y en Bayona se me agregó un *David*: amen de otros de que no he hecho explicita mencion.

He dicho «el célebre judío,» porque *David Séches* es realmente conocido y célebre por su buen humor, no solo en Bayona, sino tambien en las provincias vascongadas, á las cuales hace frecuentes viages, en las que tiene largas relaciones mercantiles, y cuyo trato y comunicacion le ha puesto al corriente y en aptitud de producirse y esplicarse con todo desembarazo no solo en español, si que tambien en vascuence. Asi, pues, el bueno de *David* tan pronto nos entonaba con su voz de sochantre una cancion española, como una zarzuela ó vaudeville francés, como un zorcico vasco: y pasando del: «*allons, enfans de la patrie*» de la Marsellesa, al «*serenos, alegres, valientes y osados*» del himno de Riego, y de este al «*tamborilúa, trám pam trám, chilibituchúa, chilibituva*» de Vizcaya, alborotaba los pueblos del tránsito, atraía los chiquillos al rededor del carruage, y á nosotros nos llevaba siempre entretenidos y alegres.

De las canciones pasaba á los cuentos, chascarrillos y acertijos, de que era un depósito inagotable, pudiéndoelas apostar al mismo autor de la *Floresta española*, si bien algunos no harian el mejor juego en una floresta por lo subido del color.

En los pocos ratos de intérvalo que ni cantaba ni contaba, se batian y escopeteaban Tirabeque y él en toda regla, versando comunmente sus polémicas y razonamientos sobre las cualidades de judío y de cojo, comun de los dos la una, é individual la otra, y ofrecianseles á uno y á otro chistes y ocurrencias que nos hacian reir mas de lo que ya buenamente nuestros cuerpos sufrían. Por la noche, cenando en Tolosa, discurrió Tirabeque una estratagema ó tranquilla para ver como arrancaba á David, aunque fuese momentáneamente, una confesion de fé en Cristo; y tomando en la mano un vaso de *sagardúa* ó vino de manzanas, se levantó, y haciendo levantar tambien al judío, le dijo en alta voz: «Señor David, ¿juras por Dios y por nuestro Señor Jesucristo que este vino no es de cepas?» Pero el muy ladino de David contestó á renglon seguido y sin vacilar: «Señor Tirabeque, juro por Dios y por vuestro Señor Jesucristo que no lo és.»

Pelegrin se quedó mústio con la respuesta diciéndome por



lo bajo: «Señor, me venció el maldito judío:» lo que en su boca tenía tanta fuerza como el «*vicisti, Galilée*» del emperador é impío Juliano. Celebraron todos la oportuna respuesta de David sin envidiarle la creencia: y el resultado fué que el tal David nos dió la jornada mas divertida que en mi vida viandante he tenido: él se quedó en Tolosa, y nosotros proseguimos al dia siguiente nuestra marcha.

DULZURA CASTELLANA.

Siendo como son las provincianas tan amables y tan dulces en su trato, se puede decir que hasta Burgos no espermentó Tirabeque, ó por mejor decir no renovó la memoria de la dulzura y amabilidad de las castellananas. Acostumbrado en los hoteles extranjeros á las blandas respuestas que por contestacion á sus requiebros le daban siempre por mal recibidos que fuesen,

tentó á hacer lo mismo en el parador de Burgos; y viendo á una morena y robusta doncella que la cena nos servia, «muchacha (le dijo), tienes unos ojos españoles que valen un mundo.»— ¡Mire vd. con qué me viene el demonio del hombre. (le contestó ella)! Los tengo como Dios me los ha dado: y sobre todo á vd. no le importan nada mis ojos, que para vd. no son.—Hija mia, replicó Pelegrin, bendita sea tu amabilidad.»

Pero aun no escarmentó con esta primer tentativa. Habiéndonos servido el primer plato, le probó Pelegrin, y hallándole un tanto soso, le dijo á la doncella: «Francisca, la sal que á tí te sobra le falta á esta ensalada.—Pues si le falta (le respondió), ahí está el salero; y sinó lo que no gusta se deja. Ahí tiene vd. tambien ensalada de cardo, que puede que esté mejor.—¿Qué mas cardo que tú, áspera hija del Cid, si cada respuesta tuya semeja, no digo una espina de cardo, sino una púa de erizo ó de puerco-espín? ¿Me podrá vd. decir qué tierra es esta, mi amo?—Tú te has olvidado, Tirabeque (le dije), del carácter de nuestras paisanas: tan áspera y esquiva como ves que te se ha presentado á primera vista esta muchacha, témome que habeis de concluir por haceros mas amigos de lo que sea menester.»

Y así fué que tan luego como se penetró de que era Tirabeque el que la requebraba, se desvivía por servirle, y concluyó rogándole de todo corazon que descansára algun dia en Burgos, á lo cual le conocía yo á él un tanto inclinado.—«Señor, me decia, estoy convencido de que no hay en el mundo criaturas mas entrañables y de mejor corazon que estas castellanas, —¿No te lo dije? Vamos, vamos á dormir un rato, que la diligencia sale á las tres de la mañana.

EN SU LUGAR, DESCANSO.

Nada de particular ocurrió de Burgos á Madrid sino la continuada comparacion que la pobreza de aquellos pueblos, la des-

nudez de aquellos habitantes, y el desaliño de aquellas posadas, nos daban ocasion de hacer con los pueblos, trages, y fondas de allende, y las reflexiones y meditaciones que sugería el contraste que con ellos formaban, las cuales convendrá pasar en silencio para bien de nuestras conciencias y tranquilidad de nuestros espíritus.

Llegamos, pues á Madrid sanos y salvos á los cuatro meses y medio de nuestra salida: entramos en nuestra celda, hicimos venir unos cuantos periódicos para informarnos del estado en

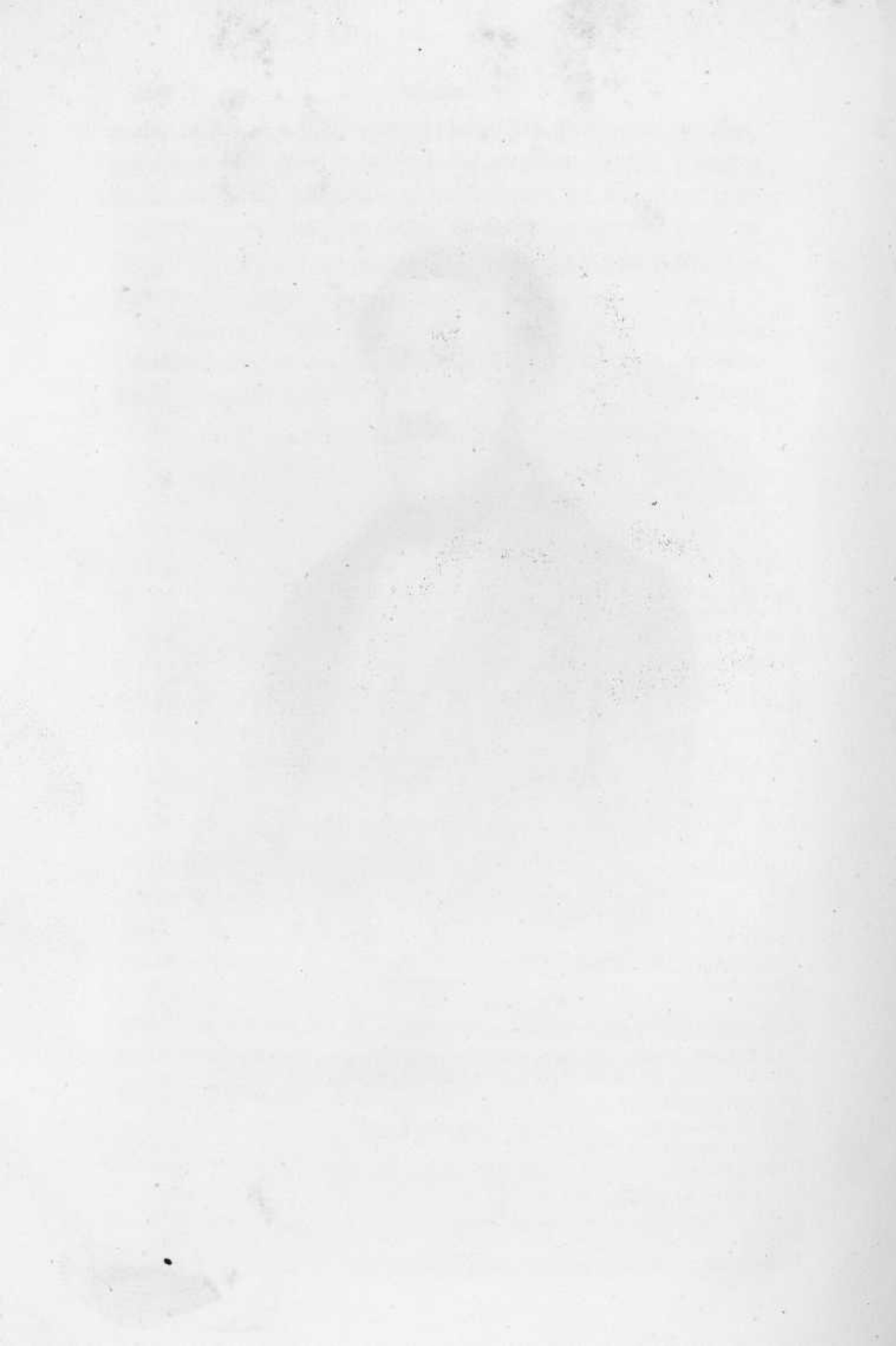


que á nuestro regreso se hallaba la España, y la encontramos.... para consuelo nuestro, unos cuantos grados mas descuadernada y mas desvencijada que la habíamos dejado.



D. MODESTO LAFUENTE.

(Fray Gerundio)



INDICE.

DE LOS ARTICULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	Págs.
BÉLGICA. Aduaneros y lectores.	4
De la línea á la capital	2
BRUSELAS. Noche historiada.	5
Día de historia.	8
Casa de Ayuntamiento	15
Un muerto de allá por un vivo de acá.	18
Diplomáticos españoles.	21
El niño haciendo aguas.	24
Plaza de los Mártires	27
Los ladrones	29
Palacio del príncipe de Orange	31
Y vá de palacios	34
Dialogo á cuatro.	36
Caminos de hierro.	38
Lieja.	49
Historia y topografía	51
Las de Mr. Cockerill y la de Mr. Lessoine.	52
Hallazgo de libros españoles.	55
Un oso entre la Virgen y San José.	57
La maravilla de Lieja. O'Donell y el capellan de coro.	59
La tierra de los Cristos.	63
Verviers.	65
Spa	66
La gruta de Remouchamps.	69
Lovaina.	77
Apertura de las Cámaras belgas.	81
Waterloo	85
GANTE. El guantazo de Carlos V	96
Calderon de la Barca.	100
San Bavon, y San Babilés.	102
¡Santa Bárbara bendita! ¡y que atrocidad de cañon!	104
Las carniceras princesas.	106
Setecientas monjas y un fraile.	108
Fábrica de paño continuo	111
Prision modelo.	112
La muerte á caballo, una vieja y un hermafrodita.	116
Los bibliotecarios y la bibliotecaria.	119
El casino.	120
Desmembramiento de la cuádruple alianza.	122

BRUJAS.	123
Cuentos de brujas.	125
Mas y mas brujas.	131
El mejor campanario de Europa.	134
El obispo y los canónigos.	136
Nuestra Señora y su gallo.	138
La Virgen de Miguel Angel, y las brujas al anochecer.	140
Carlos el temerario.	142
Un tesoro en un hospital.	146
El capuchino español.	147
OSTENDE.	151
AMBERES. Su fundacion, historia y topografia.	153
Recuerdos españoles.	156
La ciudadela.	159
La catedral y sus adherentes.	162
Santiago y Rubens.	167
Rubens y Van-Dyck.	168
La bolsa.	174
Lope de Vega.	175
Prepárense para marchar.	176
Salimos de Amberes.	177
HOLANDA. Ojeada histórico-geográfica.	179
BREDA. Esto muda de especie.	182
El caballo de Troya.	184
LAS ESTACIONES. Primera estacion. El paso de Moerdyk.	187
Segunda estacion.—El paso de Dordrecht.	188
Tercera estacion.—El paso de Isselmonde.	191
ROTTERDAM.	193
Casas, canales y comercio.	195
Erasmus.	198
El lienzo del aldabon.	201
Pot-Pourri de religiones.	202
Agua y mas agua.	204
LA HAYA.	208
Nuestro encargado de negocios.	209
El museo, y las vacas de Paul-Potier.	212
Curiosidades.	214
El bosque de hayas en la Haya.	215
Las botas de mi lego.	217
Leida ó Leiden. Inundacion anti-española.	221
El mar de Harlem.	225
Otro célebre sitio español.	228
Capitulo para músicos y organistas.	229
Capitulo para impresores y libreros.	232
Capitulo para jardineros y aficionados á flores.	234
Para ministros de gobernacion y directores de caminos y canales.	237
Mirémonos en este espejo.	238
AMSTERDAM. Teatro de variedades.	239
Idea general de la poblacion.	242

Calles, casas, coches y carros.	245
Ellas y ellos.	247
Comercio, industria y riqueza.	250
Adfabulatio.	255
Las fieras.	256
Museos, academias, templos, sociedades	258
BROEK, pueblo raro, singular, notabilísimo.	260
La jornada mas deliciosa.	264
UTRECHT. La comida.	268
El Domkerk, y el templo jansenista.	269
Gabinete de agricultura.	273
El papa Adriano VI.	276
La paz de Utrecht.	277
La universidad	281
ZEYST. Los hermanos moravos.	283
Cerros, bosques y tabaquerías	287
NIMEGA. El jorobado y las damas.	290
El reloj del ayuntamiento y el pabellon del duque de Alba.	292
PRUSIA. ¡Ay que noche!.	295
DUSSELDORF. Su categoría.	301
La fonda y el mercado.	302
San Francisco volando por los aires.	306
El jardin de la córte.	309
EL RHIN.	311
Poesia del Rhin.	314
COLONIA. Trato en el hotel.	319
Agripina	321
La obra del diablo.	323
Los reyes magos, y las once mil virgenes.	329
El pleito del arzobispo.	334
Agua de Colonia	335
Dietas, bailes, conciertos, máscaras, esposicion y loterías.	338
Abogado hablador.	339
Otra vez Rubens	340
Teatro.— Don Juan.	343
Recojamos velas.	id.
Nuevo camino de hierro.	345
AIX-LA-CHAPELLE. Los duendes.	347
Otros duendecillos de otra casta.	351
El célebre relicario	354
Treinta y siete emperadores y dos célebres paces	359
Agujas y alfileres.	363
Vámonos.	370
¡Otra vez Francia!.	371
Lila (en francés Lille).	373
CAMBRAY.	376
SAN QUINTIN	378
De Paris á Bayona.	381
Por un lado sí, y por otro no.	382
La entrada.	384

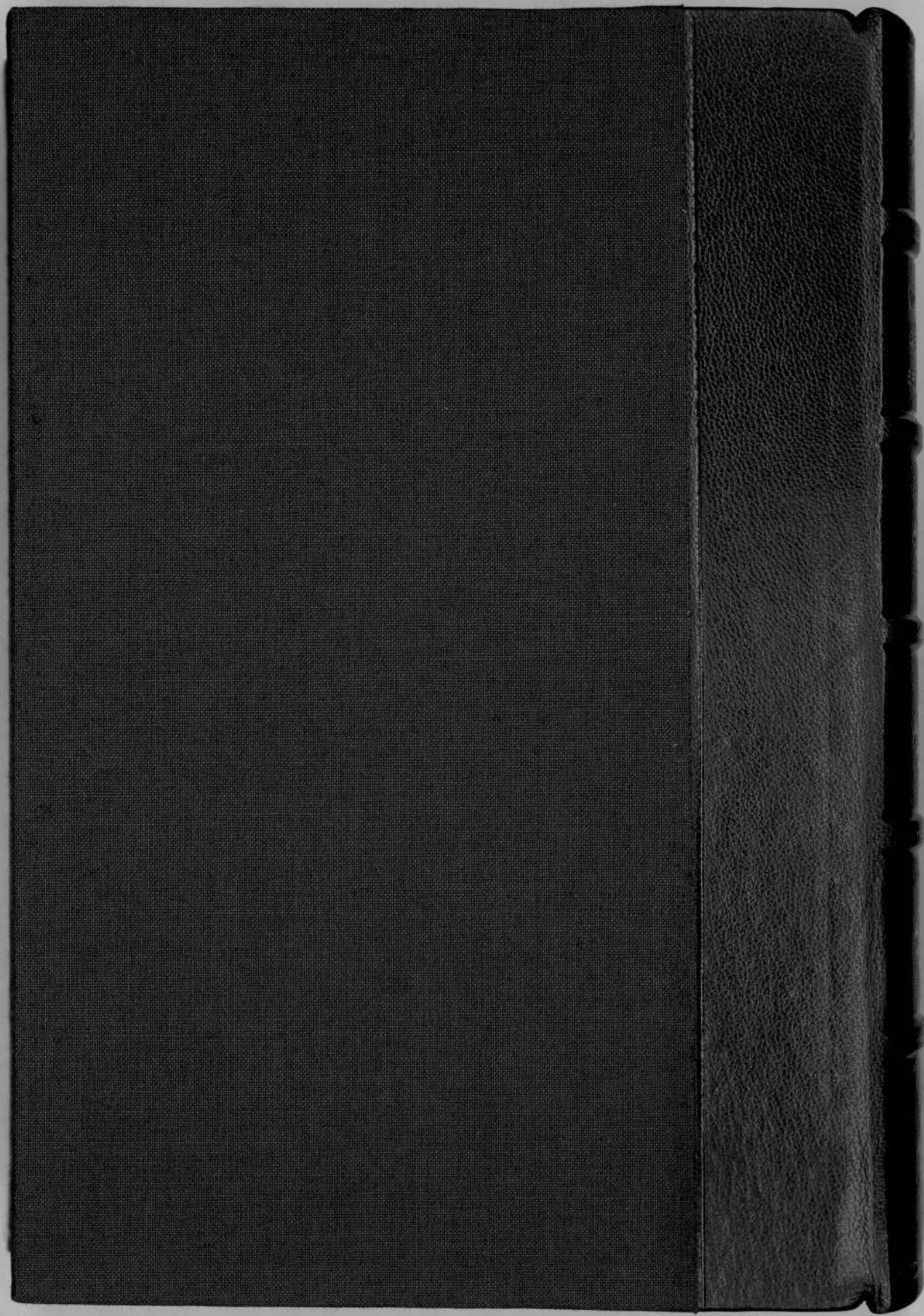
INDICE

DE LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Entregas.	Láminas.	Págs.
1. ^a . . .	Duque de Alba.	43
2. ^a . . .	Vista del Parque de Bruselas.	21
3. ^a . . .	Plaza de los Mártires.	28
4. ^a . . .	Tunels y Viaducts.	46
5. ^a . . .	Maravilla de Lieja.	59
6. ^a . . .	La gruta de Remouchamps.	71
7. ^a . . .	Casa de Ayuntamiento de Lovaina.	78
8. ^a . . .	Waterloo.	90
9. ^a . . .	Interior de la Catedral de San Babon.	104
10 . . .	La Tour de Halles.	135
11 . . .	Vista de Ostende.	151
12 . . .	Amberes.	153
13 . . .	Descendimiento, por Rubens.	164
14 . . .	Van-Dick.	169
15 . . .	Cristo en la Cruz, por Van-Dick.	171
16 . . .	Bolsa de Amberes.	175
17 . . .	El bosque de Hayas en la Haya.	215
18 . . .	La comida en Utrech.	269
19 . . .	Cerros, bosques y tabaquerias.	288
20 . . .	San Francisco volando por los aires.	380
21 . . .	El abogado hablador.	340
22 . . .	Rubens.	342
23 . . .	Puente de Napoleon.	374
24 . . .	Batalla de San Quintin.	380
25 . . .	Retrato del autor.	390









VIAJES
DE FR,
GERUNDIO

